EL MUNDO DE LOS NIÑOS

Niños de todo el mundo

Los tres deseos

por Patricia Lynch
Ilustraciones de Rowel Friers

Irlanda

Un gnomo es un tipo de duende
que se aparece en forma de pequeño viejecito.
En Irlanda la gente dice que,
si se consigue atrapar un gnomo,
éste dirá dónde tiene escondida su olla de oro.

Paudeen estaba apoyado en el umbral de la puerta, asomando la cabeza y preguntándose cuál era su sonido preferido: las olas rompiéndose en la playa, la tetera hirviendo sobre el carbón encendido o la alegre cancioncilla que su hermana Peggy susurraba mientras barría el polvo de la turba y lo echaba al fuego del hogar.

–¡Ya he terminado! –gritó Peggy, sacudiendo la nueva escoba de brezo.

–¡Y ésta es toda la turba que nos queda! –afirmó Kevin que había estado acarreando pedazos de turba desde la parte trasera de la cabaña, apilándolos esmeradamente al lado de la chimenea. Sacudió de sus manos el polvo oscuro de la turba y dio un paso atrás para admirar su trabajo.

–El pan está cortado. ¿Cómo va la tetera? –preguntó la señora Burke, la vieja abuela que estaba en la mesa cortando gruesas rebanadas de la torta que había cocido en el horno la noche anterior.

–Ya hemos terminado la harina –murmuró–. ¿De qué haremos la próxima hogaza de pan? Bueno, casi he terminado el mejor mantón de encaje que he hecho este año; lo venderé. ¡Estamos en las manos del Señor!

En cuanto el regordete Paudeen terminó de hacerse preguntas a sí mismo, fue corriendo hacia la mesa para coger el corrusco de la torta.

–¡Comilón! –le dijo su abuela. Pero al mismo tiempo sonrió y acarició su pelo rubio y despeinado.

–Nunca había oído esta tonadilla. Cántala toda, Peggy –gritó Kevin mientras iba corriendo a sacar un cubo de agua con la bomba

Peggy sonrió. Ella siempre estaba con ganas de cantar. Se puso de pie, con los pies juntos y las manos cruzadas, como le habían enseñado en la escuela, y empezó a cantar:

"Cerca de la Torre de los Duendes
verdean tréboles de cuatro hojas.
Arrodíllate y pide lo que deseas
allí donde la larga ola suspira.
Pero sé sensato en tus deseos
y se te concederá, seguramente,
felicidad para aliviar tus males."

–Esto no es una canción –exclamó Peggy burlonamente–. No significa nada.

–Cántala de nuevo –ordenó Paudeen.

–El té está listo. Ya tendréis todo el día para cantar –dijo la vieja señora Burke–. Ven a la mesa, Peggy.

Peggy se sentó al lado de Paudeen.

–Canta –exclamó el chiquillo, golpeando en la mesa.

–Silencio, silencio. Eres un muchacho demasiado atrevido. No debes dar órdenes a tu hermana durante todo el tiempo. ¿No sabes que ella es demasiado buena chica para enfadarse contigo?

Pero mientras le regañaba, la abuela estaba sonriendo.

Peggy le cantó la canción tan bajito que Kevin, que estaba al otro cabo de la mesa, apenas pudo oír. Paudeen escuchó con la cabeza ladeada y sus perezosos ojos medio cerrados.

–Esto es una antigua canción sobre los tréboles de cuatro hojas que dan suerte –murmuró la vieja señora Burke–. Es una gran suerte encontrarlos, aunque nunca conocí a nadie que hubiera encontrado alguno.

Después del desayuno, Peggy lavó los platos y Kevin los secó. Mientras, la abuela se fue a la ciudad a entregar y cobrar algunas labores de costura que había dejado totalmente listas.

–Recordadlo bien –les dijo mirándoles desde el umbral de la puerta, antes de irse–. Necesitamos nuestros ramilletes de trébol para mañana. Mientras los estáis buscando, tratad de encontrar uno de cuatro hojas. Portaos bien y cuidad de Paudeen.

–Abuela, ¿qué pedirías si encontraras un trébol de cuatro hojas? –preguntó Peggy.

La vieja mujer suspiró.

–Esto es muy fácil de contestar, querida. Pediría una alacena repleta, un buen montón de turba apilada y un bonito broche de cristal que tenía un trébol de cuatro hojas en el interior y que perdí cuando era joven. Cuando lo perdí, podéis estar seguros, mi buena suerte desapareció con él. Sed buenos mientras yo no esté aquí.

Y se fue.

–Kevin, tomemos la cesta para ir al mercado y vamos a llenarla con tréboles para vender –sugirió Peggy.

–Pero, ¿quién los comprará? –preguntó el muchacho–. Cerca del pueblo el trébol crece a montones. Solamente la gente como nosotros, que vive a la orilla del mar, tiene que ir a buscarlo.

Peggy movió la cabeza en desacuerdo.

–Recuerdo que el último día de san Patricio había mujeres que vendían tréboles en el puerto. Hicieron un gran negocio con la gente que venía a misa en las barcas y con los que, con las prisas, se habían olvidado sus tréboles.

–Quizás tengas razón –convino Kevin–. Pero nunca encontraremos bastantes para llenar la cesta.

–Podemos probar –dijo Peggy–. Los he visto a montones más allá de la Torre de los Duendes. Date prisa, Paudeen.

–Yo quiero ir en mi carreta –dijo Paudeen inflexible.

Cuando Paudeen era muy pequeño, Kevin le había hecho una carreta con una caja montada sobre cuatro ruedecillas. A Paudeen le gustaba tanto pasearse en esta carreta

que insistía en ir montado en ella siempre que tuvieran que ir más allá de la playa.

–Ya eres demasiado grande para ir en la carreta –le dijo Kevin–. No voy a arrastrarte otra vez.

La cara rechoncha de Paudeen parecía tan triste que Peggy tuvo lástima.

–Déjale ir montado por esta vez –dijo lisonjera–. Hace mucho frío y estará caliente en la carreta. Yo tiraré de ella a la ida y tú lo harás a la vuelta.

Kevin se cruzó de brazos y miró con enojo a su hermano.

–¿Eres perezoso porque estás gordo o estás gordo porque eres perezoso? –preguntó–. Esto es lo que me gustaría saber.

–Kevin, no deberías hacer enfadar a Paudeen –objetó Peggy–. Es sólo un chiquillo y tú eres su hermano mayor. Has de cuidarle y ser bueno con él.

Puso un almohadón en la carreta y Paudeen se instaló

confortablemente. Luego ella lo arropó con una vieja manta escocesa de modo que sólo se le veían los ojos serios y el pequeño botón rojo de su nariz enrojecida por el frío.

–El cesto también puede ir en la carreta –dijo Peggy.

A Paudeen no le importó. Se acurrucó, feliz, en el blando almohadón y desde el interior de la manta contemplaba los efectos del viento enconado de aquel día.

Kevin había atado una doble soga a la carreta, y cuando Peggy iba a colocársela para empezar a tirar, él se la quitó.

–Tú busca los tréboles. Yo tiraré del carro –le dijo.

Paudeen sonrió. Le gustaba ser arrastrado por Kevin porque era más grande y fuerte que Peggy y le llevaba más rápido. Kevin se estremeció de frío al dejar el cobijo de la choza y empezó a tirar de la carreta tanto como pudo. Peggy corría a la cabeza, avanzando hacia la Torre de los Duendes. Al llegar donde la arena terminaba y empezaba la hierba, aflojó el paso.

–¿Ves algún trébol? –le preguntó Kevin.
Ella negó con la cabeza.
–Sólo hay pequeños brotes que no sirven para nada –contestó a voces–. Detrás de la Torre, allí es donde hay que buscar.

Casi habían llegado a la Torre cuando el viento lanzó un copo de nieve contra la cara de Paudeen. Éste abrió la boca para protestar enérgicamente y entonces tragó otro copo. Por tanto, cerró la boca y se arrepintió de no haberse quedado en casa, junto al fuego.

Kevin arrastró la carreta hasta la parte posterior de la Torre y la dejó entre dos altas rocas que la protegerían del viento.

–¡Ahí te quedas, gandul! –le dijo–. Esto está tan abrigado como un nido de petirrojos.

Cogió la cesta y corrió detrás de Peggy que ya había encontrado un claro de tréboles.

Paudeen observó cómo su hermano y su hermana se inclinaban hacia el suelo y cómo, cuando una ráfaga de nieve los alcanzó, buscaban cobijo bajo los árboles. Estando entre las dos rocas no le alcanzó ningún copo de nieve y la gruesa manta le mantenía en calor. Pero cuando Peggy y Kevin desaparecieron de su vista, Paudeen se sintió solo. Los llamó, pero el viento se llevó sus gritos.

Paudeen se desembarazó de la manta y saltó de la carreta con tanta prisa que cayó rodando. Gateó de rodillas y de repente vio que estaba en un claro de hierba tan suave y corta que parecía terciopelo verde. Entonces descubrió, justo en el margen del claro, un trébol de cuatro hojas.

Durante toda la semana había oído hablar tanto del trébol de tres o cuatro hojas, que supo enseguida que había encontrado uno de los de la suerte y que debía desear algo. Sus dedos cogieron el delgado tallo. Quería desear algo para Peggy, para sí mismo y para su abuela. Kevin no era un mal hermano; también tenía que desear algo para él.

–Necesito otros tres tréboles de cuatro hojas –pensó Paudeen.

De pronto, vio tres tréboles de la suerte más creciendo entre la suave hierba. Estaba a punto de formular un deseo cuando una voz furiosa sonó a sus espaldas.

–Eh, tú, joven ladrón. Sal fuera de mi jardín; rápido.

Paudeen, todavía de rodillas, se giró lentamente. Un hombrecito no mucho más grande que él estaba de pie cerca de la Torre. Iba vestido de verde, con un delantal de cuero y un largo gorro de color rojo. Tenía la cara desencajada por la ira y amenazaba a Paudeen con un martillo diminuto.

–Vete tú –ordenó Paudeen, y fue a coger otro trébol de la suerte.

El hombrecito rápidamente avanzó hacia él.

–Escucha –dijo–. Todo lo que tú quieres son deseos. Yo te los concederé si te marchas de mi jardín. Puedes quedarte el trébol que has cogido. No es de mi plantel.

Paudeen miró el trébol de la suerte. Luego miró al hombrecito, pero no dijo una palabra. Cuando en pasadas noches no podía dormirse, su abuela le había contado muchas historias de enanitos, como ella llamaba a los gnomos.

–Todo lo que quiero es hacer un buen trato –prosiguió el gnomo–. Y es posible que seamos amigos. Sí, seguro, yo te conozco bien. He oído a tu hermana Peggy cantando y es posible ¡Qué voz más dulce tiene!

Paudeen ladeó la cabeza y susurró la tonadilla que Peggy había cantado por la mañana. El hombrecito escuchó con furioso asombro.

–¿Dónde aprendiste esta canción? Me has estado espiando y ahora vienes a robarme.

Paudeen agitó la cabeza.

–Pues no tienes mucha conversación –dijo el gnomo–. Ahora tienes derecho a formular tres deseos: ahora.

Paudeen estaba desconcertado. Quería cuatro. De repente, sonrió. Oía a Peggy cantando. Ella y Kevin estaban de vuelta. Ella le diría lo que debía desear.

El gnomo también la oyó.

–Escúchame –dijo–. Puesto que eres tan lento y no terminarías nunca, voy a formular los deseos por ti: una alacena repleta, un buen montón de turba y el broche que tu abuela siempre echa a faltar. Y eso ya te basta. Ahora sal fuera de mi jardín.

El gnomo dio un empujón a Paudeen. El chiquillo rodó fuera del Círculo Encantado y se sentó restregándose los ojos puesto que ya no veía ningún hombrecito ni tréboles de cuatro hojas, excepto el que tenía en su mano.

–Hemos llenado el cesto y estamos casi congelados –gritó ella–. ¿Te has caído del carro? ¿Estás herido?

Silenciosamente Paudeen abrió la mano y le enseñó el trébol de cuatro hojas.

–Eres un chico listo –exclamó Peggy con admiración–. ¿Qué vas a pedir?

–Una alacena repleta, un buen montón de turba y el broche que la abuela siempre lamenta haber perdido –contestó Paudeen montando en su carro y arropándose con la manta.

–¿Qué dices? –preguntó Peggy.

–Arranca, vamos –ordenó Paudeen.

En aquel momento, Kevin llegó con el cesto lleno de tréboles.

–Paudeen encontró uno de la suerte –le dijo Peggy.

–Lástima que no tiene bastante sentido común para desear algo que valga la pena –lamentó Kevin–. Espera a que coloque el cesto; después tú tirarás del carretón y yo empujaré.

Había parado de nevar y el viento soplaba a su favor, por lo que corrieron todo el tiempo hacia la casa. Vieron a la abuela cruzando la playa delante de ellos y la llamaron. Pero ella no los oía porque estaba totalmente asombrada mirando la parte trasera de la cabaña.

–Mirad y decidme si estoy delirando –les dijo cuando la alcanzaron, señalando una gran pila de turba tan alta como la cabaña y con los terrones tan bien apilados como ladrillos.

Kevin meneó la cabeza, extrañado. Peggy miró a Paudeen. Éste se estaba repitiendo a sí mismo: "Una alacena repleta, un buen montón de turba y el broche que mi abuela perdió y siempre echa a faltar."

Entraron en la cabaña. La puerta del armario estaba abierta y vieron que los estantes estaban repletos. Había un saco de harina de trigo y otro de harina de avena, un

JAM
FLOUR

tarro de compota de frambuesa y un trozo de tocino salado. En la bandeja rota, una sarta de salchichas enroscadas alrededor de una morcilla, y al lado, un gran pedazo de queso.

La vieja abuela se sentó en su sillón de madera y puso sus brazos sobre la mesa.

–¡Qué suerte hemos tenido hoy! –dijo–. Nunca había visto tales riquezas desde que perdí mi hermoso broche. Pero, ¿qué es esto?

Levantó su mano y allí, en la mesa, había un broche de cristal con un trébol de cuatro hojas.

Las aventuras del hornillo de carbón

por Nana Adoma
Ilustraciones de Meshack Asare

Ghana

En muchos lugares de Ghana
la gente sigue viviendo y trabajando
casi del mismo modo que
sus antepasados. Pero las nuevas formas de vida
comienzan a reemplazar a las antiguas,
como se ve en este cuento.

Una vez, no hace mucho tiempo, una mujer llamada Mame Nyame tenía en la cocina de su casa un viejo fogón de arcilla. También había botes, sartenes, cuchillos, cucharas y todas las cosas que suele haber en las cocinas. Aquél era el hogar de los cacharros y, cuando no había nadie cerca, se distraían hablando unos con otros. También conversaban con Yaa, la hija de Mame Nyame. A ella le gustaban los cacharros de la cocina. Era su amiga; por esto hablaban. con ella. Pero callaban al momento cuando otra persona entraba en la habitación. Sólo Yaa sabía que podían hablar y a nadie había revelado este secreto.

El fogón de arcilla era el jefe de la cocina. Todos le obedecían por ser el más viejo y hacer las comidas.

Un sábado por la tarde, Mame Nyame llevó a casa un objeto de hojalata, de aspecto raro.

–¿Qué es esto, mamá? –preguntó Yaa.

–Un hornillo de carbón –dijo Mame Nyame–. Sirve para cocinar. Es ligero y podré sacarlo al patio cuando quie-

ra. En adelante ya no tendré que usar todos los días este viejo fogón.

Yaa no preguntó más. Los cacharros de la cocina tampoco dijeron nada. Mame Nyame dejó el hornillo en el suelo y salió fuera. Nadie miró al hornillo.

–Pobre fogón –dijo Yaa, acariciándolo suavemente–. Estoy segura de que mamá lo hizo sin querer. Te seguirá usando para cocinar. No empleará el hornillo.

Pero Yaa se equivocaba. Su madre usó el hornillo. Lo sacó al patio y empezó a cocinar en él.

El hornillo estuvo mucho tiempo fuera de la cocina, en

el patio. Mandaba mensajes al fogón de arcilla, pero éste nunca respondió. Un sábado por la noche, después de cenar, Mame Nyame lo entró, lo echó en un rincón y volvió a salir. Todo el mundo quedó en silencio en la cocina. El fogón de arcilla y los otros cacharros veían al hornillo por primera vez en muchos meses. Parecía distinto. Sus costados ya no estaban limpios y brillantes, sino sucios, viejos y abollados. Se quedó en su rincón, sin decir palabra, hasta que llegó Yaa y lo cogió. Entonces lo presentó al fogón.

–¿Cómo estás –dijo el hornillo–. Me alegra conocer por fin al jefe.

–¿El jefe? –preguntó el fogón–. ¿Quién es el jefe?

–Tú –respondió el hornillo–. Tú eres el jefe de la cocina y yo soy parte de ella. Mame Nyame me usaba en el patio, pero, en realidad, soy parte de la cocina. Me alegra estar aquí; así podré oírte y obedecerte.

–¿Ves? –dijo Yaa al fogón–. Dice la verdad. Ya te dije que quería ser amigo tuyo.

Después de esto, el fogón ya no podía estar enfadado con el hornillo.

–Bienvenido –dijo–. Espero que seas feliz en nuestra compañía.

–Seguro que sí –respondió el hornillo.

–¡Psst! Hay alguien ahí fuera –dijo el bote, que era el que estaba más cerca de la puerta. Al momento callaron todos. Se abrió la puerta y entró Mame Nyame.

–Oh, estás aquí –dijo a Yaa–. Te he estado buscando por todas partes. Lleva el hornillo al patio y ayúdame a preparar algo de comer.

Mame Nyame sacó de un cajón algunos cuchillos y un cucharón, y alcanzando también una cacerola volvió a salir.

Yaa llenó el hornillo con carbón y lo llevó junto a su madre. Como era sábado, estuvieron fuera un buen rato, preparando una gran cena.

Finalmente, Mame Nyame entró de nuevo el hornillo

a la cocina. Lo echó a un rincón y allí lo dejó. Después volvió a salir. El hornillo miró tristemente al fogón.

–¿Qué pasa? –preguntó una cuchara que estaba en el cajón.

–Mame Nyame hablaba con otra mujer –le respondió el hornillo.

–¿De mí? –preguntó el fogón.

–Sí.

–Lo suponía –dijo el fogón–. ¿Son malas noticias?

–Sí... –musitó el hornillo.

Entonces Yaa entró en la cocina. Parecía también triste. Cogió el hornillo, lo puso cerca del fogón y se sentó entre ellos.

–No os dejaré marchar –dijo con energía–. Sois mis amigos.

Los botes, cazuelas, sartenes, cucharas, cuchillos y demás cacharros de la cocina no entendían bien lo que ocurría. El hornillo explicó que Mame Nyame quería romper el fogón y echarlo a la basura.

–También ha decidido hacer lo mismo conmigo –dijo.

–¿Por qué? –preguntaron cucharas y cuchillos.

–Porque el fogón da demasiado calor y quema mucha leña, y porque yo estoy demasiado sucio –respondió el hornillo–. Esto es lo que dijo la otra mujer. Ella tiene un hornillo eléctrico, muy limpio y fácil de usar. Dice que es mucho mejor que el fogón y que yo. Y ahora, Mame Nyame quiere uno de estos nuevos hornillos eléctricos y ha decidido deshacerse de nosotros.

–¡No! –dijo Yaa, saltándosele las lágrimas.

–No llores, pequeña –dijo el fogón–. Ya soy muy viejo. Quizá ya es hora que desaparezca.

–Pero, ¿te ha gustado vivir aquí? –preguntó entonces el hornillo.

–Oh sí, mucho –respondió el fogón–. Aquí está mi querida Yaa. La conozco desde que era un bebé. Ha venido a verme muchas veces; cuando se sentía triste, la consolaba y se sentía de nuevo feliz.

Yaa pasó suavemente la mano por el costado del fogón.

–Entonces, has formado parte de la familia –dijo el hornillo.

–Me siento orgulloso de decir que sí –respondió el fogón–. Puedo contarte todo lo que durante años y años ha ocurrido aquí. Pero nos gustaría oír primero tu historia.

Y el hornillo comenzó a narrar su historia.

–Todo lo que recuerdo de mis primeros años es que yo era una gran lata llena de petróleo. Estaba limpia y brillante, y sin agujeros en los costados. Era nueva. Esto fue en una ciudad lejana, en Europa. Éramos muchas, todas llenas de petróleo. Entonces, unos hombres nos subieron a un barco. Las otras latas me dijeron donde íbamos. Como yo estaba en el fondo del barco, no pude ver nada. Dijeron que íbamos a varios países, atravesando el mar.

El hornillo se paró para respirar.

Se oyó ruido en el cajón. Los cuchillos, tenedores y cu-

charas comenzaron a moverse al oír los nombres de *Europa* y el *mar*. Algunos provenían de Inglaterra, y sabían muchas cosas de Europa y el mar.

–¿Qué te ocurrió después? –preguntó el fogón.

–Estuvimos en el barco mucho tiempo. Hicimos el viaje de Europa a África –respondió el hornillo.

–¿Adónde os llevó el barco? –preguntó la sartén.

–A Port Harcourt, en Nigeria –respondió el hornillo.

–¿Qué te ocurrió entonces? –quiso saber el fogón.

–Una mujer me compró en Port Harcourt. Pronto consumió todo el petróleo que yo guardaba dentro. Pero esto no fue el fin, porque después me limpió cuidadosamente y me utilizó para llevar agua. Era muy buena conmigo y siempre me conservaba limpio y brillante. Trabajé para esta mujer hasta que un día resbalé de sus manos y caí sobre una piedra que me hizo un agujero en el costado. Ya no servía para llevar agua; así que la mujer me vendió a un hombre

que fabrica cosas muy diversas con latas viejas. Me hizo más agujeros en los costados, y me convirtió en el hornillo que soy ahora.

–Pero, ¿cómo llegaste hasta aquí? Esto no es Port Harcourt –preguntó la sartén.

–Vine en camión. Había muchas otras latas y en cuanto el camión se puso en marcha, comenzamos a hacer ruido. Al principio traté de cantar, pero las demás latas se daban golpes y gritaban, y pronto también yo comencé a darme golpes y a gritar. Nos divertimos mucho en el viaje, pero me parece que no le gustó mucho al conductor del camión. Realmente, hicimos mucho ruido. Al fin llegamos al mercado, cerca de aquí. El conductor detuvo el camión y nos puso en el suelo. Estuve mucho tiempo en el almacén del comerciante, hasta que un día llegó Mame Nyame y me compró. Y aquí estoy. Ésta es mi historia.

El hornillo dejó de hablar y sonrió a todos los de la cocina.

–¿Eres feliz aquí con nosotros? –preguntó la sartén.

–No era feliz cuando estaba solo en el patio. Pero ahora estoy muy contento de estar con todos vosotros y con el fogón, el jefe de nuestra cocina.

–Y ahora Mame Nyame os va a echar a los dos a la basura –dijo la mesa de la cocina.

–No –dijo Yaa, con decisión–. ¡No lo permitiré!

–Vamos, vamos, Yaa –dijo el fogón–. Es tarde. Debes ir a la cama y nosotros tenemos que dormir. Mañana hablaremos de esto.

–No consentiré que os eche –repitió Yaa–. No le dejaré. ¡Pensaré algo! Y, tristemente, se fue a la cama.

A la mañana siguiente, Mame Nyame entró temprano en la cocina. Dos hombres la seguían llevando una gran caja brillante, que parecía muy pesada. La pusieron en el suelo de la cocina, y en aquel momento entró Yaa.

–¿Qué es esto? –preguntó señalando la caja.

–Es un hornillo eléctrico –dijo Mame Nyame.

–¿Para qué queremos un hornillo eléctrico? –preguntó Yaa–. Tenemos ya el fogón y el hornillo de carbón. Cocinan muy bien.

–Pero el hornillo eléctrico es más rápido y más limpio. Te gustará cuando lo uses –dijo Mame Nyame.

–¡No! –dijo Yaa.

–¿Dónde ponemos el hornillo eléctrico, señora? –preguntó uno de los hombres a Mame Nyame–. Podemos romper este fogón viejo y poner el hornillo eléctrico en su lugar.

–¡No! –dijo de nuevo Yaa, corriendo hacia el fogón–. Mira, mamá, podemos poner el hornillo eléctrico aquí, entre el fogón y la pared. Cocinaremos con el hornillo y usaremos el fogón como otra mesa, para poner los botes, las sartenes y los platos.

–Es verdad –dijo Mame Nyame–. Sí, haremos esto. No es necesario que rompamos el fogón.

Los hombres empezaron a colocar el hornillo eléctrico en la esquina de la pared y, al ver el hornillo de carbón, preguntaron.

–¿Quiere usted que tiremos este viejo hornillo?

–¡No! –dijo Yaa–. Mira, mamá, podemos poner el hornillo de carbón al otro lado del fogón. Lo podemos utilizar si alguna vez se estropea el hornillo eléctrico. Es fácil de transportar y de encender.

–Es verdad –dijo Mame Nyame–. Sí; esto es lo que vamos a hacer con el hornillo. No necesitamos tirarlo.

Yaa puso cuidadosamente el hornillo al lado del fogón, mientras los hombres colocaban el hornillo eléctrico en la esquina. Después, los hombres y Mame Nyame salieron de nuevo.

–Gracias, ha salido muy bien. El fogón y yo estamos a salvo –dijo el hornillo a Yaa.

–Sí, gracias, pequeña –dijo el fogón–. Durante años he cuidado de ti; ahora tú te ocupas de mí. Pero mira el hor-

nillo eléctrico. Hará todo el trabajo y querrá ser el jefe de la cocina.

–Que trabaje –respondió el hornillo–. Es joven y nosotros somos ya viejos. Miraremos cómo trabaja. Que sea el dueño de la cocina. Nosotros nos sentaremos aquí con Yaa y contaremos cuentos todo el tiempo. Ya hemos trabajado bastante.

Lentamente el fogón comenzó a sonreír. –Tenéis razón

–dijo–. No quiero ser más el jefe. Que el hornillo eléctrico lo haga todo. Me sentaré con vosotros y nos contaremos todos los cuentos que sepamos.

–¡Bravo! –dijo el hornillo.

–Bien –dijo Yaa, sentándose y acariciando dulcemente al fogón y al hornillo. Los tres sonrieron felices.

–Ahora estamos a salvo –dijo Yaa–. ¿Quién empieza el primer cuento?

Los zuecos

por Annie M.G. Schmidt
Ilustraciones de Marijke de Graaf

Holanda

Era un sábado del mes de marzo. Unas cuantas motocicletas estaban aparcadas frente al *petatkraam,* una tienda donde venden patatas fritas y helados. Jan colocó su pequeña bici junto a las motocicletas y entró. Puso quince centavos sobre el mostrador.

–Un cucurucho de helado –dijo.

Kees, con su chaqueta blanca, estaba detrás del mostrador friendo las patatas. –¿Con el tiempo que hace? –preguntó–. ¡Si todavía no ha parado de nevar! Bueno, te daré el helado.

Los motociclistas estaban sentados en un rincón de la tienda. En medio de ellos, un extranjero trataba de explicarles algo. Tenía los dedos índices levantados y separados, como indicando lo grande que era el pez que acababa de pescar.

–Debía ser un pez muy pequeño. Del tamaño de mis zapatos –pensó Jan.

Los motociclistas miraban al extranjero y movían la cabeza. –Es un americano. Un turista –dijo Kees.

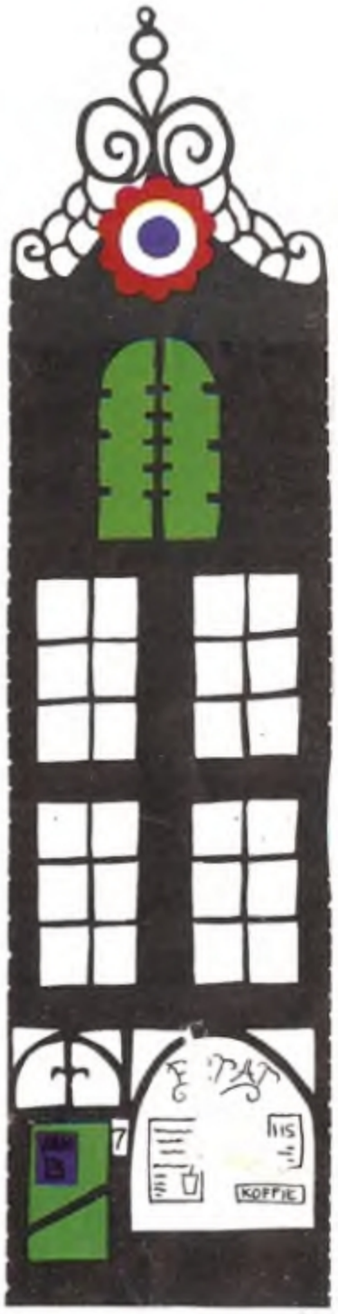
¡Un turista! Jan sabía algo de los turistas por los programas de televisión, pero nunca había visto un turista de verdad. Nunca iban allí, porque no había nada que ver en aquel pueblecito; sólo almacenes para tomates y pepinos, y edificios en construcción.

¡Así que aquello era un turista! Parecía tan normal, vestido con jersey y pantalones, como todos los demás hombres del pueblo.

–Quiere comprar unos zuecos para su hija –dijo Kees–. Está explicando de qué tamaño deben ser. Ha venido especialmente de Rotterdam. En autobús. ¡A comprar zuecos! Yo le dije que debía ir a la ciudad, a una tienda de *souvenirs*. Pero dijo que no, que él quiere auténticos zuecos, como los que lleva la gente aquí. ¿Conoces alguna tienda donde los vendan, Jan?

Jan lamió su helado, un helado de fresa. En un cucurucho. –Es una pregunta difícil –continuó Kees–. Ninguno de nosotros sabe qué responder. Después de todo, ¿quién lleva zuecos aquí? Estos americanos piensan que todos calzamos zuecos. Mira que...

–Mi madre conoce una tienda donde los venden –dijo entonces Jan.



–¿Han oído ustedes? –gritó Kees a sus clientes–. Este niño sabe dónde adquirir zuecos.

Todo el mundo miró a Jan con respeto. Jan pensó que hubiera sido mejor quedarse callado.

Momentos después salía de la tienda de helados con las diez *guilders* del sonriente americano. También llevaba un cordel, que era la medida exacta de los zuecos que el americano quería. Jan subió a la bici y se fue a casa. De repente se acordó de que su madre no estaría en casa hasta después de cenar. Pero pensó que quizá su padre sabría dónde comprar zuecos.

Su padre estaba en la salita jugando al ajedrez con Fred, el hermano mayor de Jan.

–Papá, ¿conoces alguna tienda donde vendan zuecos? –preguntó Jan.

–¿Para qué quieres unos zuecos? –preguntó el padre.

–Hay un americano en el *petatkraam*. Ha venido expresamente para comprar unos zuecos para su hija.

–¡Qué tonto! –dijo el padre levantándose enfadado–. Estos extranjeros piensan que aquí todavía vamos con zuecos. ¿Dónde está este hombre?

–En el *petatkraam* –repitió Jan.

–Dile que éste es un país moderno –gruñó el padre–. Con fábricas tan grandes como en América. Y que tenemos el mayor puerto del mundo. Sí señor, ¡en Rotterdam! Dile que no somos campesinos que andamos por ahí con zuecos, sino un país orgulloso de sus diques. ¡Durante mil años hemos estado preservándonos del mar, y lo hemos hecho con presas, diques y puentes!

El padre golpeaba la mesa con el puño. Jan se hizo atrás, sorprendido. ¿Tenía que decirle todo aquello al extranjero? ¡Pero si no entendía el holandés!

Fred comenzó también a gritar meneando su larga cabellera.

–¡No, no usamos zuecos! En nuestro país circulan tres

millones de coches que originan embotellamientos. Y ¡qué orgullosos estamos! ¡Los peces flotan muertos en los ríos, los pájaros se ahogan en petróleo, las fábricas huelen tan mal que nos están envenenando! ¡Y los lagos están contaminados!

–¡Silencio! –gritó el padre–. Tus explicaciones no conducen a ninguna parte. ¿Por qué no vas al barbero a que te corte las greñas que llevas?

Fred gritó también. Y Jan dio media vuelta y salió corriendo. Siempre ocurría lo mismo. Primero, su padre y su hermano comenzaban jugando al ajedrez. Y de repente –BANG– ¡una pelea! ¡Y lo único que él quería era saber dónde vendían zuecos!

Regresaría al *petatkraam* y diría que, sintiéndolo mucho, no conocía ninguna tienda. Pero la palabra "lago" se había grabado en su mente.

–Hennie –pensó–. Hennie tiene unos zuecos.

Hennie era una compañera de clase que vivía en una casa flotante en el Zuiderplas. No estaba lejos de allí.

Jan tomó la concurrida ruta del dique que atravesaba el pueblo. A un lado de la carretera había casas. En el otro lado había invernaderos, filas y filas de invernaderos para cultivar tomates y pimientos.

Hacía viento, un viento fuerte y racheado. De vez en cuando un camión pedía paso a Jan, pero ya estaba acostumbrado. Su madre siempre se quejaba.

–¡Con este tráfico, y el niño en bicicleta! Sólo tiene ocho años.

Pero su padre decía: –Sé razonable. Todos los niños de su edad van aquí en bicicleta a pesar del tráfico, y él maneja su bicicleta mucho mejor que tú.

Y era verdad.

Jan viró a la izquierda y cruzó el puente. Una carretera estrecha y tranquila se abría a lo largo de un ancho canal. Dos veces ya había caído en él. Una mientras estaba pescando y otra cuando iba montado en bici.

Su padre le había dicho: "Si te caes otra vez al canal, te quitaré la bici. Tendrás que ir a pie a la escuela."

Unas avefrías volaban. Algo saltaba, una y otra vez, en el agua: eran pececillos.

–No todos los peces han muerto –se dijo Jan mientras luchaba con el viento de costado–. ¡Y mira cuántos pájaros están aún vivos!

Por un momento salió el sol, y el lago apareció ancho y muy azul. Casi no se veían barcos navegando; todavía no era la temporada.

Vio a Hennie, en la cubierta, lavando a su perro en un cubo.

–Hola –dijo Jan.

–Hola –replicó Hennie.

–¿Tienes aún tus zuecos?

–¿Mis qué?

–Tus zuecos. ¿No llevabas unos el Día de la Reina?

–Ah, sí –dijo Hennie, sin dejar de lavar a su perro. Al perro no le gustaba que lo lavaran.

–Te los compro –dijo Jan–. Diez *guilders*.

Hennie dejó ir al perro, que saltó y se sacudió el jabón.

–No puedo venderlos –dijo ella–. No puedo aceptar dinero.

–Pregúntale a tu madre –dijo Jan.

–No está en casa. Se fue a ver a la abuela.

De repente, Hennie dijo: –Podemos hacer un cambio.

–¿Un cambio? –preguntó Jan.

Hennie señaló los zapatos de Jan. Calzaba zapatos de pana con suela de goma. Jan dudó. Si cambiaba sus zapatos por los zuecos, se podía quedar con las diez *guilders*. Las tenía allí, en su bolsillo. ¿Podría comprarse unos zapatos iguales por diez *guilders?*

–De acuerdo –dijo. Y comenzó a descalzarse.

Hennie se puso los zapatos de Jan y empezó a correr arriba y abajo, por la cubierta.

–Ahora dame los zuecos –dijo Jan impaciente.

Hennie entró. El perro ladró furiosamente a Jan. Su pelo estaba todavía lleno de espuma de jabón.

–Aquí están –dijo Hennie, sin aliento, cuando por fin regresó con los zuecos–. Estaban en el armario de los vestidos. ¿Crees que podrás ir en bicicleta con ellos?

Jan asintió con la cabeza mientras comparaba los zuecos con el trozo de cordel. Serían un poco grandes para la niña americana, pero no estaban mal. A él le iban bien. ¡Qué cosa más rara eran unos zuecos!

–Gracias. ¡Adiós, Hennie! –dijo.

El tiempo había empeorado. El viento soplaba más fuerte. De las tenues nubes comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia.

Mientras Jan pedaleaba, los zuecos resbalaban de los pedales de su bici. Pasó de nuevo por la carretera estrecha, con el viento de costado. Cuando iba a girar para entrar en la ruta del dique, detrás del puente, –¡zas!–. Uno de los zuecos se cayó al suelo. Trató de cogerlo con el pie, pero perdió el equilibrio y un golpe de aire arrojó a Jan al canal. ¡Con la bicicleta!

Abrió la boca, escupió, apretando las cañas con las manos. No era necesario nadar. Aquel lado del canal era muy poco profundo. Cuando arrastrándose llegó a la ribera, pudo coger su bici por el manillar y subirla a la orilla.

Uno de los zuecos estaba en la carretera. El otro flotaba, como un bote desafiante, en medio del canal.

–No voy a coger esta birria de cosa. Al americano, ¡que lo ahorquen! Perdí mis zapatos, y ahora seguro que mi padre me quitará la bici.

Pero regresó al canal y a los pocos minutos estaba otra vez en la carretera con el zueco en la mano. Furioso, arregló el manillar, puso los zuecos en el saco de la bici y empezó a pedalear sin otra cosa en sus pies que los calcetines. Sólo entonces se dio cuenta que el viento helado penetraba a través de su chaqueta de nilón.

Dobló la esquina y enfiló de nuevo la ruta del dique. Los coches y las motos pasaban zumbando. Nadie reparó en él, ni se dio cuenta de lo mojado que estaba.

Por lo menos algo había mejorado. El viento soplaba ahora a su espalda y la tormenta quedaba atrás.

Era casi de noche cuando Jan llegó al *petatkraam*. Kees era el único que quedaba allí.

–¡Por Dios! –dijo Kees–. El americano acaba de marcharse.

–¿Dónde ha ido? –preguntó Jan–. Tengo los zuecos.

–No lo sé. Probablemente a Rotterdam. Son las seis. Todo el mundo se ha marchado a casa a cenar.

Kees miró otra vez al chico.

–Pero, ¿qué te pasa? Estás verde –gritó–. ¿Te has caído al agua?

Jan salió de la tienda, con la cabeza baja. Se sentía horriblemente mal. Lo único que deseaba era llegar donde estaba su madre. Cuando llegó a la puerta de su casa, se acordó de que ella no volvería hasta después de la cena. Casi mejor, pensó Jan. Seguramente se hubiera enfadado. Se la imaginó diciendo: –¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están tus

zapatos? ¡A la cama en seguida! Mañana tendrás una pulmonía que será difícil curar.

Podría escabullirse escaleras arriba, tomar una ducha y secar los vestidos. El lunes se compraría otros zapatos. El billete de diez *guilders* estaba mojado, pero lo tenía en su bolsillo.

Mientras subía silenciosamente la escalera, oyó a su padre y a su hermano que hablaban en el salón. Se quedó tieso como un palo. ¡Estaban hablando inglés! Suavemente, abrió la puerta del salón.

Allí, en el sofá de cuero, bajo la lámpara, estaba el americano. Fred hablaba con él, mitad en inglés mitad en holandés, gritando algo sobre la polución del aire.

–No, no –interrumpió entonces el padre–. ¡Las obras hidráulicas!

El americano escuchaba cortésmente. De repente, vio a Jan.

–Hola –dijo levantándose.

–¡Vaya, por Dios! ¡Aquí lo tenemos! –dijo Fred.

–¿Dónde estabas? –preguntó el padre. Estábamos preocupados. Fred fue a buscarte y regresó con este señor.

Jan sostenía los zuecos con las dos manos. El americano los tomó cuidadosamente. Aún estaban húmedos, pero se los podía secar.

–El niño está empapado –exclamó el padre.

–¿Tanto llueve? ¿Te volviste a caer otra vez al canal?

–Fui a buscarte al *petatkraam* –dijo Fred–. El americano salió y me preguntó por el autobús. Dijo que no habías regresado. Entonces le dije: "Míster, si mi hermanito le promete traerle unos zuecos, los traerá, aunque tenga que ir al Polo Norte a buscarlos".

–Al canal –gritó el padre–. No puedo creerlo. Dúchate con agua caliente inmediatamente. Mientras, te prepararé una taza de cacao.

¡No dijo nada de la bicicleta!

–Continuemos –dijo el padre–. Le decíamos a tu americano cómo van las cosas de verdad en este país.

El americano miró los pequeños zuecos con deleite. Dijo: –Auténticos zuecos de madera. Para mi hija. ¡Auténticos! Como los que llevan todos los niños holandeses.

Lo dijo en inglés, pero Jan lo entendió. Silbando, subió corriendo a darse una buena ducha.

El cosmonauta

por Vladimir Zheleznikov
Ilustraciones de Naum Josifovich Zeitlin

Unión Soviética

El nuevo alumno se sentó en la última fila. Su pelo era tan rojo que todos se fijaron en él.

–Tenemos un nuevo –dijo Levushkin, el parlanchín de la clase.

El maestro preguntó al nuevo alumno de qué parte de la ciudad procedía.

–Derribaron nuestra casa vieja y nos hemos trasladado a un nuevo piso, en este barrio –respondió.

–¿Cómo te llamas?

–Kniajin.

–¿Cómo vas de matemáticas? (El maestro enseñaba matemáticas.)

–Es mi asignatura preferida –respondió Kniajin.

–Qué pelo tan rojo –pensó el profesor, sin reparar en la cara del muchacho. Se volvió a la pizarra y comenzó a explicar un nuevo tipo de ecuación.

Como siempre que el maestro se volvía de espaldas, Levushkin comenzó a enredar y a reírse.

–¡Estáte quieto! No nos dejas seguir la explicación –oyó el profesor que el recién llegado le decía a Levushkin. Se volvió y vio a Levushkin sorprendido, como si hubiera bebido un sorbo de té hirviendo y no supiera si escupirlo o tragarlo.

= 1/R1 + 1

–Kniajin –dijo el maestro–. Sal a la pizarra y resuelve el problema aplicando la nueva ecuación.

El recién llegado solucionó rápidamente el problema. Después explicó cómo lo había hecho, hablando claramente y con seguridad. Al maestro le gustó la respuesta. La mayoría de alumnos habría utilizado demasiadas palabras. Pero no había ocurrido así con Kniajin.

Sonó la campana del recreo. Todos los chicos salieron de la clase.

–Habéis oído al mocoso. Le molesté. El primer día de clase y ya está tratando de mandonear. Nadie puede respirar sin su permiso. ¡Un pelirrojo, mimado del maestro! –dijo Levushkin.

–Ya sé que mi pelo es rojo –respondió Kniajin–. No tienes por qué recordármelo. Diciéndome esto demuestras que eres tonto. Eso mismo: ¡un tonto!

Una semana más tarde, el Jefe de Estudios de la Escuela enseñó al profesor de matemáticas la lista de los chicos que se habían inscrito en los distintos clubs. El nombre de Kniajin era el primero en la larga lista del club de matemáticas.

–Muy bien –pensó el maestro–. Este chico vale mucho. Necesitamos más como él.

Ojeó las otras listas y en casi todas ellas encontró el nombre de Kniajin. El muchacho se había apuntado a zoología, física y a los clubs deportivos. En lo único que no estaba inscrito era en el coro.

Durante el siguiente recreo, el maestro le llamó.

–¿Por qué te has inscrito en todos los clubs?–, preguntó. Creo que has hecho una tontería.

–Tuve que hacerlo –respondió el chico.

–¿Es que no sabes lo que realmente te interesa?

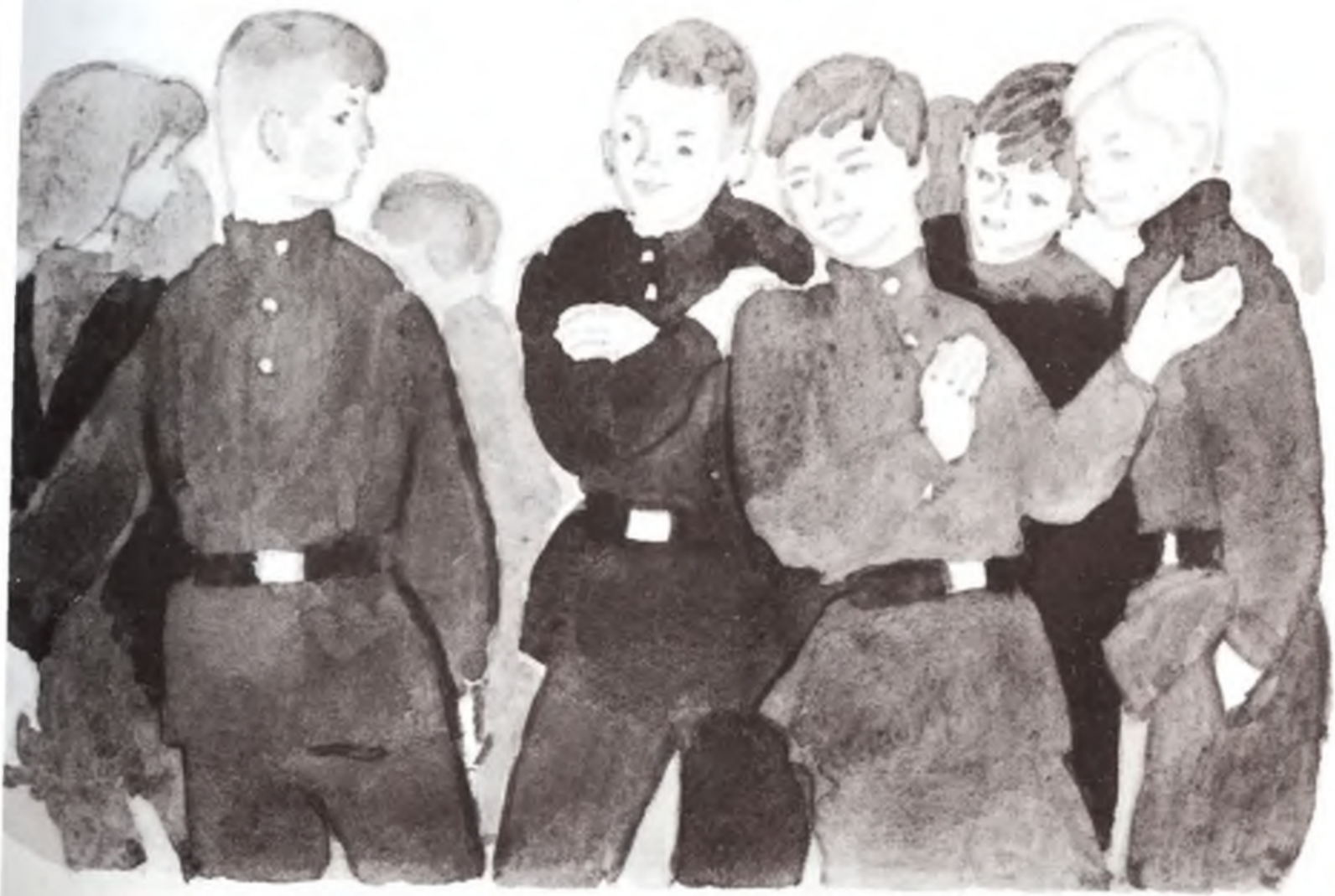
–No, no es esto. Sé lo que me interesa –dijo Kniajin, tozudamente–. Pero tengo que participar en todos ellos. La razón es un secreto.

–Secreto o no secreto –dijo el maestro–, no hace falta que te molestes en venir al club de matemáticas. Si vas a estar en el de zoología, física y en el de deportes, no te quedará mucho tiempo para las matemáticas.

El chico pareció molesto. Incluso palideció. El maestro lamentó haberle hablado en aquel tono tan duro. Después de todo, no era más que un chiquillo.

Por unos momentos, se quedaron los dos mirándose cara a cara, en silencio.

–Debo asegurarme de que lo sé todó. Así no podrán prescindir de mí. Voy a ser piloto espacial. Nunca he hablado de esto con nadie, pero usted me ha hecho... –dijo Kniajin de repente.



–Así que es esto –dijo el maestro mirando de verdad por primera vez a Kniajin.

La mata de pelo rojo cubría su ancha frente, algo abultada, y sus ojos azules parecían desesperados.

–Este muchacho hará lo que se propone –se dijo–. Seguro que alcanzará la meta.

El profesor de matemáticas se acordó de pronto de cómo se había sentido, durante la guerra, cuando se lanzó en paracaídas; lo asustado que estaba cuando saltó al vacío, mirando hacia abajo, hacia la lejana tierra llena de árboles y ríos diminutos como charcos de lluvia, y de cómo se había preguntado: "¿Y si el paracaídas no se abre?" En aquel momento la tierra no era acogedora, sino terrible.

Los que vuelan por el espacio deben sentirse mucho más aterrados –se dijo el maestro–, pero éste lo conseguirá; estoy completamente seguro.

–Si se trata de esto, si realmente estás decidido a ser cosmonauta, no me opongo a que pertenezcas a todos los clubs –le dijo a Kniajin.

–Gracias –respondió Kniajin.

Durante los tres primeros meses del cuatrimestre, Kniajin no dejó de asistir a una sola reunión del grupo de matemáticas. Después, dejó de ir. Estaba siempre pensativo y había adelgazado mucho.

–¿Por qué has dejado de ir al club de matemáticas? –le preguntó un día el maestro.

Kniajin levantó la mirada. Sus ojos parecían de otra persona; no estaban desesperados, pero sí muy tristes; y quizá no eran tan azules.

–Probablemente pronto comenzaré a ir otra vez –dijo distraídamente.

Poco después, Levushkin, que se había hecho amigo del muchacho nuevo, le dijo al maestro:

–Kniajin está en apuros. No debería decírselo, pero estoy seguro de que tiene grandes problemas.

El maestro decidió hablar con Kniajin. Por casualidad, aquella misma tarde tropezó con él. Se encontraba frente al mostrador de una librería cuando de pronto oyó una voz conocida.

–¿Tienen ustedes algo nuevo hoy? –oyó que preguntaban.

–Escucha –dijo la dependienta–. No esperes algo nuevo todos los días. ¿Por qué no vienes solamente un par o tres de veces a la semana?

El maestro miró a su alrededor para ver con quien hablaba. Allí estaba Kniajin. Había algo nuevo en él, pero el maestro no se dio cuenta hasta que advirtió que el chico llevaba lentes. Unos pequeños lentes, de niño, con franja de metal. Kniajin se ruborizó; mejillas, orejas, incluso la nariz se le pusieron como la púrpura.

–Ah, eres tú –dijo el profesor. Pero no tuvo tiempo de añadir una sola palabra más; el muchacho dio media vuelta y se marchó. El maestro corrió tras él.

–¡Kniajin! –gritó–. ¡Espera, Kniajin!

Un hombre miró sorprendido al maestro que corría y una mujer gritó:

–¡Paren a este chico!

Sólo entonces se detuvo Kniajin. Sin mirar al maestro, se quitó las gafas y dejó caer la cabeza.

–¡Un chico listo como tú no tiene por qué avergonzarse de llevar gafas! ¡Deberías saberlo! No te ofendas, pero, en mi opinión, te estás portando como un estúpido.

Kniajin siguió callado.

–¡Correr por algo así! Levushkin me dijo que se trataba de "un gran problema". ¡Tonterías!

Kniajin levantó la vista y comenzó a hablar con voz ahogada.

–Ya no me aceptarán como piloto. Me enteré que no admiten a los cortos de vista. Nunca podré volar en naves espaciales. ¡Detesto estas gafas!

–Así que era esto... –se dijo el profesor–. Ésta es la razón por la que se siente tan triste y ha adelgazado tanto. Su sueño se ha roto en pedazos y sufre, solo y en secreto.

–Te estás torturando por nada –dijo al muchacho–. Puedes volar en una astronave como ingeniero astrónomo o médico.

–¿De veras cree esto? ¿Cree de verdad que aún tengo alguna esperanza?

Se aferró a las palabras del maestro, con alivio.

–¿Por qué no había pensado en esto? ¡Qué tonto soy! ¡Realmente tonto! –se dijo.

Kniajin volvió a colocarse las gafas sobre la nariz, ahora roja por el júbilo, y comenzó a andar, como si fuera corriendo directamente hacia un futuro feliz.

El amigo de Simpey

por Elisabeth Roberts
Ilustraciones de Charles Keeping

Inglaterra

La feria comenzaba a las dos, y Simpey y su abuela iban a ella. El sol brillaba sobre el pavimento y todo estaba tan tranquilo que la banda de música podía oírse a varios kilómetros de distancia.

–Uno y medio, por favor –dijo la abuela dando el dinero al hombre de la entrada.

–¿Medio qué? –preguntó Simpey, mientras entraba en el recinto.

–Tú eres medio, yo soy una –explicó la abuela.

–Pero yo soy una persona entera –dijo Simpey–. Me parece que decir esto es una tontería.

–Tienes toda la razón. Es ridículo –respondió la abuela. Después, señalando hacia el campo, dijo alegremente:

–Mira, un tiovivo. ¡Arriba todo el mundo!

–¡Vamos allá! –dijo Simpey, y salió tras ella.

Eligió un tigre, y, a su lado, su abuela se sentó sobre un bello avestruz. No se veía gran cosa del avestruz con la abuela sentada encima de él, pero quedaba muy bien, imponente; y ella no dejaba de sonreír.

–Espero que todos los animales sean fuertes y sanos –dijo Simpey, mirándola.

La música sonó de pronto en el centro del tiovivo, y el carrusel comenzó a girar.

Simpey se agarró fuertemente al palo dorado que atravesaba al trigre.

–¡Huy! –exclamó la abuela cuando todo comenzó a moverse más y más aprisa–. Tendré que agarrarme con las dos manos. ¿No es fantástico?

–Tú subes y bajas cuando yo bajo y subo –gritó Simpey entre el ruido de la música. Sus mejillas estaban encendidas y comenzaba a embrollársele el cabello.

Fueron dando vueltas cada vez más aprisa. Simpey pasó muchos apuros para agarrarse. El avestruz volaba detrás de él, arriba y abajo, llevando a la abuela; y cuando parecía que los dos iban a despegar y volar en el espacio, el tiovivo comenzó a detenerse y el viaje terminó.

La abuela se colocó bien el sombrero cuando los dos se apearon y pisaron de nuevo la hierba.

–Esto ha sido algo grande. ¡Palabra! –dijo la abuela como si acabara de vivir una experiencia importante.

–¡Ya lo creo! –Simpey se inclinó y se tocó las piernas–. Me tiemblan las rodillas –dijo.

–Salta un poco –sugirió la abuela.

–¡Mira! ¿Qué es esto? –dijo la abuela de repente. Se inclinó sobre una caja de madera que estaba a la sombra de un gran árbol. El techo de la caja era de tela metálica y algo forcejeaba en el interior.

Simpey puso la nariz sobre la tela metálica y curioseó.

–Es un cerdo rosado –dijo suavemente–. Es muy pequeño, casi tanto como un gatito.

La abuela miró el anuncio que estaba clavado en el árbol: "Concurso de bolos. Premio: el cerdito. Gánelo por seis peniques."

–¡Ah! –dijo despectivamente–. ¡Vaya cuento!

–¿Qué clase de bolos? –preguntó Simpey. Su nariz tenía la marca producida por la tela metálica.

–Son bolos como botellas de madera –dijo la abuela comenzando a caminar muy aprisa.

–Pero... podemos jugar a *esto*. –Simpey frunció el entrecejo. Corrió detrás de su abuela y la agarró de la manga.

–Tú juegas a esto mejor que yo –dijo Simpey con vehemencia.

–Vamos allá –respondió la abuela.

El hombre del puesto los miró con sorpresa cuando la abuela le dio los seis peniques.

–Yo, en su lugar, lo tomaría con calma, señora –le dijo mientras le tendía tres grandes bolas de madera.

–¡Tonterías! –respondió la abuela.

La abuela parecía muy enfadada. Levantó la barbilla y de pronto dio la impresión de que era mucho más alta. Le tendió el bolso a Simpey para que se lo sostuviera.

–Bueno, ¿dónde me coloco? –preguntó.

Los bolos parecían estar muy lejos. Simpey agarró fuertemente el bolso e inclinó la cabeza, para ver mejor.

–Bueno –dijo la abuela, levantándose un poco las faldas–. ¡Vamos allá!

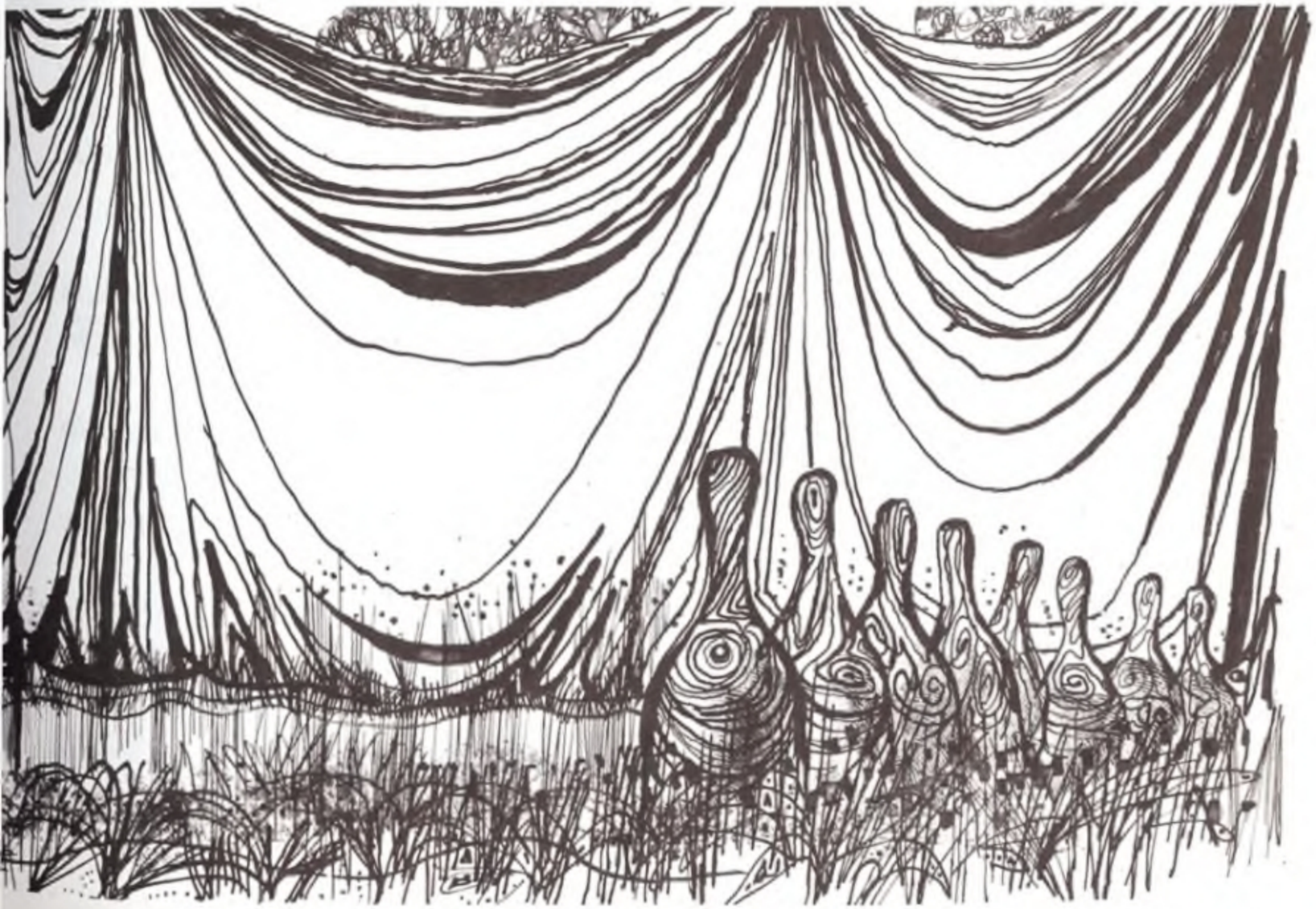
La primera bola tropezó con un montón de tierra y se perdió. Casi inmediatamente, cogió la segunda bola, apuntó y la arrojó, con tanta suerte que sólo dos de los bolos quedaron en pie.

–¡Vaya! –dijo el hombre.

–¡Ahora! –dijo la abuela, respirando fuerte.

Simpey cerró completamente los ojos. Cuando los abrió, todos los bolos estaban tendidos en el suelo. La abuela se frotaba el brazo y silbaba una cancioncilla para sí.

–Yo nunca... –balbuceó el hombre.



–Bueno, ¿qué pasa con el cerdo? –preguntó Simpey.

–Tendrán que esperar a que la feria termine –dijo el hombre–. No hay muchos que tiren *todos* los bolos. Apuntaré su nombre y dirección. El que tiene mejor marca es quien gana el cerdo.

–¡Oh! –pensó Simpey–, podríamos llamarlo Arturo. Y ya en voz alta, le dijo a su abuela al devolverle el bolso:

–Perdona que lo haya mordido.

–Vamos a tomar un helado –ordenó la abuela chasqueando la lengua.

Cuando llegaron a casa de la abuela, se sentaron los dos junto a la ventana.

Lo habían visto todo en la feria. La abuela tenía los pies en agua caliente. Simpey llevaba un batín y los dos comían bizcocho con leche. En aquel preciso instante, una camioneta se detuvo frente a la casa. Simpey miró por la ventana. Dejó el tazón cuidadosamente en la repisa y dijo lentamente:

–Abuela, mejor que te pongas las zapatillas enseguida. Me parece que el cerdo ha llegado.

Y así era, en efecto.

Dos hombres transportaban la caja y la dejaron en la cocina. Antes de que se fueran, la abuela habló un largo rato con ellos frente a la entrada principal.

Cuando regresó, Simpey volvía a tener la marca de la tela metálica en su nariz.

–¿Quieres soltarlo? –dijo él a la abuela–. Tú ganaste la partida.

La abuela paseó pensativamente la mirada por toda la cocina.

–Bien –dijo. Se inclinó y abrió la portezuela que había en uno de los lados de la caja. Casi al momento apareció la sonrosada cara del cerdito. Simpey sonrió. Abrió los brazos y corrió hacia él.

–Arturo –dijo–, ¡hola, amigo mío!

Arturo pareció entusiasmarse ante la idea de la amistad. Saltó de la caja y atravesó corriendo la cocina. Sus patitas hacían un tip-tap, tip-tap muy divertido sobre el linóleo. De pronto, se paró y miró a la abuela.

–¡Ik! –dijo.

–Hola, Arturo –saludó bondadosamente la abuela.

–¡Ik!, ¡Ik! –repitió Arturo.

–Tiene buena voz –dijo Simpey.

–Sí –asintió la abuela. Y pasando cuidadosamente al lado de Arturo, se dirigió a un armario.

–Yo diría que quiere comer algo –dijo.

–Yo también tengo hambre –dijo Simpey.

Todos tomaron un poco de potaje. Arturo lo hizo en un plato metálico que no paraba de moverse. Empezó a co-

mer en él en un extremo de la cocina y terminó en el otro. Comía muy aprisa. La abuela pasó un trapo por el suelo.

–No creo que quiera jugar a algo ahora, ¿verdad? –dijo Simpey.

–Creo –dijo la abuela– que no sería mala idea si se va pronto a la cama. Ha tenido un día muy ajetreado.

–Pues no parece muy cansado –dijo Simpey mirando a Arturo, que olfateaba un rincón.

–Nunca se sabe con los cerdos –sentenció la abuela.

–¿Tienes sueño, cerdito? –preguntó Simpey.

Arturo se sentó en el suelo.

–Le buscaré algo donde pueda echarse a dormir –dijo la abuela–. Y mañana estará dispuesto a hacer lo que sea.

–Hasta mañana –dijo Simpey sonriendo a Arturo.

Al día siguiente desayunaron todos en la cocina. Arturo, el cerdo, intentaba de nuevo cazar su plato, que se movía de un lado a otro.

–Se te está enfriando el huevo –dijo la abuela–. Puedes hablar con él después.

Simpey cogió la cuchara.

–Le he oído por la noche –dijo–. Se ha pasado la noche chillando y rascando.

–Yo me he pasado la noche rascando –dijo la abuela–. Es un cerdo muy vivo... –Bostezó un poco–. Por lo que respecta a Arturo... –comenzó a decir.

–Arturo, Arturo –Simpey comía a toda velocidad.

–Sí, me alegro de haberlo ganado –continuó la abuela mientras pasaba la mermelada de cereza a Simpey.

–Lo que pasa es que –continuó– no creo que lo podamos tener mucho tiempo.

Simpey dejó caer la cuchara.

Se hizo el silencio en la cocina; sólo Arturo husmeaba ruidosamente debajo de la mesa.

–¿Por qué no? –preguntó Simpey. Su desayuno parecía habérsele atragantado.

–Bueno... Se trata del piso, ¿sabes? –dijo la abuela–. No puedo tener un cerdo aquí.

–Supongo que ha sido por esto que has rascado esta noche –dijo Simpey, dando vueltas y más vueltas con la cuchara en el mantel.

–Sí. Además –dijo la abuela–, los cerdos deben vivir con otros cerdos.

–Pero... –empezó Simpey.

–Pero –dijo la abuela con firmeza– tengo una buena idea. Te la contaré.

Explicó entonces que uno de los hombres que había traído a Arturo tenía una espléndida granja, no muy lejos. Le había dicho que el cerdito podía vivir allá, y que Simpey y su abuela podían ir a visitarlo cuando quisieran.

Simpey se sentó. –¿Tiene otros cerdos como Arturo –preguntó– y caballos, y vacas, y un campo de heno?

–Todo –dijo la abuela.

Simpey cogió el bote de mermelada.

–Va a ser un cerdo con suerte –dijo–. Vivir en una granja... y nosotros le visitaremos cada día.

Las bromas de Juan el Chinche

España

recopilado por G. Manrique de Lara
Ilustraciones de Antonio Dalmau

Juan era un chico ingenioso, divertido, bromista, el gallito de la calle. Con sus ojos de pilluelo y su gorra de medio lado como un chulín, dejaba tras sí rastros de sus diabluras. Por eso se le apodaba El Chinche.

Le divertía ser el tormento de los demás chicos de la vecindad. Les echaba la zancadilla. En los días de fiesta les manchaba los vestidos y hasta zurraba la badana al que no se sometía a su imperio.

Las abuelitas, las nodrizas, las niñeras lo ahuyentaban de su lado como a un diabólico duende. En los parques infantiles, los guardas le vigilaban como enemigo de la pública tranquilidad.

Juan el Chinche era el manzanillo de sus camaradas en la escuela. Ninguno se atrevía a acusarle, pero sus travesuras quebrantaban la disciplina y pagaban justos por pecadores. Sin embargo, aparecía ante el maestro como si fuera un santito.

Se les comía el bocadillo a los niños bonitos y les escupía en la mano. Metía grillos en las carteras de sus compañeros y a la hora de sacar los cuadernos se armaba la marimorena. Era un experto en disparar pelotillas con los dedos con supremo disimulo.

dalmau

Un día el maestro reunió en torno al estrado a los alumnos de la primera sección para tomarles la lección de ortografía.

–"Se escriben con *be* los verbos que terminan en *bir* menos hervir, servir y vivir" –recitó el alumno primero de la clase.

En aquel preciso instante dio un salto y se echó mano a la pantorrilla.

–Le ha picado una mosca –exclamó un compañero.

–"Se escriben con *uve* los adjetivos que terminan en *ave, avo, evo,* como octavo, suave, nuevo" –continuó diciendo el alumno de turno.

Al terminar de pronunciar la última palabra, dio un salto sorprendente y se echó mano a una pierna, exclamando dolorido:

–¡Ay! Me ha debido picar una avispa.

Serenados los ánimos, el maestro que había tomado a indisciplina las piruetas de sus alumnos, gritó con energía:

–¡Orden! ¡Orden! ¡Silencio absoluto!

–"Los nombres que empiezan con *bu* como búfalo, o con *bi* como biblioteca se escriben con *be,* menos vuelo y vuestro, que se escriben con *uve.*"

En este momento pegó un bote formidable hacia atrás y se echó mano a la cadera.

–¡Ay! Me ha debido picar una mosca borriquera.

La alarma cundió entre los escolares. El maestro se levantó de su asiento a comprobar si era una treta de sus alumnos para interrumpir la lección. Mas, apenas cambió de postura, dio un salto de rana sobre la tarima del estrado, se echó mano a una pierna y exclamó desconcertado:

–¡Caramba! Como si me hubiera picado un escorpión.

Con el consiguiente regocijo de los colegiales, cada uno ocupó su pupitre entre risas y se dio por terminado el divertido incidente.

Pero, antes de salir aquel día de la escuela, ya se había

descubierto al autor de la ingeniosa travesura sin que nadie se atreviera a acusarle.

Había sido Juan, que aquel día no se sabía la lección. Con un finísimo alfiler en la punta del zapato, manejado el pie con destreza, disolvió la reunión antes de que le llegara el turno de repetir las reglas de ortografía.

Semejante osadía escandalizó a sus compañeros. Los de mejor humor rieron el incidente. Mas los que habían sido protagonistas de la escena comentaron entre sí:

–Nos la tiene que pagar. Hay que pensar algo que sirva de escarmiento a ese bribón.

Una mañana, Juan entró en la clase. Dejó la gorra en la percha y se sentó en su pupitre. Su compañero de banco le dijo:

–¿Qué te pasa, Juan, que tienes los ojos hinchados?

El aludido se restregó los párpados y sintió un agudo dolor.

El encargado del orden en la clase se le acercó y le preguntó:

–¿Qué te pasa, Juan, que tienes la cabeza hinchada como un bombo?

Éste se llevó las manos a la cabeza y empezó a estremecerse de angustia.

–¡Ay! –exclamó–, parece que los ojos me hacen ver visiones. No veo, no veo.

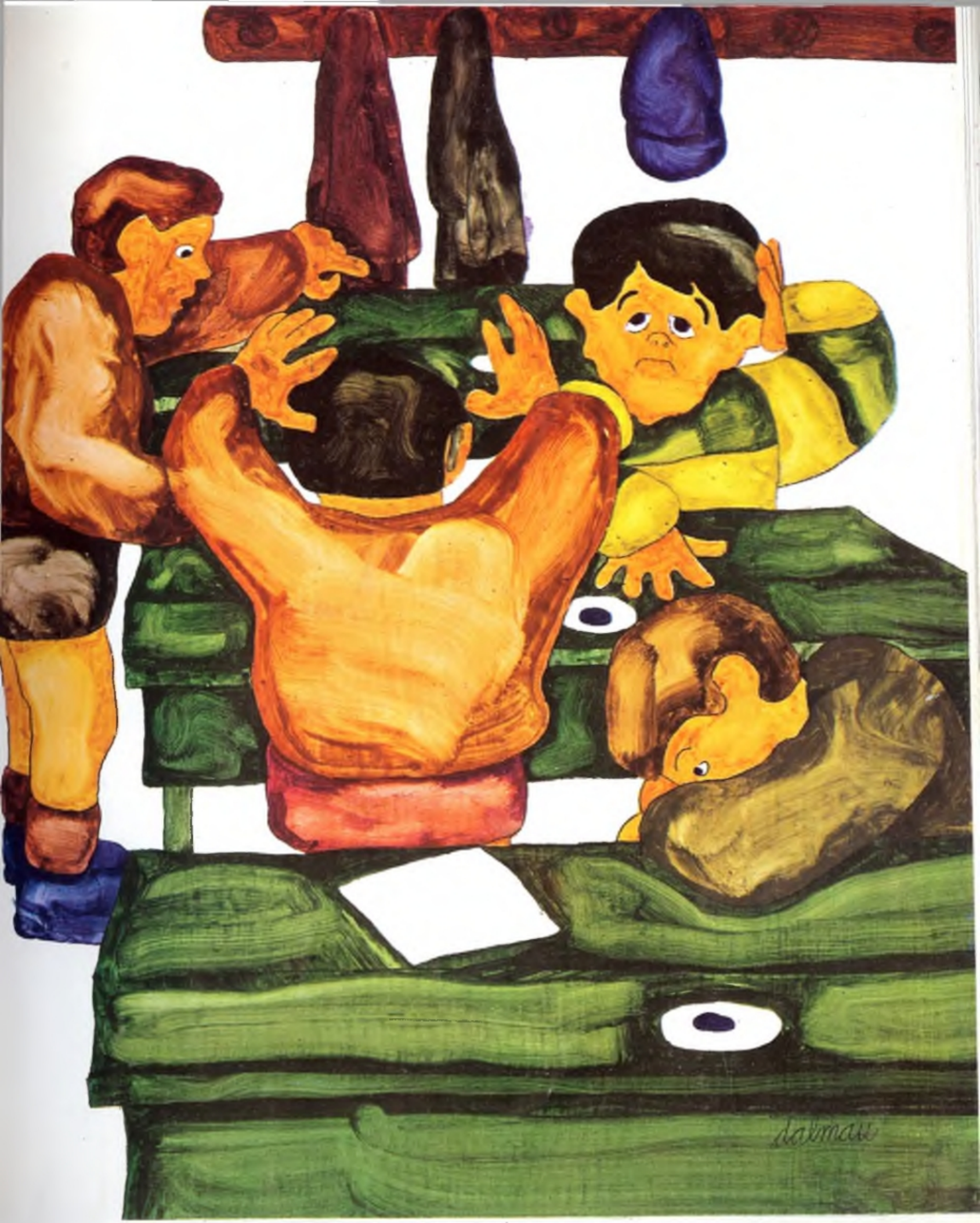
Entonces, se pidió permiso al maestro para que el enfermo se retirara. Concedido el permiso, fue a ponerse la gorra y no le entraba en la cabeza.

–¡Ay de mí! –gritó–. ¡Se me saltan los sesos!

Frente a la escuela había una clínica, y allí llevaron al enfermo. Juan entró aturdido a la sala de visitas.

–¡Doctor, doctor! –gritaba angustiado–. Atiéndame enseguida, que se me saltan los sesos.

–¡Cálmate, cálmate! –contestó el galeno–. Procuraré quitarte ese dolor que te enloquece.


dalmau

–¿Pero no ve usted que tengo la cabeza hinchada? ¿No ve que se me saltan los ojos?

El doctor exploró a Juan y cada vez que le tocaba en la cabeza daba gritos lastimeros.

–¡Pero si no tienes nada en la cabeza! ¿De qué te quejas? Anda, anda, vete a tu casa, que sufres una alucinación.

Juan, acongojado, salió para su casa. Por el camino lloraba como una Magdalena. Al verlo, las gentes exclamaban:

–¡Pobrecillo! ¡Cómo lleva la cabeza! Se morirá sin remedio.

Su madre se alarmó atrozmente al contemplarle en aquel estado. Le acostó enseguida y le aplicó algunos remedios caseros.

Como se agravaba el enfermo, avisaron al médico de

cabecera para que acudiera con urgencia. Llegó el doctor y un alumno de la escuela le advirtió:

–Examine usted la gorra de Juan.

Cuál sería la sorpresa del médico al comprobar que tenía el forro cosido para achicarla. El doctor soltó una sonora carcajada.

–¡Ya está, ya está, Juan! –gritó el galeno–. ¡Ya he averiguado la causa de tu dolor! Ponte la gorra y verás cómo se te ha deshinchado la cabeza.

El aludido abrió los ojos, se puso la gorra, se la caló hasta las orejas y saltó de la cama gozoso. Echó a correr y entró en la escuela, donde sus compañeros le recibieron regocijados, informándole de la broma.

Desde entonces Juan no volvió a burlarse de sus camaradas.

El indiecito embrujado

Venezuela

Cuento venezolano,
adaptado de relatos sobre los
indios yanomamos, por E.T.
Ilustraciones de Rosario M.ª García Morales

Cuando más atareado me hallaba dibujando los árboles que me salían al paso, me di cuenta de que ya casi era de noche y de que me había apartado mucho del campamento donde estaban mi padre y sus alumnos de la Universidad. Recogí rápidamente las láminas dibujadas, los lápices y la caja de pinturas y traté de orientarme. Pero fui incapaz de hallar la última palmera que había copiado en mis papeles, una yagüa de frutos comestibles. ¿Y la otra palmera, también de frutos comestibles, según había leído en el libro-guía que me había dejado mi padre para orientarme en mi trabajo? La otra palmera, llamada pijigüao, no se distinguía de los otros árboles de la espesura, porque la oscuridad convertía todos los árboles en amenazantes masas oscuras, como gigantes de agitadas melenas. Era de noche y me había perdido.

Era la primera vez que mi padre, profesor de botánica de la Universidad de Caracas, había permitido que le acompañara en su expedición de estudio por el sureste del Territorio Federal Amazonas. Un grupo de alumnos le acompañaban y aquella tarde en el alto Orinoco, mientras ellos trabajaban en las tiendas, clasificando hojas, raíces, fotografías y todo el material que habían recogido hasta el momento, yo había salido, aconsejado por ellos, a dibujar

yagüas, pijigüaos y otros árboles por los alrededores. –Pero no te alejes mucho –me había aconsejado mi padre–. No pierdas de vista el campamento. Estamos en territorio de los indios yanomamos. Ésta es la tierra de la tribu yanomami, una gente muy cuidadosa con los nombres. También se les llama guaicas o guajaribos, pero ellos se denominan sólo yanomami o yanoami. Entre los yanomamos es una ofensa llamarse por su nombre. Así que si te encuentras con alguno, mucho cuidado. Decir su nombre es tabú.

–¿Tabú?

–Prohibido. Una ofensa grave. Una prohibición muy seria.

–¡Pero si no sé ningún nombre yanomamo!

–Yo tampoco. Pero he leído algunos libros sobre sus costumbres. Uno de mis alumnos, el encargado del laboratorio fotográfico, ha estudiado su lengua. Piensa que existen actualmente en Venezuela 27 lenguas indígenas y 5 más en el territorio del río Esequibo: 32 lenguas en total...

Mi padre me había contado otras curiosidades de los indios y yo recordaba esta conversación mientras corría para regresar al campamento. Pero me detenía de vez en cuando y no sabía dónde me encontraba porque a cada paso la oscuridad aumentaba. Sólo se oían ruidos de animales. Estaba desesperado, sucio y cansado. Y pensaba que si había dibujado sólo palmeras de frutos comestibles en las últimas horas debía ser porque empezaba a abrírseme el apetito que ahora se había convertido en una especie de animal que aullaba de hambre en mi estómago. Tenía rota la ropa y rasguños en todo el cuerpo ¡y hambre!, ¡y un sueño!...

Pero no podía dormir. Pensaba que si me acostaba para esperar a la luz del amanecer que me orientara, podía venir una cascabel o una cuaima, o también un jaguar o una araña mona, esa araña tan peligrosa si nos llega a atacar. Pero hubo un momento en que no pude aguantar más y me acosté en el suelo, junto a un árbol.

Dormí muchas horas y, al despertar, cuando amanecía, vi un chico semidesnudo cerca de mí que estaba como vigilándome. Era un indio de mi edad, más o menos. El indiecito, al ver que me despertaba, corrió hacia un claro de la selva, muy cerca del lugar en el que yo me hallaba, pensé que seguramente para anunciar mi despertar. Resulta que me había acostado en el borde mismo del lugar que habitaba uña tribu de yanomamos.

En el claro de la selva había otros indios, hombres, mujeres y niños, todos comiendo una especie de pan que olía a plátano asado. Acababa de amanecer y con eso se debían desayunar. Vi muchos animales que andaban sueltos por las casas, como perros, un chigüire, un picure, un paují y hasta un oso melero... Tendida en un chinchorro había una anciana que no paraba de toser. Un indio muy importante, por el respeto que inspiraba a los demás y por los colgajos y colores que llevaba pensé que sería un brujo, estaba al lado de la vieja recitando ensalmos o fórmulas mágicas. La mujer no comía nada. Debía de estar enferma y el brujo debía de estar tratando de sacarle los malos espíritus de la enfermedad. Yo estaba tan lleno de curiosidad que ni se me pasó por la cabeza huir o estar asustado. El indiecito se acercó al brujo con gran reverencia y después de un momento de conversación, un grupo de hombres con el brujo y el indiecito a la cabeza se dirigieron hacia el lugar en que yo me encontraba acostado. Entonces no se me ocurrió otra cosa que cerrar los ojos y hacerme el dormido para ganar tiempo y averiguar las intenciones de los indios que se acercaban.

El brujo debió pensar que yo estaba enfermo porque comenzó a recitar sus fórmulas mágicas ante mí, como hiciera antes con la anciana. Pero como yo no estaba seguro de qué me pasaría si abría los ojos, seguía con mi truco, hasta que los indios se cansaron y sólo se quedaron junto a mí, vigilándome, el brujo y el indiecito.

Era muy pesado eso de no poder abrir los ojos nunca

y simular que uno está con el conocimiento perdido, así que de vez en cuando, disimuladamente, entreabría los ojos para observar a mis vigilantes. Observé que el brujo y el indiecito comían unos gusanos verdes y sentí tal repugnancia que cerré los ojos enseguida. Cuando los abrí de nuevo, estaban comiéndose una araña... Me asombré tanto que casi me atrapan con los ojos abiertos. El brujo se acercó a mí y comenzó a dar gritos y a cantar sus ensalmos. Luego la voz del brujo se alejó, así que yo me puse a observar si se iba y me dejaba con el chico.

Pero se alejaban los dos, danzando y cantando, hasta que llegaron al pie de un gigantesco pijigüao. Entonces el brujo colocó las dos manos sobre la cabeza del indiecito, gritó sus fórmulas mágicas, se volvió hacia mí, sin duda para estar seguro de que nadie observaba la extraña ceremonia. Yo cerré los ojos para no dejarme atrapar, y cuando los abrí de nuevo, con gran cautela, el brujo tenía las manos posadas sobre la cabeza de... un monito, casi tan grande como el indiecito desaparecido. ¡Extraordinario! ¡El indiecito estaba embrujado!

El brujo realizó un par de veces más el mismo hechizo. Por dos veces más pude observar cómo el brujo, mediante el recitado de sus fórmulas mágicas, transformaba al indiecito en un mono y viceversa. Al fin, el brujo dejó junto al enorme pijigüao al monito y se acercó a mí, mientras comenzaba a recitar sus ensalmos. Yo estaba muy alarmado. ¡No quería que me ocurriera lo mismo que al pobre indiecito! Los ensalmos que recitaba el brujo me parecían los mismos que acababa de escuchar. Seguramente el encantamiento del indiecito había sido sólo como un ensayo para realizar sin ningún fallo mi transformación en... un monito, o quién sabe en qué otro animal. Así que no aguanté más, me levanté tan rápido como pude y apreté a correr por la selva con todas mis fuerzas.

Pero en el mismo instante en que yo me levanté, salieron unos cuantos indios que esperaban ocultos entre las

matas y árboles y cayeron sobre mí en un momento. Y yo perdí el mundo de vista, como si me durmiera de nuevo.

Esta vez desperté entre mi padre y el alumno fotógrafo que hablaba la lengua de los indios. Estaba en una choza del poblado indio, y el indiecito embrujado asomó su cabeza por la puerta. Mi padre, al ver mi gesto de sorpresa, explicó:

–Los indios nos han contado que han utilizado el truco de hacerte creer en la transformación del niño en monito, para ver si estabas enfermo de verdad...

–¡Pero yo he visto...! –protesté.

—No has visto nada, porque en el momento de ponerse el mono debajo de las manos del brujo, éste se volvía a mirarte para que tú cerraras los ojos. Los yanomamos crían animales por gusto. Consideran crueldad comer un animal criado. Los crían con cariño, como si fuera uno más de la familia.

Y para convencerme, me hicieron salir al exterior donde vi una india que por un lado le daba de mamar a su niño y por el otro a un monito que se había quedado sin madre.

—Comer gusanos no es ninguna porquería —siguió explicándome mi padre—. Lo que pasa es que nosotros no estamos acostumbrados. En su selva no abunda la caza y hay que obtener proteínas para el cuerpo de donde sea. También comen arañas, culebras y otras alimañas.

Más tarde, me despedí del indiecito. Me dijeron que la mejor manera de saludarlo era regalándole algo: fósforos para prender fuego, una navajita, y... caramelos que traía mi padre. El indiecito los recogió del suelo con los dedos del pie, como hacen los cuadrumanos, se los llevó a la mano y, con la mano, a la boca, para desempapelarlos a mordiscos y, después, chuparlos deleitosamente. El indiecito sonreía, sin hablar.

—Son muy inteligentes... —comenté yo, al pensar que el truco del brujo para hacerme levantar fue mejor que el mío de hacerme el inconsciente—. ¿Cómo se llama el indiecito?

El alumno fotógrafo me recordó, alarmado:

—No hay que pronunciar su nombre. No hay que preguntárselo. Eso es tabú.

—¡Es verdad! Entonces le llamaré el indiecito embrujado. Y cuando llegue a Caracas pintaré su retrato y lo llamaré así: El indiecito embrujado.

Los tesoros de Farfounet

por Maurice Jean
Ilustraciones de André François

Francia

Si quieres saber dónde está situado el pueblo en que vive Farfounet, no te será difícil encontrarlo.

1) Prepara unas banderitas con agujas.

2) En un mapa de Francia, coloca una en Bayona, famosa por sus jamones, y otra en Givet, la capital de los clavos. Luego, con mucho cuidado, traza una línea recta entre estas dos ciudades.

3) Después, clava una tercera banderita a mitad de camino entre Bayona y Givet, y verás dónde está situado el pueblo de Farfounet.

Sin hacer mucho ruido, coge un mapa de Francia, tu sombrero, una brújula y un telescopio, y te vas allí en moto, en coche, en tren, en helicóptero, en un jet o, sencillamente, en bicicleta.

Como no sé muy bien cómo se escribe, y te pido perdón por ello, prefiero no dar el nombre del pueblo. No es un detalle muy importante.

Mira por el telescopio, y tan pronto como veas una colina con tres docenas de casas bajas –ni una más ni una menos– alineadas a lo largo de una única calle, al pie de una vieja fortaleza –un château–, te dirás: "Ya he llegado."

Si tienes todavía alguna duda, busca el río que hace un meandro al extremo del valle, los tres olmos de la plaza

frente a la iglesia, la fuente delante de la forja del herrero y la elegante y moderna escuela, al lado del campo de fútbol.

Después, vuelves a poner la brújula en el bolsillo, y mandas a tus padres, amigos y conocidos este telegrama:

LLEGADO SANO Y SALVO AL PUEBLO DE
FARFOUNET / STOP / MUCHOS BESOS DE...

(Pon después tu dirección y firma.)

Pero se me ocurre ahora que, sin duda, te estás preguntando en este momento: "¿Quién podrá ser este Farfounet?" Porque este nombre puede ser de un gato, un chico, una alondra o un erizo.

¡Muy bien! La pregunta demuestra que tienes sentido común. Y yo debía haberla contestado al principio.

Feliz como la alondra, vivaracho como un niño, juguetón como un gatito, tan bien peinado como un erizo, Farfounet es un niño muy amable, y estoy seguro de que me darás las gracias por habértelo hecho conocer.

Los habitantes del lugar, gente muy amable, tendrán mucho gusto en facilitarte la dirección.

¿La casa de Farfounet? Sigue adelante. Está detrás del bosquecillo. Ve directamente a la granja, en la que verás una parra que trepa por la pared, la jaula de un pichón, un corral con un caballo negro que patea el suelo, seis vacas blancas mugiendo en el establo y un tractor de un rojo llameante en el granero.

Éste es el sitio. No tiene pérdida.

El propio Farfounet abrirá la puerta y te dará la mano, como a un viejo amigo. Entonces, probablemente te dirá:

—¿Farfounet? Sí, todo el mundo me llama así. Porque al parecer soy un diablillo, muy malo y muy ruidoso.

Si le dices que tú también eres uno de estos muchachos que son unos diablillos, malos y ruidosos y que, en tu opinión, esto está muy lejos de ser una desgracia, ya no tendrás que rogarle que te muestre sus tesoros.

El motivo de su buena disposición es que no necesita tenerlos enterrados en las profundidades de una caverna o encerrados en una caja fuerte. (Si la caverna se hunde o pierdes la llave de la caja fuerte, ¿qué ocurrirá? ¡Acuérdate de esto!).

Para conservar sus tesoros, Farfounet los lleva siempre en los bolsilos de los pantalones.

¡Creedme, amigos, no se trata de bolsillos corrientes! Pesados, hinchados, llenos hasta reventar, hacen un bulto enorme en cada pierna y le dan una importancia que, a primera vista, sorprende.

—No son bolsillos, son camionetas —gruñe el padre.

—¡La gente va a creer que el niño es deforme! —exclama la madre.

Las personas mayores no pueden comprender ciertas cosas...

Pero veamos las maravillas que se encuentran en su bolsillo izquierdo: una pinza de tender ropa, un clavo de herradura (no confundirlo con un bastón de mariscal), un tapón de botella de champán, una piedra de afilar (en forma de huevo), un pito de madera, tres castañas (para hacer figuritas con ellas), media docena de cerillas usadas (para los brazos y piernas de las figuras), una rama en forma de horca (para hacer un tirador de chinas), un trozo de goma de

neumático de bicicleta (para hacer el tirador), un botón de un abrigo, un ovillo de cordel y un imperdible.

Admiremos ahora las riquezas que nos ofrece su bolsillo derecho: un pañuelo blanco (ya no tan blanco), un caracol (envuelto en el pañuelo), cuatro cristales de mármol, una navaja de seis hojas (de las que sólo queda una), una bobina (vacía), un lápiz de color azul, un puñado de habichuelas (municiones para el futuro tirador), la montura de unas gafas (sin cristales, pero excelentes para mirar la estrella polar por la noche), un reloj sin manecillas (pero con muchos engranajes interesantes en el interior), la campanilla de un arnés (un poco rota, pero que aún hace *din-din)* y un metro de carpintero (muy útil, aunque está casi completamente roto).

¿Vas a encogerte de hombros ante todo esto?

No. Estaba seguro de que no lo harías.

Por la expresión de tus ojos, veo que no eres uno de estos que se quedan boquiabiertos mirando perlas, diamantes, rubíes, esmeraldas, topacios y otros artículos sin precio que se encuentran en los tesoros ordinarios.

Tú prefieres los tesoros de Farfounet.

Aunque sus bolsillos son grandes, profundos, no pueden contener todas las riquezas que posee. La cartera de la escuela le sirve para guardar las cosas de mayor tamaño.

Esta mañana, por ejemplo, antes de salir hacia la escuela, ha puesto en ella, además de los libros y cuadernos, su tortuga, Adela, del tamaño de una nuez verde, y su pichón domesticado, Lustucru. (No te preocupes por Adela y Lustucru. Están acostumbrados a esto y Farfounet es muy bueno con ellos.)

Por curiosidad, sigámosle un ratito en el camino a la escuela. Va con una gran sonrisa. A su espalda, Lustucru va haciendo *rruu, rruu.* Adela, contenta de ir a aprender algo, se frota contra el cuero de la cartera mientras va mordisqueando un poco de lechuga.

Como Farfounet necesita tiempo para hacer las cosas, la gente imagina que es perezoso. Nada de esto. Su mente está siempre despierta y sus ojos no paran de mirar de derecha a izquierda. Tiene tantas cosas que descubrir en este mundo tan largo y tan ancho...

Ayer fueron unos copos de nieve, un grillo vestido de negro y un ciervo volante con cuernos como un demonio.

Hoy quizá sea un sapo rojizo, una familia de renacuajos o una colina cubierta de margaritas.

Y mañana, pasado mañana, todos los días, hará nuevos descubrimientos: un puñado de avellanas silvestres, un gusano dorado, un lagarto gris, una mariquita, unos hongos silvestres...

¡Ah! ¡Si todos los que van enfrascados en sus pensamientos, sin ver nada, supieran los maravillosos juguetes que se pueden hacer con un pedazo de corteza de abeto, un trozo de alambre y tres plumas de gallina!

Farfounet sabe todo esto.

Por esto le ves, a lo largo del camino, hurgando en las cosas, buscando lo oculto, poniendo todo patas arriba, coleccionando, sin dejar que nada le interrumpa.

A veces la señorita le reprende.

—Esto es terrible, Farfounet. ¡Vacía los bolsillos!

Farfounet perdona a la señorita. Ni la mejor maestra puede entenderlo todo. Prudentemente, saca sus tesoros a la vista de todo el mundo.

—¡Un caracol! ¡Oh, qué asco! ¡Y todas estas tonterías!

Con la cabeza baja, nuestro estudiante deja que pase la tormenta. La señorita no ha pensado en mirar en la cartera. Adela y Lustucru están a salvo; esto es lo importante.

Farfounet se ríe para sus adentros.

Fíjate ahora cómo se demuestra que tiene razón.

El tapón de la botella de tinta se ha perdido ¿Dónde se puede encontrar otro?

¡En el bolsillo de Farfounet!

¿La señorita quiere colgar de la pared el mapa para ilustrar la lección de Historia? La pinza de tender la ropa de Farfounet o el clavo de herradura servirán perfectamente para aguantar el mapa.

Un clavo mal clavado de un asiento amenaza con romper la ropa de alguien. La piedra de afilar de Farfounet servirá de martillo.

Verás como en la lección de matemáticas la maestra no pensará mal de la regla de carpintero, del rollo de cuerda, las nueces, los cuatro cristales de mármol o el puñado de habichuelas.

Durante los quince minutos del recreo, la distraída señorita, que ha olvidado el silbato, tendrá incluso que pedir prestado el silbato a su alumno.

Pero debemos ser justos. La señorita ha besado a Farfounet en ambas mejillas.

Inclina la cabeza un poco modestamente, pero su sonrisa se ensancha.

Ahora, dime, ¿quién, en este momento, puede reñirle por buscar entre las cosas, tratar de encontrar lo escondido, registrarlo todo, recogerlo todo, sin dejar que nada le interrumpa?

De pronto, al sonar las doce, comienza a llover. Una de estas lluvias con pedrisco que a veces caen sobre esta parte de Francia, situada –no lo olvides– a mitad de camino entre Bayona y Givet, a vuelo de pájaro.

La escuela está al final del pueblo. Con este tiempo y sin impermeable, te calarías hasta los huesos antes de llegar a casa. ¿Qué se puede hacer?

Niños –dice la señorita–, tendréis que esperar.

Todos se ponen tristes. Los estómagos están hambrientos. No es cosa de broma. Entonces Farfounet levanta la mano.

–Señorita, tengo una idea.

–Oigámosla.

Nuestro amigo agita una hoja de papel.

–Mire lo que he escrito.

Papá,
si no vienes a buscarnos con el camión,
nos resfriaremos.

Farfounet

–Muy bien –dice la señorita–. Pero, ¿quién va a llevar la carta?

–Lustucru, desde luego.

–¿Lustucru?

Farfounet saca el pájaro de la cartera, y éste agita las alas. Lustucru parece alegrarse de hacer ejercicio.

Toda la clase se echa a reír y la maestra no tiene valor de regañarle.

Con una goma, Farfounet ata la carta, doblada, a una de las patas del pájaro. Abre la puerta, da besitos a su pájaro en la cabeza y le dice, antes de soltarlo bajo la lluvia:

–Date prisa, Lustucru.

–¡Qué chapucero es este Farfounet! –exclama la señorita con aire de enfado.

Pero nuestro mañoso pícaro sabe que esto lo dijo como chiste y que a la maestra le gustaría darle un beso.

Unos minutos más tarde, el padre de Farfounet llega a la escuela con su camión.

Lustucru desempeñó bien su cometido de paloma mensajera. Inmediatamente se posó en el hombro del padre de Farfounet, quien en seguida vio el mensaje atado a la pata del pájaro y no perdió tiempo en ir a la escuela con el camión.

En un abrir y cerrar de ojos, abre la puerta trasera del camión y grita alegremente:

–¡Todos arriba!

La señorita se sienta junto al conductor, con Farfounet entre los dos.

Farfounet no es pedante, pero ahora no cambiaría este sitio de honor por el trono de un rey.

El camión deja a cada niño de la escuela delante de su casa.

–¡Comed bien, amigos! ¡Nos veremos mañana!

Le llega el turno a la señorita. Al bajar, da las gracias al conductor y le dice a Farfounet:

–Sin tu idea, probablemente hubiera cogido una bronquitis.

Nuestro héroe sonríe.

Cuando el camión va a arrancar, se inclina hacia la ventana, y exclama de pronto:

–Un momento, papá. ¡Sólo un momento!

Rápidamente, abre la puerta, salta a la calle, llena de charcos, y se inclina.

–¿Qué cree usted que habrá visto? –gruñe el padre.

–¿Qué demonios está excavando?

–¡Señorita! –grita Farfounet.

La maestra se vuelve.

–¿Qué pasa, Farfounet?

–¡Mire, señorita!

Sin pensar siquiera en la lluvia que corre por su cara feliz, corre hacia la señorita y le ofrece, en la palma de su mano extendida, una ranita.

–¡Llueve, hay humedad, es día de fiesta para ella! Se la regalo.

Los ojos de Farfounet brillan con tal placer que la señorita no puede decir que no. Toma la ranita en su mano, un poco a regañadientes. El animalito, pequeño y frío, parece bastante desagradable al principio. Después, curiosamente, se hace muy agradable, como un pajarito que se posa en la mano.

La señorita sonríe bajo el aguacero. Su corazón se llena de alegría.

Agita su mano saludando al camión, que empieza a arrancar, y sus labios se entreabren.

Pero su voz es tan bajita, que sólo ella sabe lo que dice:

–Gracias, mi buen Farfounet.

La piedra mágica

por John M. Ibongia y M. Dobrin
Ilustraciones de K. Francis Msangi

Kenia

–Voy a contar un cuento...

Cuando la abuela pronunciaba estas palabras, los niños dejaban inmediatamente de charlar y se volvían hacia ella. Ella se sentaba junto al fuego, en una cama construida con largos tallos de caña, fijada a las paredes de barro. Los tallos estaban atados con cuerdas y cubiertos con una piel de vaca, para que la abuela estuviera cómoda.

Los niños dormían a veces en la choza de la abuela y muchos preferían dormir allí que en su propia casa. Naturalmente, ayudaban en las labores domésticas, como ir a buscar agua y llevar leña. Pero, ¿en qué otro sitio podían paladear una comida tan deliciosa, ni oír cuentos tan interesantes?

La abuela pasaba el tiempo tomando el sol, sentada, fumando su pipa de arcilla. Pero siempre preparaba una gran cacerola de gachas de maíz para darles de comer a los niños cuando regresaban de trabajar en la granja.

La abuela era aún una señora muy bien parecida y fuerte para sus años. Era alta y fuerte porque estaba acostumbrada a llevar cestos, madera y fruta en la cabeza. Cuando se cansaba, su espalda se curvaba ligeramente, pero esto no importaba, porque ya tenía nietos que le llevaban los bul-

tos. Sus viejas piernas todavía se mantenían vigorosas y mostraban los fuertes músculos que se habían desarrollado con las largas caminatas arriba y abajo de las colinas de Kisii, en Kenia. Llevaba brazaletes de metal alrededor de los tobillos, que indicaban que era una mujer casada.

La hora de la cena solía ser antes del crepúsculo. Cuando los niños habían comido y limpiado los restos de la mesa, se ponían a dormir alrededor del fuego sobre colchones de suave piel de vaca. Si seguían charlando y no querían dormirse, la abuela sabía el medio de hacerles callar. Empezaba a contarles un cuento. Cuando la abuela contaba sus cuentos, nadie se movía de la cama, porque eran muy interesantes. Pero sabían también que si uno cualquiera de ellos abandonaba la cama mientras la abuela contaba un

cuento, no volvería a crecer. Así pues, nadie se movía, y cuando el cuento terminaba, los que aún estaban despiertos podían exclamar:

–¡Ahora creceré tanto como el monte Sameta!

Aún hoy en día, en muchas chozas de las tierras altas de Kisii, en Kenia, una mujer se sienta en la cama, mira a sus nietos y dice:

–Voy a contar un cuento...

Una vez vivían dos hermanos. Uno era muy rico, otro muy pobre. El rico, Metusera, vivía en una isla en el lago Victoria. Esta isla tenía montañas de sal. Metusera se hizo rico vendiendo la sal al pueblo de Kisii, que carecía de ella.

Pero Joseph, el otro hermano, que vivía al borde del lago, no tenía sal para vender. Llovía poco y sus cosechas nunca eran buenas. Y tenía esposa y siete niños hambrientos que alimentar.

Un día, la mujer de Joseph comenzó a llorar.

–¿Por qué lloras? –le preguntó él, sentándose sobre las piernas junto a ella.

–¿Quieres que nos muramos? –dijo ella entre sollozos.

–No tenemos comida, nos morimos de hambre. La vieja vaca ya no da leche y está demasiado flaca para comérnosla. El huerto está vacío. He plantado y cavado, pero todo ha sido inútil porque el maíz se ha podrido hasta el tallo.

Joseph trató de consolar a su mujer, pero no pudo calmarla. Su estómago hambriento no le dejaba pensar en ninguna otra cosa.

–¿Por qué no vas a ver a Metusera? Puedes pedirle dinero. Es muy rico y puede dártelo fácilmente; así podrás comprarnos algo de comer –dijo la esposa.

Pensando en estas palabras, Joseph movió lentamente la cabeza.

–A mi hermano sólo le gusta tener dinero, pero no darlo. Todo el día, desde que sale el sol hasta la noche, se sien-

ta en su casa y cuenta el dinero. Aun cuando pudiera devolvérselo, no me daría nada; y los dos sabemos que nunca podría devolverle el préstamo.

—Inténtalo —dijo la mujer, llorando—. Es tu hermano. Quizá te dé el dinero; de lo contrario, nos moriremos todos de hambre.

Joseph dijo que hablaría con su hermano, y aquella misma noche salió para la isla de Metusera. Andó por los llanos polvorientos. Quedaban allí muy pocos animales, pues la mayoría se habían ido más al sur, en busca de alimentos. La poca hierba que quedaba estaba quemada por el sol.

Sobre la blanda arena se levantaban unos árboles desnudos y rígidos. De vez en cuando, un soplo de brisa que venía del lago removía la arena, formando remolinos que herían los ojos de Joseph. Pero él continuaba su marcha por los tórridos llanos. Antes de la puesta del sol llegó a la playa, en el lado opuesto a la isla, y, como no podía cruzar aquella noche, se durmió en la arena, cerca del agua, que estaba llena de cocodrilos.

Al día siguiente se levantó con el alba y comenzó a construir una balsa para las azules aguas del lago. Cortó unos árboles pequeños y ató los troncos con una hierba muy resistente.

Este trabajo le ocupó mucho tiempo; se encontraba débil, por falta de alimento y por el intenso calor. Finalmente, ya terminada la embarcación, partió para la isla, remando por el lago.

Cuando llegó a la isla, se dirigió a la casa de su hermano. Metusera estaba sentado en medio de una sala de su enorme casa, contando dinero y poniendo las monedas en numerosos montones.

Cuando Metusera vio a Joseph en la puerta de entrada, cubrió los montones de monedas con una tela y dijo con voz áspera:

—¿Qué haces aquí?

Joseph entró lentamente en la habitación.

–Hermano, necesito tu ayuda –comenzó–. No ha llovido este año y nuestras cosechas se han perdido. No tengo dinero para comprar alimentos para mi mujer y mis hijos, que se mueren de hambre. Por favor, préstame dinero y te lo devolveré cuando pueda.

Después de oír estas palabras, Metusera comenzó a reírse.

–¿Esperas que te dé dinero? –exclamó–. ¿Por qué había de hacerlo si tengo lo justo para vivir feliz? Si te doy un poco, no tendré nada que hacer durante el día. El mayor placer de mi vida es contar dinero. Y, ¿por qué tengo que darte dinero? Tú eres perezoso, pero te daré algo sólo para demostrarte lo bueno que soy contigo, aunque no te merezcas nada. Aquí tienes una barra de pan. Ahora, vete y no vuelvas nunca más –dijo, tendiéndole una gran barra de pan seco.

Sabiendo que era inútil continuar implorando, Joseph tomó tristemente la barra de pan y comenzó su viaje de regreso. Remó para atravesar el lago y empezó a caminar

por los senderos polvorientos. No había andado mucho cuando se encontró con un harapiento anciano que tenía una larga barba gris.

–¿Qué llevas aquí? –preguntó el anciano, señalando la barra de pan.

–Una barra de pan, anciano –respondió Joseph.

–Hace tres días que no como. ¿No podrías darme un poco? –suplicó el anciano.

–Mi familia necesita este pan –dijo Joseph al anciano.

"Pero lo mismo le ocurre a este anciano –se dijo para sí–. Posiblemente morirá si no come pronto." Y Joseph le tendió la mitad de la barra. –Gracias –dijo el anciano–. Eres un hombre bueno, y por tu bondad, voy a ayudarte.

Le mostró una piedra redonda que sacó de su bolsillo.

–Esta piedra te dará todo lo que quieras –dijo–. Pero debes formular deseos razonables.

Joseph dio las gracias al anciano y corrió el resto del camino hasta su casa, con la piedra redonda en el bolsillo y la otra mitad del pan en la mano.

Su esposa y sus hijos estaban casi muertos de hambre cuando llegó a casa. Les dio el pan y les habló del anciano.

–Pidamos comida, entonces –dijo la esposa de Joseph–, porque nos morimos de hambre.

Lo desearon con toda su fuerza y, en un momento, la cocina y el huerto se llenaron de comida. Piñas, remolachas, tomates, maíz, espinacas y otras clases de alimentos brotaron de la tierra seca.

De improviso aparecieron diez gallinas, que comenzaron a poner huevos. Las ubres de la vieja vaca parecían reventar de tanta leche que tenían, y cinco terneras aparecieron detrás de ella. En la casa aparecieron barras de pan blando y latas llenas de aceite y mantequilla.

La familia estaba encantada.

–¿Qué más podemos pedir nosotros? –preguntó entonces la mujer de Joseph.

–Nuestros vecinos también tienen hambre –repuso Joseph–. Vamos a pedir algo para ellos.

El huerto de los vecinos pronto estuvo tan lleno como el suyo propio.

–Los niños no tienen ropa ni zapatos. Podemos pedirlos –dijo la mujer de Joseph.

Inmediatamente aparecieron delante de ellos largas hileras de vestidos y una larga fila de relucientes zapatos. ¡También aquel deseo se había hecho realidad!

La noticia de la repentina riqueza de Joseph se extendió por el territorio y llegó a oídos de Metusera, en su isla.

Se volvió loco de envidia. No podía permitir que Joseph fuera más rico que él; así que decidió robar la tierra y las posesiones de su hermano.

Metusera cruzó el lago con su propio bote y fue a la casa de Joseph. Miró por la ventana y contempló a la feliz familia. Vio que Joseph sacaba la piedra mágica y decía: "Deseo una nueva escuela de ladrillo."

—¡Es así cómo lo hace! —se dijo Metusera—. Debo robar la piedra.

Observó cómo Joseph ponía la piedra bajo la almohada. Aquella misma noche, cuando todo el mundo dormía, se deslizó dentro de la estancia, cogió la piedra de debajo de la almohada y, silenciosamente, abandonó la casa. Corrió hacia el lago, saltó al bote y empezó a remar, alejándose rápidamente. Pero no pudo esperar a llegar a la isla para empezar a formular deseos.

"Si tuviera toda la sal del mundo, podría ganar mucho dinero —pensó—. Todo el mundo vendría a comprarme sal y podría cobrarle mucho por ella." Entonces dijo: —Quiero toda la sal del mundo.

La sal empezó a caer del cielo, como si fuera lluvia. Cayó sobre el bote una masa pesada y pronto la embarcación se llenó de sal; y todavía seguía cayendo sal. Dándose cuenta de lo que ocurría, Metusera gritó:

—¡Basta!

Pero era demasiado tarde. El bote se hundió hasta el fondo del lago y nada más se supo del avaricioso Metusera.

La gente del pueblo de Joseph vivió feliz el resto de su vida. La cosecha de los huertos les ayudó en los años de sequía, y pronto aprendieron a obtener más y mejores cosechas y a almacenar el grano para los períodos de escasez, y así nunca más padecer hambre.

Helmut en la ciudad

por Günter Herburger
Ilustraciones de Horst Lemke

Alemania

Helmut estaba en su mesa haciendo los ejercicios de aritmética. Susana estaba construyendo un castillo de almohadas en el centro de la sala.

–Será el castillo más alto que jamás se haya construido –dijo Susana–. Necesito más almohadas.

Helmut no prestaba atención a su hermana. Con la pluma trataba de trazar una línea recta, debajo de los números, en una página del cuaderno. De repente, su pluma saltó y la línea atravesó la columna de números. Susana le había lanzado una almohada.

Helmut se quedó mirando el cuaderno. Vio una gruesa línea negra con un lazo al final. Parecía una cola de cerdo. Se levantó, fue hacia la pila de almohadas y le dio una patada. El castillo se derrumbó.

–No debías haberlo hecho –chilló Susana.

Helmut volvió a la mesa, pero Susana le agarró el brazo y le mordió en la mano.

Helmut se puso furioso y abofeteó a Susana.

–No te atrevas a llorar –le dijo–. Estropeaste mis ejercicios. Tendré que hacerlo todo otra vez.

Susana salió corriendo de la habitación. Momentos más tarde, Helmut oyó el ruido del motor del ascensor.

–¡Susana! –gritó–. ¡Vuelve aquí!

Corrió hacia el pasillo y bajó corriendo las escaleras.

Helmut y su familia vivían en el piso 15.º de un rascacielos, cerca de la calle principal. Sus padres eran los dueños de la tienda de lencería del primer piso. Quizá Susana había ido a la tienda.

Helmut entró en la tienda por la puerta trasera y buscó a Susana en todos los escondites posibles. No estaba allí. Se dirigió a la puerta que daba al exterior.

–¿Dónde está Susana? –preguntó su padre cuando Helmut llegó a la escalera.

–Está construyendo un castillo –dijo Helmut.

–¿Quieres ir a la charcutería y comprar unos *bratwurst* para ti y para Susana? –preguntó su padre–. ¿O prefieres *schaschlik?*

–Prefiero *schaschlik* –dijo Helmut.

Por encima del mostrador, el padre le dio dos marcos.

Helmut jugaba con el muestrario de medias y lo hacía girar como un tiovivo. Era mejor coger el dinero y salir antes de que su padre descubriera que Susana se había marchado.

Detrás de la tienda había un aparcamiento lleno de toda clase de coches. Helmut miró en todas direcciones. No vio a Susana por ninguna parte.

Cogió el patinete de su sitio, cerca de donde estaba aparcado el coche de su padre. Montado en él, salió del aparcamiento a la calle. Se apeó y lo empujó por las escaleras del supermercado.

Vio la máquina que hace algodón de azúcar. Helmut fue con el patinete allá.

Susana no estaba. Tampoco estaba en la tienda de pescado ni en el mostrador de frutas que con mucha frecuencia visitaba.

–Hola, Helmut, cabeza de pepino –dijo alguien.

Era Sigi, montado en un patinete con neumáticos de goma y freno de pie.

–Busco a mi hermana –dijo Helmut.

–Te ayudaré a encontrarla –dijo Sigi. Salió con el patinete. Helmut le siguió.

Se metieron bajo un arco, frente a la entrada del garaje subterráneo, cerca del ayuntamiento, y esperaron. Cuando la luz se puso verde, se escurrieron hacia el garaje y se escondieron detrás de un coche, frente a la taquilla.

Una mujer estaba allí sentada, vendiendo los boletos. No vio a Helmut ni a Sigi.

Cuando el coche avanzó, ellos lo siguieron.

–Tendremos que ir aprisa –dijo Helmut.

Montaron en sus patinetes y, uno detrás de otro, enfilaron la pronunciada curva de la rampa. El conductor hizo sonar el claxon. La siguiente curva era aún más pronunciada. Helmut tuvo que usar el freno de mano. Frente a él, Sigi entró en el primer piso del garaje. Era allí donde el tío de Helmut aparcaba su coche cuando venía de visita. Susana iba a veces con él al garaje.

–Susana, Susana –llamó Helmut.

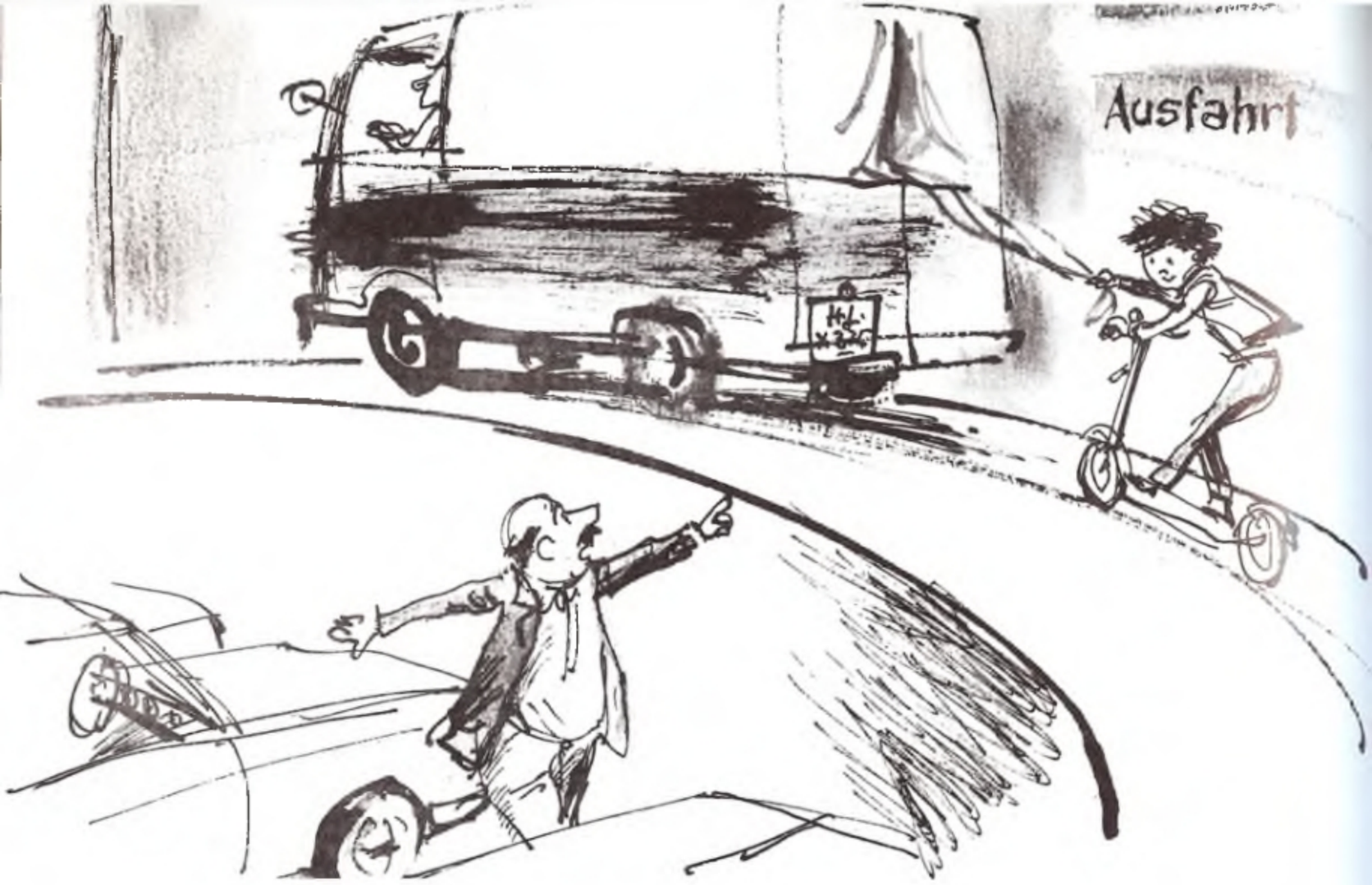
–¡Eh, vosotros! –gritó el empleado–. ¡Fuera de aquí!

Helmut se volvió y vio un hombre que iba hacia él. Sigi abandonó el patinete y comenzó a correr. Helmut corrió con el patinete entre los coches hasta el siguiente aparcamiento. Después, se dirigió a la salida.

El hombre le siguió. De repente, se paró. No sabía si coger el patinete de Sigi o seguir a Helmut.

Helmut siguió cada vez más deprisa, hasta alcanzar la rampa.

Mientras, Sigi había recogido su patinete. Helmut comenzó a subir la rampa. Se pegó a la pared para esquivar un camión de reparto. Cuando el camión pasó por su lado, Helmut se agarró a un trozo de lona que pendía de la parte trasera del camión. Sólo podía conducir con una mano y era difícil. Pero el camión le remolcó hasta arriba de la rampa, rápidamente y sin esfuerzo alguno.



Cuando llegó a la taquilla, sacó los dos marcos que su padre le había dado para comprar comida.

–¿Qué quieres? –preguntó la señora de la taquilla.

–Pagar mi aparcamiento.

–¡Quieto! –gritó el hombre que había perseguido a Helmut–. ¿Qué estabas haciendo allí abajo?

–Aparcando –dijo Helmut–. Y ahora quiero pagar el aparcamiento.

–No cuesta nada aparcar un patinete –dijo la señora de la ventanilla.

–Todo cuesta algo –respondió Helmut. Pero la señora no quiso tomar el dinero.

Entretanto, Helmut vio a Sigi montado en el patinete, detrás de un camión de reparto, que se dirigía velozmente al supermercado.

–Ahí va el otro –gritó el guardián del garaje. Pero an-

tes de que pudiera emprender su persecución, Sigi había desaparecido entre la muchedumbre.

–¿Puedo ir con usted? –preguntó Helmut al conductor del camión–. Tengo prisa.

–Yo también –dijo el conductor–. Anda, sube.

Helmut agarró el patinete, pero no pudo subirlo al camión.

–Ayúdele –dijo la señora de la ventanilla al guardia del garaje.

Helmut dejó el patinete en el suelo y subió a la trasera del camión. El guardia levantó el patinete y Helmut lo metió en el camión. El vehículo comenzó a moverse. La señora le saludó con la mano. Helmut quiso saludarle también, pero en aquel momento el camión aceleró y Helmut, perdiendo el equilibrio, se cayó sobre unos sacos.

Pasaron el ayuntamiento y la estación del tren. El camión entró en el túnel de la ciudad. Salió del túnel y pasó por la fábrica de gas. Finalmente, se detuvo en el patio de un hotel.

Helmut saltó del camión y bajó el patinete.

–Tengo que buscar a mi hermana –dijo al conductor del camión–. ¿Dónde estamos?

–Lejos de la ciudad –dijo el conductor.

–¿Va usted a regresar a la ciudad? –preguntó Helmut.

–Hoy no –replicó el conductor–. Pero si pasas por el hotel y sales a la calle, puedes tomar un autobús que te llevará donde quieras.

Helmut cogió su patinete y siguió al hombre hasta el edificio.

El conductor le dijo adiós y desapareció tras la puerta. Helmut, montado en el patinete, cruzó un ancho pasaje, hasta llegar a un callejón, y, por un puente, salió a la calle.

–¿Dónde puedo tomar el autobús para ir a la ciudad? –preguntó Helmut al portero del hotel.

–Allí mismo –dijo el portero–. ¿Quieres un taxi?

–Demasiado caro –dijo Helmut–. Pero ayúdame, por favor, debo ir a la ciudad y encontrar a mi hermana. Se escapó de casa.

El portero andó hasta la curva y esperó. Pasaron coches, autobuses y camionetas. De pronto, haciendo señales con los brazos, hizo sonar un silbato. Se detuvo un camión, con una mezcladora de cemento. El conductor habló por la ventanilla con el portero. Se dieron la mano. Después el portero hizo señales con la mano a Helmut para que se acercara. Helmut fue con su patinete hacia allí.

–Aquí está –dijo el portero al conductor–. Debe ir a la ciudad. Llévalo contigo.

–Sube –dijo el camionero.

Helmut subió a la cabina del camión. El portero le ayudó a cargar el patinete. El camionero pisó el acelerador y el camión salió rugiendo.

–Tienes suerte. El portero es mi cuñado. Paso por delante del hotel unas veinte veces al día para ir de la fábrica al almacén –dijo el conductor.

Helmut estaba sentado muy por encima del tráfico, por encima de todos los coches de la carretera. ¡Qué divertido debía ser ir montado así y verlo todo!

Cuando llegaron a la ciudad, pasaron por un puente que estaba al nivel del tercer piso de los edificios. Helmut pudo ver gente trabajando en las oficinas.

Una vez Helmut intentó pasar en patinete por aquel mismo puente, pero un policía le detuvo diciéndole que estaba prohibido. Ahora ningún policía podía ver su pie sobre el patinete, porque iba en la cabina del conductor.

–¡Más aprisa! –gritó Helmut, haciendo sonar el timbre del patinete–. Debemos ponernos delante de todos.

El conductor se rió y aceleró. Helmut vio cómo subía la aguja del velocímetro.

Llegaron al almacén y se detuvieron. Helmut se apeó del camión y bajó su patinete.

Mirando a su alrededor vio un andamio, casi terminado, que se levantaba sobre los edificios. Pasó patinando entre charcos de agua y sobre planchas metálicas.

Se detuvo a contemplar cómo unos hombres con cascos de plástico azul transportaban marcos de ventana al andamio. Arriba, dos hombres, atados con correas a la pared del edificio, ponían marcos en las ventanas. Helmut fue después patinando hacia un montacargas.

–Busco a mi hermana –dijo al hombre que hacía funcionar el motor–. Pero ya veo que no está aquí. Me parece que siempre me equivoco de sitio.

–Si miras por todas las calles de la ciudad, tardarás mucho tiempo –dijo el hombre–. Quizá puedas verla si subes a lo alto de este edificio y la buscas con el telescopio.

Helmut se alegró tanto de poder subir a lo alto del edificio que le dio al hombre los dos marcos que su padre le había entregado para comprar *schaschlik*. Entró en el ascensor y se agarró fuerte. Fue subiendo. El hombre que hacía marchar el motor se hacía cada vez más pequeño. El ascensor se balanceó hacia adelante y hacia atrás. Helmut se asustó. Se volvió y miró a la pared. Se sintió así más seguro.

–Debo encontrar a mi hermana –dijo Helmut al hombre que manejaba el telescopio.

–¿De qué color es su vestido?

–Verde –dijo Helmut–. Susana se escapó y si no la encuentro antes de que mis padres vuelvan a casa, me castigarán.

El hombre ajustó el telescopio y puso un cajón vacío cerca de él, para que Helmut se subiera.

–Cierra el ojo izquierdo y mira por la lente con el derecho –dijo el hombre.

Helmut obedeció. A través del telescopio, los edificios parecían estar muy cerca. Lo mismo ocurría con el parque de la ciudad y la calle mayor.

Vio muchos niños con personas mayores, pero ninguno iba solo. Miró arriba y abajo en todas las calles. Vio la máquina de algodón de azúcar y la entrada del garaje subterráneo, pero no pudo ver a Susana. Una vez le pareció ver a Sigi, pero el chico iba en un patinete con ruedas de madera. El de Sigi llevaba ruedas de goma.

Vio después el edificio donde vivía. Por la ventana de la cocina vio su habitación. No había nadie en la cocina ni en la salita. Hizo girar el telescopio y miró la puerta de entrada de la tienda de su padre. Vio a su padre ayudando a un cliente a llevar paquetes a un taxi que esperaba. Sus padres estaban aún trabajando.

—No sirvió de nada —dijo Helmut al hombre—. Gracias por dejarme mirar. Pero no consigo ver a mi hermana en ningún sitio.

Helmut atravesó corriendo el tejado y se metió en una carretilla. El interior de la carretilla estaba cubierto de yeso mojado y se acurrucó cuanto pudo y esperó a que alguien metiera la carretilla en el montacargas.

Mientras éste iba bajando, la carretilla chocaba contra la pared. Helmut pudo oír cómo descargaban camiones abajo. El montacargas se paró de repente, delante de una especie de carbonera que tenía un agujero. Inmediatamente comenzó a caer sobre Helmut cemento blando y arena.

–¡Sáquenme de aquí! –gritaba Helmut–. ¡Sáquenme de aquí!

Afortunadamente, un obrero oyó a Helmut. Acercó una palanca a la carretilla y Helmut salió, mojado y con la ropa revuelta.

–Démosle una ducha –dijo el obrero.

–No, se resfriará –dijo otro.

–¿Toses a menudo? –preguntó un tercero.

Helmut negó con la cabeza. No sabía si llorar o reír. El hombre que manejaba el ascensor tenía una manguera. Echó agua sobre los zapatos de Helmut. Otro hombre frotó sus ropas con un paño húmedo.

Después le hicieron ponerse frente a una máquina de aire.

–¡Agárrate fuerte! –gritó alguien.

Se abrió la válvula de la máquina de aire y a cierta distancia apuntaron el tubo de salida hacia Helmut. Un viento tremendo golpeó a Helmut. Todo se hizo borroso. El aire le golpeaba tan fuertemente que apenas podía respirar. Daba boqueadas como un pez. Cuando la máquina de aire se paró, los vestidos de Helmut estaban completamente secos. La maravillosa máquina había secado también los zapatos. Contento, Helmut movió los dedos de los pies dentro de los calcetines.

–Bueno, amigo –dijo el capataz–, todo ha terminado bien. Ahora, a casa.

Helmut cogió su patinete y marchó a toda prisa. Tomó un atajo. Al poco rato, estaba aparcando al lado del coche de su padre.

Subió en ascensor al piso.

Susana estaba durmiendo en el suelo de la salita.

–Así que era aquí donde estabas –gritó Helmut.

Susana se despertó.

–¿Me buscabas? –preguntó–. Fui a la fábrica de papel y vi unas máquinas que rompen cartón y luego prensan los trozos para hacer grandes bolas.

Para demostrar a Susana que la había perdonado, Helmut construyó un castillo con todas las almohadas del apartamento. Después se sentaron en el castillo y contemplaron las luces de la ciudad.

–No le diré a nadie que me has pegado –dijo Susana.

Helmut sonrió.

–Y yo no diré que te fuiste a la fábrica de papel, donde no te dejan ir.

Era como si nunca se hubieran peleado.

Mañana, Helmut hará su ejercicio de aritmética. Algún día, él y Susana contarán a sus padres lo que hicieron aquel día. Algún día.

El gran huésped

India

por Shankar
Ilustraciones de Pulak Biswas

El domador de elefantes, o *mahout,*
como se le conoce en la India,
enseña a los elefantes a obedecer órdenes.

Todo el mundo le llamaba "Raja". No era su nombre auténtico, pero le gustaba mucho que le llamaran así. Vivía con su abuela y su abuelo. Eran sus guardianes. La madre de Raja había muerto cuando él era muy niño. Su padre dejó a Raja con sus abuelos para que le educaran.

El abuelo era un hombre alto y fuerte. Siempre hablaba en voz alta. Conocía a todo el mundo en el pueblo. La gente le respetaba. Acudían a él a pedirle consejo y ayuda.

La abuela era afable y bondadosa. Cuidaba mucho de Raja. Le seguía a su sombra, diciendo: "Bébete esta leche", o "Toma un baño", o "Vete a la cama". A Raja no le gustaba esto, pero lo soportaba porque quería mucho a su abuela.

Raja no tenía amigos con quien jugar en casa. El abuelo no quería que saliera a la calle a jugar con otros chicos. Creía que en la calle sólo se aprenden cosas malas. Y los otros chicos no iban a su casa porque tenían miedo del abuelo.

Pero vivir con sus abuelos no era aburrido. A Raja le gustaba su casa y el inmenso jardín que la rodeaba. Había

allí muchos árboles: cocoteros, mangos y otras muchas clases de árboles. También había pájaros, mariposas y abejas. Y muchos estanques llenos de peces. Martines pescadores, cigüeñas y otros pájaros acuáticos iban a los lagos a atrapar peces.

En uno de los ángulos del jardín había un bosquecillo donde crecían en libertad árboles, matorrales y enredaderas. Chacales, mangostas, gatos salvajes y lechuzas vivían en el bosquecillo.

El abuelo de Raja poseía muchas vacas, toros y bueyes. Los ternerillos jugaban y corrían en el jardín.

Raja solía jugar con los terneros. Le gustaba contemplar los pájaros del jardín. Desde lejos observaba cómo los chacales salían del bosque y corría detrás de las mangostas.

Una vez, los abuelos de Raja tuvieron en casa un huésped especial, un gran huésped. Era Lakshmi, un joven elefante. Pertenecía a un pariente rico. Éste pidió a los abuelos de Raja que lo guardaran por unos días. Al abuelo no le gustaba mucho la idea. Costaba caro mantener un elefante, aunque fuera pequeño. Pero no pudo negarse a la petición del pariente.

Raja se emocionó cuando supo que Lakshmi iba a venir. Preguntó cómo debía recibirlo. La abuela le dijo que a los elefantes les gusta mucho el azúcar de caña y debía tener siempre un poco para dárselo a Lakshmi.

Una tarde, llegó Lakshmi con su *mahout,* Kittu. Todos salieron a recibirle. Era un hermoso elefante joven.

Kittu dijo:

–Es joven. No tiene aún ocho años. Pero es muy inteligente y lo aprende todo. Es muy amable y le gusta jugar con la gente.

Raja llevaba un trozo de caña de azúcar en la mano y quería dárselo a Lakshmi. Pero tenía miedo de acercársele. Cuando Kittu le vio, le llevó muy cerca de Lakshmi, diciéndole:

–No tengas miedo. Le gustan mucho los niños.

Raja ofreció el azúcar a Lakshmi y éste lo tomó y se lo comió.

Llegó la noche y ataron a Lakshmi a un árbol en el patio. Raja se sentó un largo rato allá, contemplando al elefante. Le hubiera gustado quedarse más tiempo, pero llegó la abuela y le dijo.

–Raja, vete a la cama. Podrás ver al elefante por la mañana.

Raja se levantó cerca de las seis de la mañana y salió. Lakshmi le vio y movió la trompa para darle la bienvenida. Él seguía teniendo miedo de acercarse al elefante. Lakshmi trató de acercarse a Raja, pero no pudo, porque estaba atado al árbol.

Kittu llegó un poco más tarde. Llevó a Lakshmi al lago para que tomara un baño. Raja nunca había visto a un elefante bañándose. Por esto los siguió. Lakshmi se metió el primero en el agua, solo. Cogió un poco con la trompa y la arrojó después sobre su propio cuerpo.

Después Kittu se acercó y le dijo que se sentara. El elefante llenó otra vez su trompa de agua y miró a Kittu. Kittu dijo: —¡No lo hagas, no lo hagas!

Pero Lakshmi no quiso oírle. Arrojó toda el agua sobre Kittu.

Kittu no se enfadó. Le dijo otra vez a Lakshmi que se sentara. Pero éste no le hizo caso y llenó otra vez la trompa de agua. Kittu le mostró su bastón y le advirtió que no re-

pitiera la fechoría. Esta vez Lakshmi no arrojó el agua sobre él, sino que doblando la trompa, la lanzó hacia atrás, con fuerza. Raja estaba de pie detrás de ellos y el agua cayó sobre él. Fue muy divertido. Todo era un juego.

Kittu tiró a Lakshmi de la oreja y le ordenó sentarse. Obedeció. Entonces le raspó con una piedra y lo limpió de arriba abajo.

Al regreso, Kittu dejó que Raja subiera a lomos de Lakshmi. Raja estaba emocionado. Cuando llegaron a casa, el abuelo, la abuela y muchos vecinos estaban esperando fuera de la casa para ver a Raja montado en el elefante.

Kittu le había dicho que a Lakshmi le gustaban los plátanos maduros más que el azúcar. Raja esperaba una oportunidad para dárselos. Tan pronto como el abuelo salió, fue silenciosamente a la despensa y se llevó la mitad de un enorme racimo de plátanos maduros. Los dio a Lakshmi, que los comió con gran deleite.

El abuelo se dio cuenta de que faltaban plátanos. Preguntó a todo el mundo dónde estaban y descubrió que Raja era el culpable.

El abuelo tenía prohibido que nadie tomara nada sin su permiso. Agarró un largo palo y llamó a Raja.

Como Raja sabía que el abuelo quería pegarle, escapó corriendo. Y el abuelo corrió detrás de él.

Lakshmi no estaba atado en el árbol en aquel momento. Vio a Raja que corría y al abuelo detrás de él. Inmediatamente salió en ayuda de Raja. Corrió hacia el abuelo, lanzando un alarido feroz.

El abuelo se asustó mucho. Viró en redondo, corrió a la casa y cerró la puerta con cerrojo. Raja fue a buscar a Lakshmi y le acarició.

Al cabo de un rato, salió el abuelo llevando en la mano la otra mitad del racimo de plátanos. Pidió a Raja que lo tomara y se lo diera al elefante. Raja así lo hizo, y ambos, el abuelo y Lakshmi, fueron felices. Y también lo fue Raja.

El gato escalador

Canadá

por Margaret Coe
Ilustraciones de James Houston

Este cuento trata de un niño y su gato,
y se desarrolla en un campamento de minas de oro
en el sur de la Columbia Británica.
La Columbia Británica es una de las
diez provincias del Canadá

–Mami –gritó Richie–. Todavía no ha regresado. Yo creí que estaría aquí esta mañana. Tú dijiste...

Richie se colocó cerca de la gran estufa negra. Se sintió como un malvavisco sobre el carbón: la mitad frío, la otra mitad casi quemada.

Papá supo cómo embalar aquella estufa cuando nos trasladamos a la mina y también la gran bañera de latón. Si pudo acarrear cosas tan grandes hasta la cima de la montaña, podría igualmente encontrar un sistema de hacer bajar el gato de la copa de un árbol. Richie estaba bastante preocupado.

–Gato Negro ha estado subido en el abeto todo el día y toda la noche. Y Paul McGee dice que presiente una nevada. Lo sabe por una sensación que nota en sus huesos –dijo a su madre.

Richie se preguntaba si alguien tan gordo como Paul McGee podía realmente tener huesos, pero de todos modos le creía.

MOONTREE
MINING
COMPANY
COOKHOUSE
PAUL
McGEE
COOK

–Me parece que iré a la cocina y veré si Gato Negro está allí. Puede haber bajado la noche pasada. Apuesto a que en este momento está sentado en la caja de madera de Paul McGee.

–Bueno –dijo la madre–. Bueno, de acuerdo. Pero ponte el abrigo grueso. Nevó un poco la noche pasada.

¡Nieve! Gato Negro era un gato de verano; ni siquiera sabía lo que era la nieve ni cómo puede pegarse a uno, golpearle, empujarle, cubrirle.

La cabaña no estaba lejos de la cocina. Richie corrió por el suelo helado. No había mucha nieve; en realidad, sólo un polvillo, como si un descuidado y gigantesco cocinero hubiera dejado caer un poco de harina en las montañas. Pero iba a nevar más. Los doloridos huesos de Paul McGee así lo predecían. El cielo gris, torvo, lo confirmaba.

Había tres carteles en la gran cabaña de troncos donde estaba la cocina. El de arriba, con letras rojas, decía:

MOONTREE
COMPAÑÍA MINERA

Debajo de éste, un cartel más pequeño, decía, con letras negras:

COCINA

Y el cartel más grande, un cartón sucio escrito con letras azules muy bonitas, decía:

Paul McGee
(COCINERO)

Dentro estaba Paul McGee removiendo un gran cazo de caldo para los hombres, que estaban sentados junto a una larga mesa de madera.

Todos tenían cara de estar hambrientos. Paul McGee sonrió bondadosamente a Richie. Sam, Mike, Sweede y otros le devolvieron, con gestos y exclamaciones, el saludo.

Richie apenas se dio cuenta. Miró la caja de madera que estaba junto a la estufa. Después buscó debajo de la estufa y de la mesa.

–No está aquí, chico –dijo Mike–. Cuando volví del número Cuatro, esta mañana, lo vi quieto encima del abeto, a casi una milla de aquí. No sabía que un gato pudiera subir tan alto. No me extraña que no pueda bajar.

Paul McGee dijo:

–Toma un poco de caldo, Richie. Es bueno para el estómago cuando hace frío.

–Gracias, Paul McGee, pero no tengo hambre. Me parece que volveré otra vez al abeto a llamar a Gato Negro. Puede que si ve que llevo mi abrigo grueso sepa que va a nevar y se baje.

–Este gato sabe que va a nevar, después de pasarse toda la noche allá, al fresco –dijo Mike, atravesando una rebanada de pan con el tenedor y untándola con una gran cucharada de mermelada de fresas–. Lo que ocurre es que tiene miedo de bajar. Probablemente arrojó de allí a uno de estos pájaros azules. Después el pájaro azul se alejó riendo y dejó a Gato Negro mirando hacia abajo asustado.

–Gato Negro no se asusta; lo que pasa es que es testarudo. Mamá dice que bajará y, si no lo hace, papá descubrirá un medio de hacerle bajar, cuando regrese –dijo Richie a Mike.

–Tu padre no regresará al campamento hasta dentro de tres días por lo menos –dijo Mike.

–Cómete la tostada antes de que se enfríe y no hables tanto, Mike –dijo Paul McGee.

–Antes de que continúes hablando como si fueras mi madre, Paul McGee, mejor sería que aprendieras a cocinar como ella –replicó Mike jocosamente.

–Este huevo frito está más duro que la piedra del número Cuatro.

Cuando Richie llegó junto al alto abeto, se sintió de

pronto muy pequeño. La luna tendría que estar atenta al pasar por allí; la copa de aquel abeto arañaba el cielo. Y allí estaba Gato Negro, en las delgadas ramas de lo más alto; más que un gato parecía un gusano negro.

–Baja, gatito; baja, gatito. Va a nevar. Vamos, gatito, gatito –gritó Richie.

Le pareció que Gato Negro maullaba, pero podía también ser el viento.

–De todos los árboles de la montaña Moontree, tu gato escogió seguramente el más viejo para subirse a él –dijo una voz.

Richie se volvió y vio a Paul McGee junto a él.

–Tengo que pensar algo –continuó Paul McGee–. Quizá si Gato Negro huele comida, su comida favorita, perderá el miedo y bajará.

Mostró su mano. En ella tenía una lata de salmón abierta, jugosa y rosada.

–Dejémosle solo y que el salmón haga el resto –sugirió Paul McGee, colocando la lata bajo el árbol.

–Ningún gato puede volver la espalda a una comida como ésta. Apuesto a que mañana a esta hora está lamiéndose los bigotes y buscando más.

Pero al día siguiente Gato Negro estaba aún arriba. El salmón estaba helado, convertido en una dura masa rosada.

–Supongo que no tiene hambre –dijo Paul McGee.

–Pero parece hambriento –dijo Richie–, y cansado. Mike tiene razón, Gato Negro está asustado. ¡Oh, quisiera que papá estuviera en casa!

–Si la comida no le hace bajar –dijo Paul McGee dudando–, no sé qué otra cosa puede ser mejor.

Mike, Sam y Sweede llegaron, pisando fuerte en la nieve. Levantaron la cabeza hacia la copa del árbol, mirando a Gato Negro.

–Subid –rogó Richie.

–Demasiado peligroso, incluso con trepadores, que además no tenemos –dijo Paul McGee–. La mitad de estas ramas están podridas... no podemos arriesgarnos.

–Tendremos que matarle. No podemos permitir que muera helado –dijo Mike.

–¡No, por favor, no hagáis esto! –gimió Richie–. ¡No lo matéis!

Paul McGee dijo, pensativamente:

–Sabes, quizá podríamos hacer una especie de escalera de mano. Podríamos cortar uno de estos árboles más pequeños de alrededor y apoyarlo en el gran abeto. Quizá si Gato Negro encuentra un camino inclinado en lugar de vertical, trate de bajar.

–¡Hagámoslo, hagámoslo! –gritó Richie.

Probablemente cuando el árbol pequeño choque contra el mayor le hará salir volando –dijo Mike.

–¡Oh, no! Este gato se agarra como el azúcar al pastel –dijo Paul McGee.

–Lo probaremos. Sam, tú y Sweede traed la sierra. Mike, tú trae el hacha.

–Yo soy minero, no leñador –gruñó Mike.

–Trae el hacha –voceó Paul McGee.

–Eres duro como la piedra, Paul McGee –dijo Mike–. Tan duro como los pasteles que haces, y ¡cuidado que son duros! Pero se dirigió al almacén de herramientas.

Los hombres pasaron mucho rato escogiendo el árbol que tenían que cortar. Se chuparon el dedo y lo levantaron para comprobar de dónde venía el viento. El viento era frío. Midieron las distancias a largos pasos.

–Éste es el árbol –dijo finalmente Paul McGee.

Los hombres se pusieron a trabajar con el hacha y la sierra y pronto Paul McGee gritó:

–¡Árbol!

Richie cerró los ojos con fuerza; cuando los volvió a abrir, el árbol pequeño estaba recostado en el alto abeto. Formaba una especie de escalera. Pero Gato Negro había subido más arriba.

Por más que le llamaron y le ordenaron bajar, Gato Negro no se movía del árbol.

Cuando al día siguiente se despertó, Richie supo inmediatamente qué había pasado. Podía decirlo por la rara luz blanca que llenaba su habitación y por el brillo blanco de la ventana.

Había nevado.

Todo parecía raro. Con la blancura, las casas parecían más pequeñas, los árboles más pequeños también, el cielo más cerrado. Era difícil andar.

La madre vacilaba y tropezaba mientras iban hacia el

árbol, y Richie sintió que sus pies se hundían en la nieve. No quería ir al abeto. Estaría cubierto de blanca nieve; no podía quedar nada negro, pequeño, en el árbol.

Se sorprendió al ver a Paul McGee y a Mike al pie del árbol. Ellos se sorprendieron también al verle llegar. Entonces Richie descubrió la causa. Mike trató de esconderlo en la espalda, pero Richie lo vio: tenía un rifle.

–El gato aún está arriba –dijo Paul McGee–. Es duro, como somos todos los de Moontree. Pero hace más de tres días que está subido en el árbol. Tiene temblores y no puede vivir mucho tiempo con toda esta nieve. Mike dice que lo va a matar.

–No puedo dejar que se hiele –dijo Mike.

–Llamarle no ha servido de nada, la lata de salmón tampoco, hacer una escalera tampoco. No podemos hacer nada más –añadió Paul McGee.

–Sí que podemos –gritó Richie–. Sí que podemos. Nadie va a matar a Gato Negro, a mi Gato Negro.

Comenzó a correr hacia el almacén de herramientas; se cayó dos veces.

–¿Qué haces, Richie? –preguntó su madre cuando volvió al árbol, resoplando–. Iba arrastrando el hacha de dos filos detrás de él.

–Voy a cortar el árbol para hacer que baje.

–No puedes hacer esto –dijo Paul McGee–. Moriría en la caída.

–Sí puedo. Es mejor que matarlo. Por lo menos así tiene una oportunidad. Esto es lo que trato de hacer –dijo Richie fieramente.

No podía levantar el hacha más arriba de sus rodillas, pero la balanceó con todas sus fuerzas. Se escapó de sus manos y fue a caer en la nieve. Richie se preguntó si comenzaría a llorar.

–Yo sigo diciendo que debemos matarlo –dijo Mike, buscando el hacha en la nieve–. Pero voy a decir a Sam y

a Sweede que tenemos otra vez trabajo de leñadores.

Sam y Sweede cogieron un extremo de la sierra. Se prepararon. Midieron los pasos y colocaron los afilados dientes de la sierra contra el grueso tronco. Sam empujaba, Sweede tiraba y, con un rítmico raspado, la sierra se fue introduciendo en el árbol. Se pararon y Mike balanceó la pesada hacha cortando una cuña de la madera amarilla del tronco. Sam y Sweede se colocaron al otro lado del árbol y empezaron otra vez a aserrar. Las gotas de sudor caían por sus rostros.

Gato Negro observaba la operación tiritando.

–Ya casi está... ¡Árbol! –dijo Paul McGee.

El árbol crujió y empezó a caer...

–¡Agárrate, quédate ahí hasta que esté abajo! –gritó Richie.

Algo negro y pequeño saltó del árbol. El abeto cayó entre una lluvia de nieve, causando tal estruendo que hizo que el estómago de Richie temblara, y allí se quedó, quieto, mientras sus ramas se agitaban.

Una cabecita negra salió de la nieve.

–¡Hurra! –gritó Paul McGee, saltando de júbilo.

Golpeó a Richie en la espalda; Sweede y Sam se dieron la mano; Sam dio la mano a la madre de Richie; Mike dio la mano a Paul McGee; y la mamá besó a Richie.

Richie levantó a Gato Negro y le sacó la nieve de la piel. Ningún hueso roto. Estaba delgado y parecía un poco avergonzado de sí mismo, pero estaba a salvo. Comenzó a ronronear, y rozó su cara contra la mejilla de Richie.

Richie se olvidó de que hacía frío. Tenía calor; dentro, fuera, calor por todas partes.

Cerca o lejos

Polonia

por Czeslaw Janczarski
Ilustraciones de Olga Siemaszko

Celka vivía con su abuela en una casa a la salida del pueblo. Sólo había campos detrás de las casas y, detrás de los campos, una franja azul de árboles.

Para llegar al centro del pueblo donde están la tienda y el puesto de bomberos tenía que pasar por detrás del granero que gotea, atravesar un campo de coles, dar la vuelta al pozo que chirría, seguir el borde del prado hasta el estanque lleno de patos, cruzar un puente y después torcer a la izquierda, detrás de unas colmenas. Sólo así se llegaba a la tienda y el cuartel de bomberos.

A Celka no le gustaba mucho que la abuela la mandara a la tienda. Siempre inventaba alguna excusa cuando necesitaban sal, azúcar o jabón. Y la abuela, quieras o no, tenía que ir ella misma a la tienda.

Aquel día la abuela estaba muy cansada. Tenía todavía mucho que hacer y no había sal en casa.

–Celka, ve a la tienda y compra sal. ¡No tenemos ni una pizca!

–¡Oh, abuela, está muy lejos! –se quejó la niña–. He de pasar por detrás del granero que gotea, dar la vuelta al pozo de agua que chirría, seguir el borde del prado hasta el estanque de los patos, cruzar el puente y después torcer

a la izquierda, detrás de las colmenas. ¡Está muy lejos, abuela! Nunca conseguiré llegar, me duelen los pies.

–Muy bien, ¿qué podemos hacer entonces? –preguntó la abuela–. Si no vas, me parece que cenaremos sin sal.

Quizá Celka no hubiera ido aquel día a la tienda si el perro no hubiera ladrado y mordido su delantal. Posiblemente estaba enfadado porque no quería jugar con él. O le daba prisa para que le llevara de paseo.

Celka arrastró los pies. El pozo de agua chirrió. Atravesó después el campo de coles y el prado. Miró tristemente su sombra. Después de andar más de un kilómetro, se paró en el puente para ver la corriente que pasaba por de-

SKLEP

bajo y el cielo en lo alto. Pasear no era la distracción favorita de Celka.

Zuczek, el perro, le había seguido. Saltó y aulló alegremente cuando la alcanzó.

—¿Por qué estás tan contento, perro tonto? Seguro que no te duelen los pies tanto como a mí.

Celka llegó finalmente a la tienda y compró la sal. De vuelta a casa, se encontró con tres niñas, Basia, Kasia y Sabinka.

—Sabes, Celka, esta noche hay cine en el cuartel de bomberos. Ahora están ya poniendo los bancos. Todo el mundo puede ir a ver la película.

—¿Yo también? —preguntó Celka.

—Claro, tú también. Pero debes ir en seguida. La Película va a comenzar pronto.

Sin decir siquiera adiós a las niñas, Celka corrió a casa. Zuczek salió detrás de ella, aullando con fuerza.

—Aquí está la sal, abuela —dijo la niña casi sin respiración. Después, rápidamente añadió: —Déjame ir al pueblo otra vez. Van a dar una película en el cuartel de bomberos esta tarde.

—¿De veras —dijo la abuela— ya no te duelen los pies? El cuartel de bomberos está al lado de la tienda, y esto está muy lejos.

—Pero, ¿qué dices, abuela? —protestó Celka—. Si está cerca. Sólo he de pasar por detrás del granero que gotea, atravesar el campo de coles y el pozo que chirría, seguir el borde del prado hasta el estanque de los patos, cruzar el puente y después torcer a la izquierda, detrás de unas colmenas. No está nada lejos.

—Muy bien, puedes ir —dijo la abuela.

Celka salió de la casa seguida de Mruczek, el gato. Mruczek era muy perezoso. Le gustaba tumbarse al sol o sentarse junto a la estufa. Por esto, Celka se preguntó por qué quería ir a pasear así, de repente.

–Mruczek, vamos, ¡date prisa! ¿O quizá te duelen los pies?

El gato miró el sendero, se dirigió a la puerta, se curvó sobre sí mismo y se durmió. Mientras Celka corría hacia el pueblo. Corría tan deprisa que se golpeaba los talones y le volaban las trenzas.

En un momento pasó el granero y atravesó el campo de coles. El pozo chirrió y la niña contestó cantando. Siguió el borde del prado hasta el estanque de los patos, cruzó el puente y después giró a la izquierda y se fue por detrás de las colmenas.

Cuando Celka llegó, Basia, Kasia y Sabinka tenían ya sitio en los bancos del cuartel de bomberos. La película estaba a punto de comenzar.

Cuando terminó, Celka volvió a casa y dijo:

–¿Sabes qué pienso, abuela?

–Que quieres ver otra vez la película –dijo la abuela.

–No, no pensaba esto. Me preguntaba si el cuartel de bomberos y la tienda están cerca o lejos de nuestra casa.

–Sí, claro –dijo la abuela–, ¿están lejos o están cerca? ¿Qué decides?

Celka pensó un ratito. Después dijo:

–Zuczek me siguió a la tienda. Corrió, ladró y saltó. Quería ir a la tienda conmigo. Mruczek sólo llegó hasta la puerta y luego maulló y se quedó dormido. Para Zuczek era un paseo corto, pero para Mruczek el camino era demasiado largo. ¿Para mí? A veces es corto, a veces largo.

La llamada del otro lado de la frontera

por Devora Omer
Ilustraciones de Symeon Shimin

Israel

Este cuento relata lo que ocurrió entre los niños que viven en un *kibbutz*. Los muchachos viven juntos y van a la escuela en una "Casa de niños". Los padres habitan en otros apartamentos del *kibbutz*. Cada día, padres e hijos pasan unas horas juntos.

Todo comenzó una mañana de invierno, una de estas mañanas que apetece pasear y divertirse.

–Niños, vamos a desayunar y saldremos enseguida de excursión –dijo Ziva, la maestra, al entrar en la clase de la escuela del *kibbutz* de Dekalim.

–¡Bravo! –gritaron los niños.

Comieron rápidamente el desayuno, lavaron y secaron los platos, barrieron sus habitaciones y pusieron la casa en orden.

Ronen y Nizza trajeron de la cocina una bolsa de naranjas. El grupo se puso alegremente en marcha hacia la colina de Anemone, una verde ladera frente a la curva del Jordán azul.

El sol calentaba los cuerpos infantiles y sus espíritus se elevaban.

Saltaban y brincaban desde lo alto de la colina hacia abajo, rodando por el verde césped, entre risas y gritos.

Finalmente, los niños se cansaron. Se reunieron en torno a Ziva y comenzaron a mondar las jugosas naranjas.

–Mirad, niños y niñas –dijo Ziva, señalando hacia el frente–. ¿Veis el Jordán allí, al pie de la colina? Una vez hicimos allí un concurso de natación con los niños árabes del pueblo que hay al otro lado del río.

Los muchachos escuchaban en silencio, mirando el azulado Jordán y las casas de piedra del pueblo árabe.

–Ocurrió un Sabbath –continuó Ziva–. Habíamos bajado como cada día a nadar en el río. Nos estábamos divirtiendo en el agua, cuando de repente salieron de los arbustos tres niños árabes de vuestra edad.

Al principio no les dijimos nada. Pero al cabo de un rato, apostamos a que podíamos nadar más rápido que ellos contra la corriente. Y la corriente del Jordán, niños, es muy fuerte. Hay que saber nadar muy bien para poder luchar contra ella.

La carrera fue dura. Sólo un chico consiguió nadar un poco contra la corriente. Era un chico árabe llamado Abdullah.

Después, organizamos una carrera cada semana. La noticia de esta carrera se extendió como la pólvora y, cada Sabbath, árabes y judíos se alineaban a ambos lados del Jordán para observar.

Hicimos mucha práctica aquellos días. Durante toda la semana esperábamos la carrera próxima.

Algunas veces conseguimos llegar los primeros. Un día que habíamos ganado, los niños árabes nos llevaron a su pueblo y nos invitaron a comer y beber. Danzamos con ellos, jugamos y saltamos. Fue una gran fiesta.

–Dinos, Ziva, ¿os dejaban bañar en el Jordán y no disparaban contra vosotros? –preguntó uno de los niños.

–En aquellos días había paz entre nosotros y los árabes del otro lado del Jordán –dijo Ziva.

–Y ¿por qué hay este odio ahora?

–Sí, ¿por qué? –repitió Ziva suavemente.

Los niños estaban sentados en la colina mirando hacia el Jordán y las casitas de la orilla opuesta. Contemplaban la hierba y las flores, y hablaban de la guerra, de lo terrible que era, de los problemas que causaba, del odio que sembraba.

Ronen no participó en la conversación. Se sentó a un lado, mirando al Jordán, pensativo. De pronto gritó:

–Ziva, ¡mira! Unos niños árabes están jugando allí, al otro lado del Jordán. ¿No podríamos llamarlos y decirles que queremos hacer una carrera de natación este verano? Oh, Ziva, me gustaría hacer una carrera como la que tú hiciste. Me gustaría mucho. ¿Qué opinas? ¿Podría yo nadar contra la corriente?

Ziva sonrió.

–Creo que sí, pero...

Ronen no oyó nada más. Se puso en pie y se volvió de cara al Jordán. Agitando su pañuelo verde, gritó:

–¡Eh, chicos! ¡Eh, chicos!

–Lo han oído. Miran hacia acá.

Todos los chicos se levantaron y comenzaron a gritar a los niños árabes del otro lado del río.

–Queremos hacer una carrera de natación en el Jordán. ¿Estáis de acuerdo?

Los niños árabes estaban de pie en la orilla opuesta, agitando las manos y gritando: –¡Shalom, shalom!

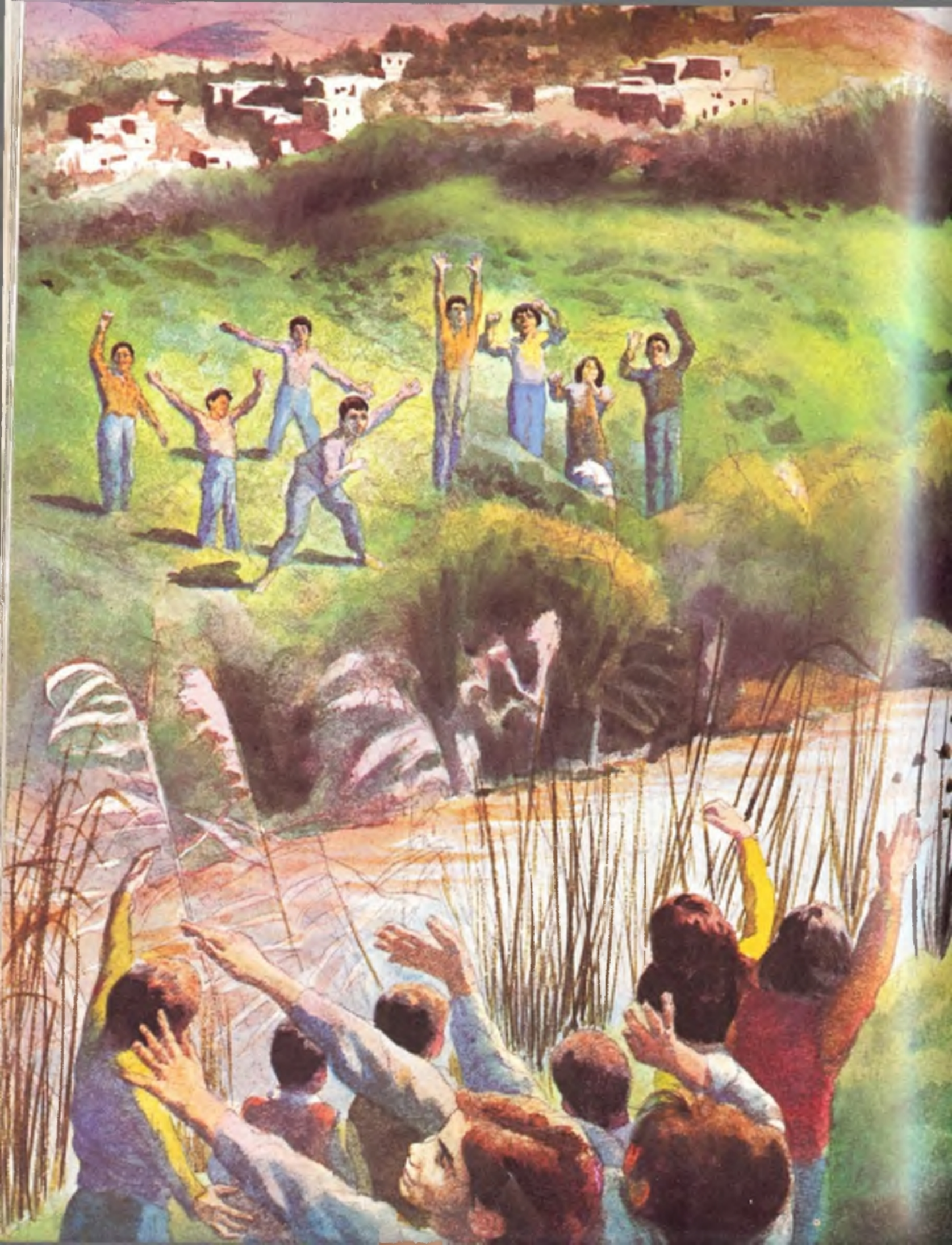
Las voces les llegaban débiles y poco claras.

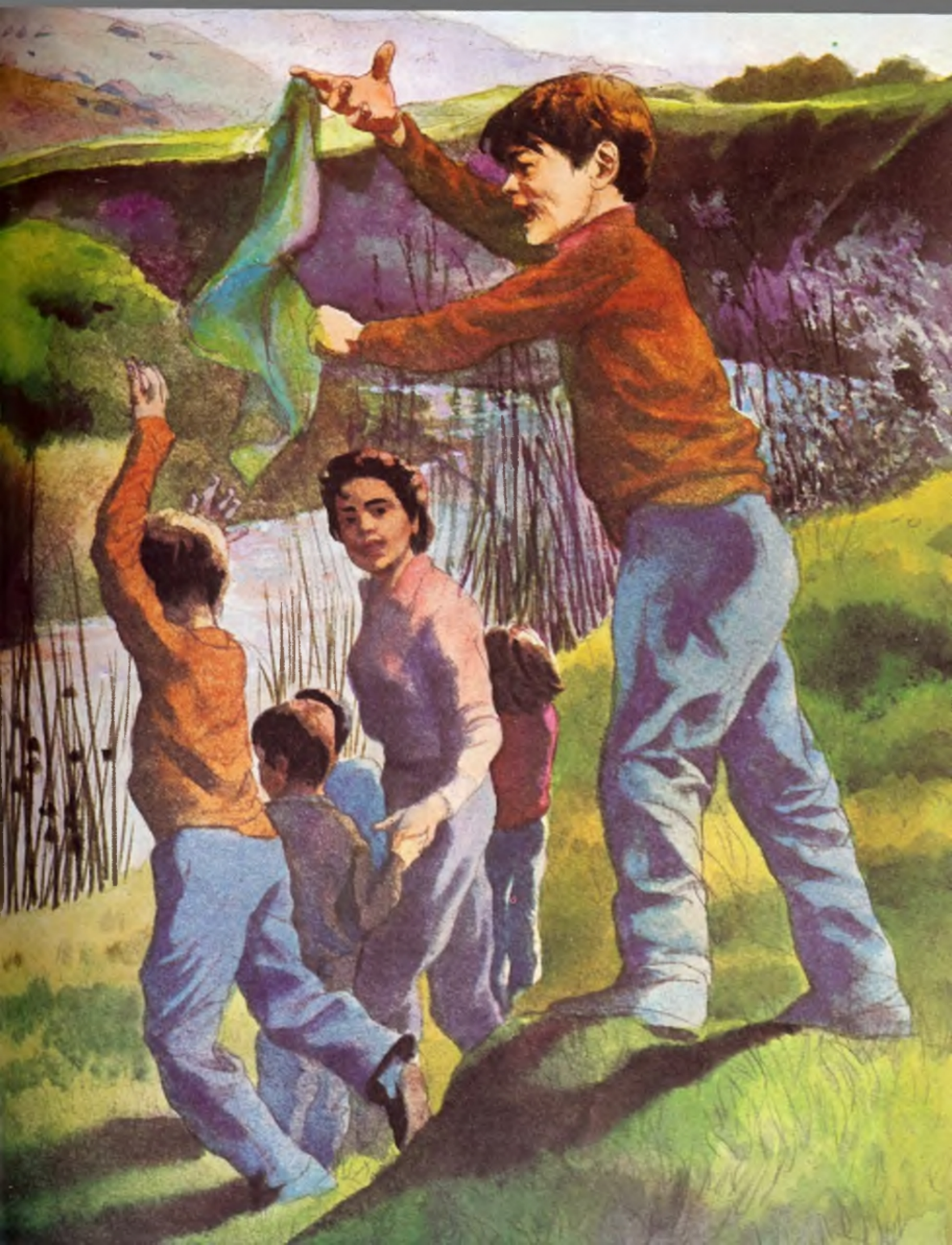
–Mira, Ziva, también quieren jugar con nosotros. Nos están saludando.

Los niños, a ambos lados del Jordán, se saludaban agitando las manos.

–No creo que sepan lo que queremos –dijo Ronen–. Tenemos que gritar más fuerte, mucho más fuerte.

–Eh, niños, oíd –gritó Ronen con toda la fuerza de sus pulmones.





En los campos lejanos, las palabras resonaban: –Oo-ooo-ooo, a-a-a-a, oo-o-o, a-a-aa...

–No pueden oírnos. Están demasiados lejos –dijo Ronen, desilusionado–. No nos oyen.

Llegó mediodía. Los muchachos se levantaron para ir a casa. En las manos llevaban manojos de anémonas de la colina. Marchaban cantando y conversando alegremente.

Sólo Ronen guardaba silencio. Iba el último de la fila. Durante todo el camino de regreso se estuvo preguntando cómo podría hablar de la carrera con los niños del otro lado del Jordán. ¿Cómo celebrar una reunión? ¿Cómo? Estuvo preocupado con esto todo el día.

Nadar en el Jordán... Aquello sí que debía ser extraordinario. No había ningún embalse. Hacían falta músculos y mucho valor. Si sólo pudiera hablar con los niños del otro lado y proponerles la carrera... ¡Qué maravilloso sería!

Pero, ¿cómo ponerse en contacto? ¿Cómo reunirse si estaban separados por una frontera a la que nadie podía acercarse?

Pasó el invierno, y también la primavera. El verano se acercaba rápidamente, pero Ronen no se daba descanso. Estaba tratando de conseguir el sistema de ponerse en contacto con los niños del otro lado del río, hablar con ellos y fijar una fecha para la carrera.

No pensaba en otra cosa. No participó en la alegría de los otros niños cuando Blackie tuvo cachorros. No jugaba en los recreos. Dejó de leer. Dejó de prestar atención en clase. Estaba sumido en profundos pensamientos.

–Ronen, has estado distraído durante toda la clase –le reprendió Ziva.

–¿Qué te pasa, Ronen? –le preguntaban sus padres.

Un día, una idea brilló en su mente. Aguardó impacientemente a que terminara la clase. Abandonó el edificio y marchó hacia el bosque del *kibbutz*. Pasó varias horas entre los árboles y regresó hacia el anochecer.

Al llegar a casa de sus padres, estaba lleno de polvo, manchado y muy cansado.

–¿Dónde has estado, Ronen? –le preguntó su padre.

–No me preguntes, papá. Es un secreto. Pronto te lo explicaré todo.

Su padre no preguntó más. Un secreto es un secreto.

Cada día, al terminar las clases, Ronen corría al bosque. Llevaba allí un largo palo, cuerdas, una pala, un martillo y clavos. Trabajaba durante horas y horas sin parar.

–Ronen, ¿qué haces en el bosque? –preguntaban los niños.

–Ronen, ¿estás construyendo una casa? –le preguntaron mientras miraban cómo plantaba allí el palo en un agujero que había hecho en el suelo. Fijó el poste con unas cuerdas.

–Es una sorpresa –respondió Ronen–. Pronto lo sabréis todo.

Los niños estaban molestos por el secreto de Ronen. Esperaban con impaciencia el día en que se decidiera a hablarles de él.

–¿Qué puede ser?

–Está construyendo algo, pero ¿qué es?

–Tendremos que seguirle.

–Sí. Y ver lo que está haciendo.

–Yo lo he visto ya. Está plantando un palo; pero ¿para qué será?

–Hay que tener paciencia y lo descubriremos todo.

Una tarde, Ronen no fue al apartamento de sus padres para la visita diaria.

Llegó la noche, cada vez oscurecía más y Ronen no había llegado todavía. Sus padres, preocupados, comenzaron a impacientarse.

¿Dónde estaba su hijo? ¿Qué le había ocurrido? Preguntaron a sus amigos.

–Apuesto a que está en el bosque, trabajando en su secreto –dijo uno.

–¿En el bosque, de noche, solo, fuera del patio del *kibbutz?* –exclamaron los padres de Ronen. Rápidamente se dirigieron al bosquecillo.

La noche era negra como el betún y el viento soplaba entre las ramas produciendo un ruido de látigo. Ras, ras, ras. Los padres de Ronen avanzaron lentamente por el bosque a través de la negrura, buscando. De pronto oyeron la voz de Ronen:

–Atención, atención, aquí Ronen hablando; Ronen del *kibbutz* Dekalim.

Sus padres corrieron hacia el sitio de donde procedía la voz.

–Atención, atención, quiero invitar a los niños a un concurso de natación en el Jordán. Atención, atención...

Los padres de Ronen alumbraron con sus linternas. Vieron a su hijo sentado, junto a un poste sostenido por cuerdas.

Del poste salía un cable telefónico, al que estaba conectado un pequeño micrófono, por el que hablaba Ronen.

–Ronen –musitó su padre.

Ronen se volvió.

–¡Papá, mamá! –gritó a punto de llorar–. No consigo nada. No responden del otro lado. No hablan.

El padre pasó su mano sobre la cabeza de Ronen.

–¿Con quién quieres hablar, hijo?

–Con los niños árabes del otro lado del Jordán. Ziva nos dijo que antes de la guerra un cable telefónico cruzaba la frontera por aquí. Encontré el cable. Estaba enterrado en el suelo. Lo saqué y lo coloqué arriba del poste. Estoy llamando y no me contestan. ¿Por qué no contestan, papá?

–Hijo –dijo el padre–, los cables están cortados. No hay comunicación telefónica entre nosotros.

Ronen y sus padres caminaron en silencio hacia el patio del *kibbutz*.

–Papá –dijo Ronen sacudiendo la mano de su padre–. Dime, ¿cuando pondrán la línea otra vez?

Cipriano el distraído

Argentina

por Luis Destuet
Ilustraciones de Lilian Obligado

Un vientecito cálido ondulaba las aguas de la laguna. Con una caña entre las manos y medio adormilado por el canto de las chicharras, Cipriano esperaba que algún bagre picase.

—¡¡Cipriaaaanoooo...!!

El peoncito pegó un salto, soltó la caña, se enredó en el piolín y finalmente salió corriendo hacia donde estaban las casas.

El grito lo había dado la cocinera y Cipriano le tenía más miedo que al propio patrón.

Con la cabeza gacha y arrastrando los pies, se acercó a la cocina.

—¿Llamaba, doña? —preguntó tímidamente.

—¿Que si llamaba? ¡Te he estado buscando y llamando desde hace una hora! —bramó la cocinera—. ¿Me quieres decir dónde está la lata de azúcar que trajiste esta mañana?

—Este... yo... —comenzó a tartamudear Cipriano. Pero en ese momento, otro grito retumbó en el patio de la estancia.

—¡Aaay!... ¡Cipriano!

El peón y la cocinera se dieron vuelta justo para ver cómo el patrón daba una voltereta en el aire y caía como un sapo, mientras el caballo se le iba disparado.

Don Zenón y Primitivo ayudaron al patrón a ponerse en pie. Sacudiendo la tierra del sombrero y dándose masajes en la parte dolorida, éste se acercó rengueando hasta donde Cipriano lo esperaba, pálido y deseando que la tierra se abriese y lo tragase.

–¿Vos me ensillaste el caballo? –bramó el patrón.

–Este... sí, patroncito... –respondió Cipriano con un hilo de voz.

–¿Y no te dije mil veces que el potro es medio bravo todavía y que tienes que atarlo del cabestro al palenque para poderlo estribar? –volvió a rugir el patrón.

–Este... yo... –balbuceaba el peoncito, cuando unos gritos llamaron la atención de todos.

–¡El agua!... ¡El agua!... ¡Se desborda el tanque!...

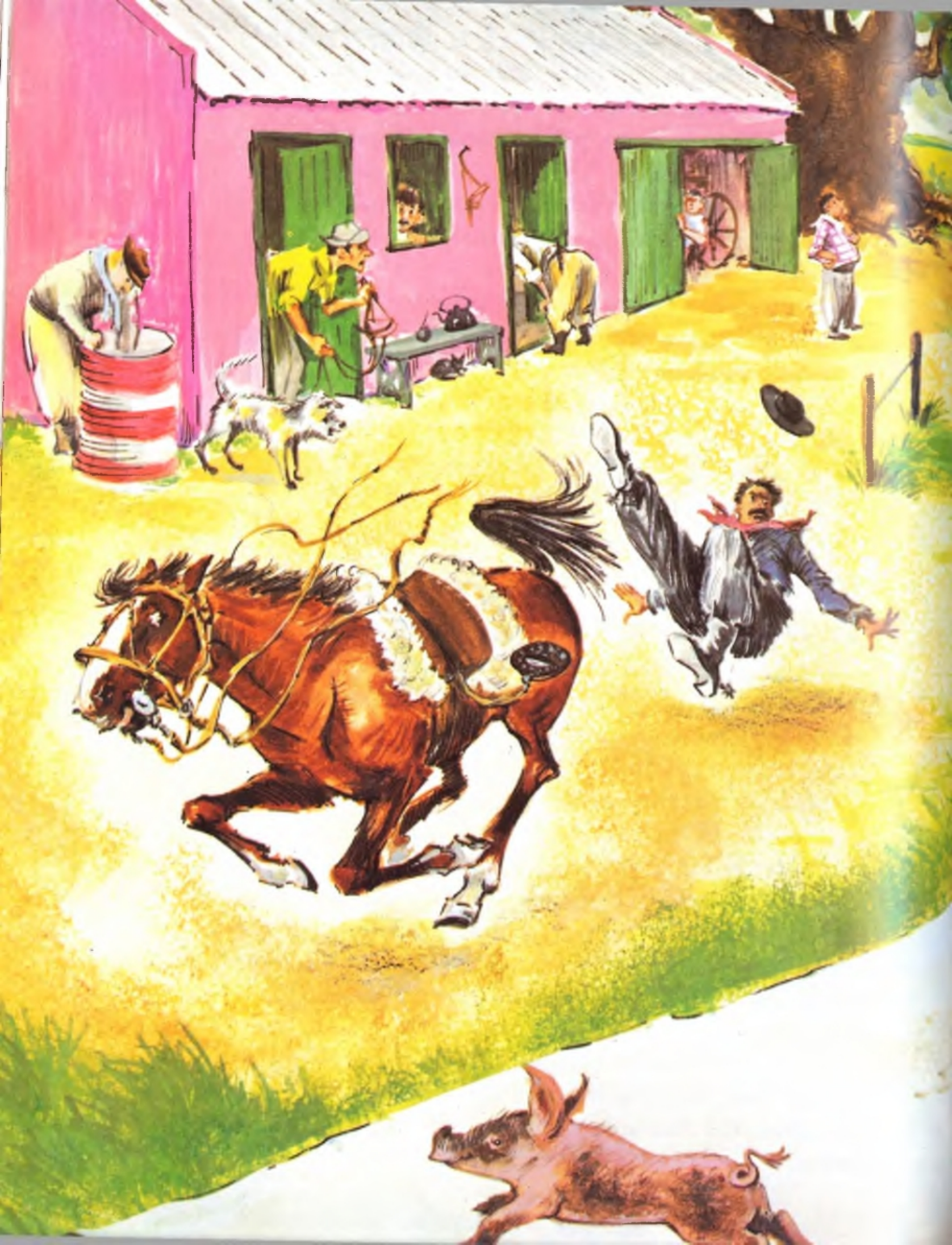
–¡Cipriano, sois una calamidad! –gritó el patrón, rojo como un tomate–. ¡Has dejado la canilla del tanque abierta! Anda a cerrarla antes que...

El patrón no llegó a terminar la amenaza, pues ya el muchacho salía como una luz a cerrar esa canilla.

–Lo mejor será que corte camino por el lado del chiquero –se decía Cipriano, corriendo a más no poder–. Llegaré antes y de paso no me embarro con el agua que cae del tanque.

Como un rayo atravesó el chiquero y salió por la otra parte... con todos los chanchos corriendo detrás de él. Cipriano cerró la canilla y se dio vuelta sonriente, buscando la aprobación de todos los que estaban contemplándolo. Pero lo único que pudo ver fue una cara más furiosa que la otra y además... como cincuenta chanchos embarrados revolcándose encima de las sábanas puestas a secar en el pasto por la cocinera.

¿Qué había sucedido? Nada más y nada menos que se había olvidado de cerrar la puerta del chiquero y los chanchos habían decidido entonces darse una vueltecita por la estancia.



El patrón se tiraba de los pelos y le salía espuma por la boca.

–¡Pero este muchacho no hace una derecha! –gritaba mientras arrojaba el sombrero al suelo y lo pisoteaba.

–¡Mis sábanas! ¡Mis sábanas limpias! –lloraba la pobre cocinera.

Cipriano decidió entonces que lo mejor era alejarse prudencialmente y se fue rumbo a las parvas.

Claro que en el camino se olvidó de cerrar una de las tranqueras, y por ella se le escaparon cuatro terneros que aparecieron en la cocina y se comieron toda la verdura que estaba lavada para el puchero.

Cipriano era una calamidad.

Pero, en honor a la verdad, desde el patrón hasta el último de los peones se habían acostumbrado a sus distracciones y olvidos. Por ejemplo: la cocinera sabía que el arroz lo tenía que buscar en la lata de la hierba, los domadores buscaban sus lazos y rebenques en el galpón de las herramientas, y así todo... Así todo, hasta ese famoso día en que la estancia pareció un manicomio y todo el mundo llegó a desesperarse de forma que algunos creyeron volverse locos.

Cipriano estaba en las parvas meditando:

–Todos tienen razón. ¡Soy una calamidad! ¡Ah, pero de ahora en adelante todo va a cambiar! Seré un modelo de orden y no me distraeré ni me olvidaré nunca más de nada.

Se quedó en las parvas esperando el atardecer. ¡Qué lindas eran las puestas de sol! Todo iba tiñéndose de rojo y violeta y mil sonidos diferentes comenzaban a ganar el campo. De pronto oyó la campana llamando a cenar. Con un suspiro hondo, dejó de mala gana las parvas y se llegó hasta las casas.

Allí, en el comedor, lo recibieron todos:

–¡Ah! Lo que es de comer, no te olvidas, ¿eh?

–¿Seguro que no te has olvidado de nada?

–¡Menos mal que no te olvidaste de entrar! ¡Ja, ja, ja!

–¡Ja, ja, ja! –corearon todos.

Cipriano se sentó y cenó tranquilamente. ¿Para qué iba a perder el tiempo en discutir?

Al día siguiente se llevarían la sorpresa y verían a un Cipriano totalmente cambiado.

Comía y sonreía para sus adentros.

A la mañana siguiente, el capataz salió para el pueblo. Puso en marcha la camioneta y enfiló para la tranquera. Estaba llegando a ella cuando quiso sacar los cigarrillos... Empezó a revisar sus bolsillos, miró el asiento para ver si estaba allí el paquete... ¡CRASH! ¡PAF! ¡BOM! La camioneta quedó hecha un acordeón y de entre los restos salió el capataz, que por suerte no se había hecho ni un rasguño, con una cara de asombro tremenda.

–¿Pero quién ha cerrado la tranquera? ¡Cipriano la deja siempre abierta!

Al mismo tiempo, el patrón subió a su caballo.

–¡Qué raro! Hoy no se ha movido al montarlo –se dijo mientras lo taloneaba.

El caballo trató de salir al galope, pero se quedó donde estaba y el patrón salió volando para aterrizar unos metros más allá.

–Pero... –exclamaba asombrado–. ¿Quién ató el caballo al palenque? ¿Eh?

En ese momento la cocinera buscaba la hierba en el tarro del arroz. Lógicamente, la hierba no debe estar nunca en el tarro del arroz, pero sucede que siempre Cipriano la ponía allí... Y en otro lugar de la estancia los peones buscaban las herramientas en el lugar en que Cipriano los tenía habituados, es decir, junto a la avena para los caballos.

–¿Pero dónde están las herramientas, si siempre las encontramos aquí?

Un poco más allá, Jacinto se preparaba a darse su baño diario en el tanque, y de un ágil salto se arrojó al agua...

Bueno, ésa fue su intención, porque a medida que se iba acercando al fondo del tanque, se daba cuenta que éste se hallaba seco. Jacinto dio vuelta a la cara, se arqueó todo, trató de volver para arriba, pero todo fue inútil. Siempre se cae para abajo y no para arriba... Lo último que intentó Jacinto fue gritar:

–¡Socoooooo...! –pero no pudo terminar, porque en ese momento... ¡PAF!, una casa tirada desde un avión no habría hecho tanto ruido. ¿Qué había sucedido? Pues que Cipriano había cerrado la canilla del tanque, y como todos estaban acostumbrados a que la dejase siempre abierta, usaron el agua habitual y el tanque no volvió a llenarse.

El desconcierto cundía en la estancia. Eso era un desorden vivo. Todos, reunidos en el patio, gritaban y protestaban. Esa mañana nadie encontraba nada.

Fue entonces cuando desde las parvas se recortó la silueta de Cipriano, que se acercaba sonriente.

–¿Y... qué tal? –comenzó alegremente–. Ya no podrán decir nada de mí. La tranquera está cerrada, la canilla del tanque también cerrada, y todas las cosas en orden, ¿no?

–¿Cómo? –exclamaron todos a coro.

Adelantándose unos pasos, el patrón se acercó a Cipriano y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

–Mira, Cipriano; me parece muy bien que hayas decidido cambiar, pero sucede que nosotros estábamos acostumbrados a tu desorden y a tus olvidos y ahora nos estamos volviendo locos, ¿sabes? Lo mejor es que por un tiempo sigas como antes...

Cipriano miraba al patrón sin comprender.

Se fue a las parvas y, contemplando la inmensa pampa que se extendía delante suyo, dijo en voz baja:

–¿Quién entiende a la gente? ¡Me quedo con los animales!

El tigre, el brahmán y el chacal

India

recopilado por Elena Fortún
Ilustraciones de Montserrat Clavé

Había una vez un Brahmán, que era un santo hombre, sacerdote de una religión que le prohibía hacer daño a ningún animal y le mandaba tratarlos como hermanos.

Un día este Brahmán atravesaba un pueblo de la India, cuando vio en una jaula de bambú un tigre, allí expuesto por los vecinos para venderlo a un circo ambulante. El pícaro tigre, que se había comido todos los rebaños, había sido cazado pocos días antes.

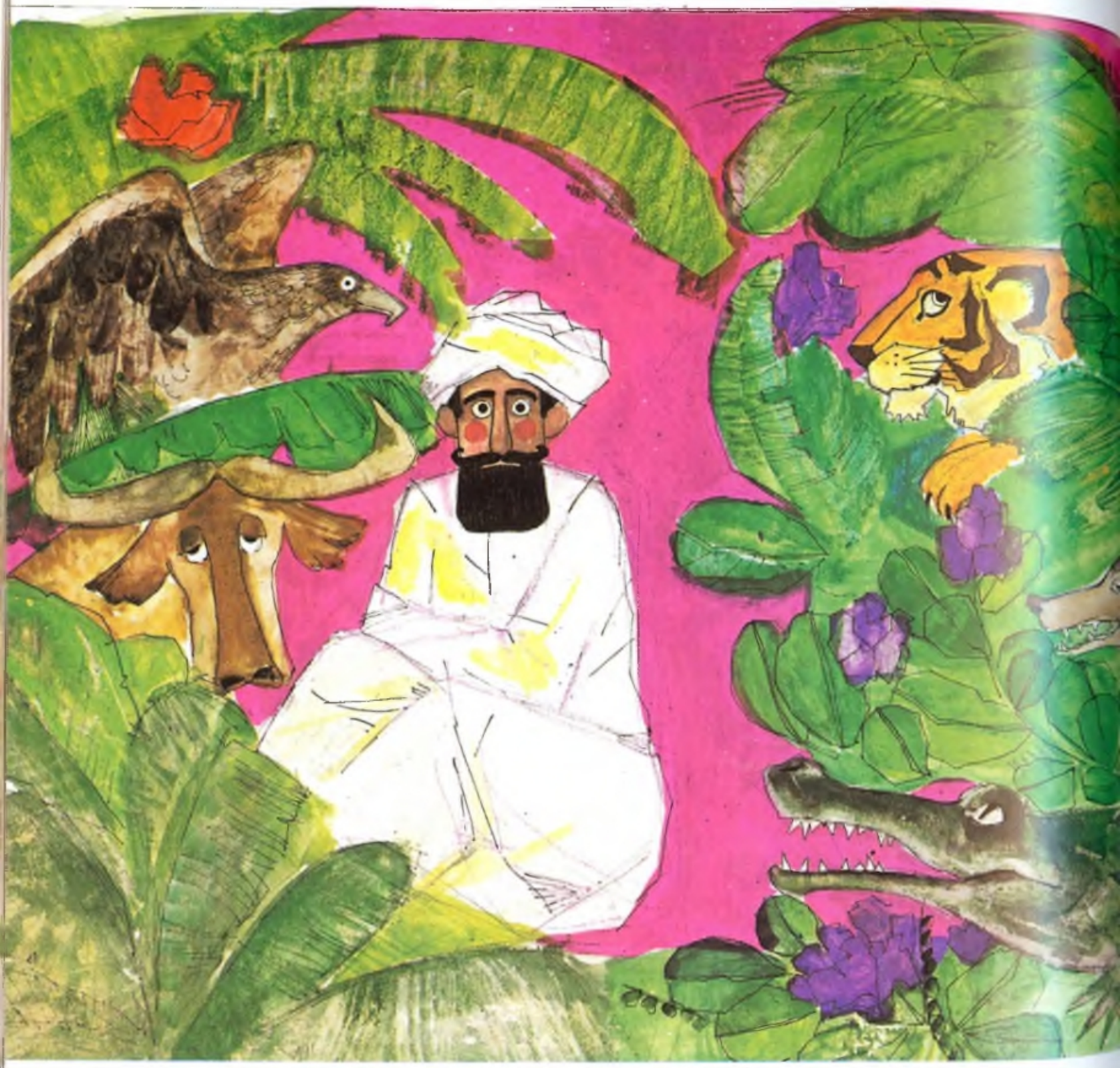
–¡Hermano Brahmán, hermano Brahmán! –gritó el tigre–. Ábreme la puerta y déjame salir a beber agua, que me muero de sed.

–Pero, hermano Tigre –dijo el Brahmán–, si abro la puerta de la jaula, me saltarás encima y me comerás.

–¿Cómo puedes creer que yo haga tal cosa? –se lamentó el Tigre–. En la vida podría yo pensar en hacerte mal. ¡Déjame salir un solo instante nada más para beber un sorbo de agua, hermano Brahmán!

El Brahmán abrió la puerta de la jaula y dejó salir al Tigre, pero en cuanto éste estuvo fuera saltó sobre el pobre hombre para comérselo.

–¡Hermano Tigre! –gritó el hombre–. ¿Qué vas a hacer? Tú me has prometido no comerme. Esto que tú haces no es justo ni honrado.



–Esto es honrado y justo –dijo el Tigre– y si no lo es me da lo mismo. Yo te voy a comer.

Pero el Brahmán suplicó al Tigre, con tantas y tan bondadosas razones, que él concluyó por consentir en esperar a comérselo hasta que hubieran consultado a los cinco primeros seres que se encontraran por el camino.

Lo primero que vieron fue una palmera.

–¡Hermana Palmera! –dijo el Brahmán–. ¿Crees tú que es honrado y justo que el Tigre me coma, después de ser yo quien le ha abierto la jaula?

La Palmera inclinó su cabeza para mirarlos y dijo con una voz floja:

–Durante el verano, cuando el sol abrasa, los hombres vienen a resguardarse a mi sombra y a refrescarse con mis frutos: luego, cuando viene la noche y han descansado, rompen mis ramas y destrozan mis hojas, porque el hombre es de una raza injusta. Que el Tigre se coma al Brahmán.

El Tigre saltó sobre el Brahmán, que gritó:

–¡No! ¡Todavía no! Aún no hemos consultado más que a uno y faltan cuatro.

Un poco más allá encontraron un búfalo tumbado en medio del camino. El Brahmán le dijo:

–Hermano Búfalo, ¿crees tú que es honrado y justo que el Tigre quiera comerme cuando acabo de abrirle la puerta de la jaula?

El Búfalo los miró con aspecto de ser muy desgraciado y les dijo con voz baja y profunda:

–Cuando yo era joven y fuerte, mi amo me hacía trabajar duramente y yo le servía bien. Yo llevaba pesados fardos y arrastraba enormes carretas, pero ahora que soy viejo e inútil, me abandona en el camino, sin agua y sin alimento, para dejarme morir. Los hombres son ingratos. Que el Tigre se coma al Brahmán.

El Tigre fue a saltar sobre el hombre, pero éste le detuvo:

–Hermano Tigre, éste es el segundo ser a quien preguntamos y aún faltan otros tres.

El Tigre gruñó un poco, pero consintió en seguir andando hasta llegar a la montaña.

De pronto, la sombra de un águila que volaba sobre ellos les hizo volver la cabeza. El Brahmán imploró:

–¡Hermana Águila! ¡Hermana Águila! Dinos si te parece justo que el Tigre quiera comerme, después de haberle librado de un terrible encierro del que no hubiera podido escapar solo.

El Águila siguió planeando lentamente sobre ellos durante unos momentos. Luego descendió y habló con voz clara:

–Yo vivo en las nubes y nunca hago ningún daño a los hombres. Sin embargo, cuando ellos pueden encontrar mi nido, matan a mis hijos y me lanzan flechas. Los hombres son de una raza cruel. Que el Tigre se coma al Brahmán.

El Tigre saltó sobre el Brahmán, y el pobre hombre se vio apurado para convencerle de que todavía debía esperar.

Consintió, al fin, y continuaron su camino. Un poco más lejos vieron un cocodrilo casi enterrado en el légamo, cerca del río.

–¡Hermano Cocodrilo! ¡Hermano Cocodrilo! –gritó el Brahmán–. ¿Te parece verdaderamente justo que este Tigre me quiera comer luego de haberle librado de la jaula?

El viejo Cocodrilo se revolvió en el légamo, gruñendo y resoplando, y dijo con voz rota:

–Yo estoy todo el día echado en el légamo sin moverme porque soy viejo, no tengo dientes ni fuerza para andar. Yo no puedo cazar y soy inocente como una paloma. Sin embargo, cuando los hijos de los hombres me ven, me tiran piedras, me pinchan con palos puntiagudos, me insultan, se burlan de mi impotencia. Los hombres son de una raza cobarde. Que el Tigre se coma al Brahmán.

–Me parece que ya hay bastante con lo que hemos oído –dijo el Tigre–. Todos saben que la raza del hombre es mala. ¡Vamos!

–¡Pero aún falta uno, hermano Tigre! –gritó el pobre Brahmán–. Acuérdate de que eran cinco los que debíamos consultar.

El Tigre acabó por consentir, aunque contra su volun-

tad. Bien pronto encontraron un chacal pequeño que iba trotando alegremente por el camino.

–¡Hermano Chacal! ¡Hermano Chacal! –gritó el hombre–. Dinos lo que piensas de esto. ¿Crees tú verdaderamente justo que me quiera comer el Tigre luego de haberle sacado de su jaula?

–¿Qué es lo que quiere hacer el Tigre? –preguntó el Chacal deteniéndose y mirándolos con cara de asombro.

–Te estoy diciendo –siguió diciendo el hombre alzando la voz por si el Chacal era sordo– si tú crees justo y honrado que el Tigre me coma, siendo yo quien le ha abierto la puerta de su jaula.

–¡La jaula! –repitió el Chacal mirando a otro lado.

–Sí, sí; la jaula –continuó el Brahmán–. Nosotros queremos saber tu parecer sobre esto.

–¡Ah!, vosotros queréis saber mi parecer sobre esto... Entonces yo os ruego que me expliquéis mejor lo que ha ocurrido, porque yo soy algunas veces muy torpe para comprender... ¿Qué es en verdad lo que ha pasado?

–¿Crees tú –volvió a repetir el Brahmán– que es honrado y justo que el Tigre quiera comerme, cuando yo soy quien le ha hecho salir de la jaula?

–¿De qué jaula? –volvió a preguntar asombrado.

–La jaula donde estaba. Tú sabes que...

–Pero yo no comprendo –interrumpió el Chacal–. ¿Y dices que tú le has sacado de la jaula?

–Sí, sí, sí. Ha ocurrido de esta manera. Yo iba por el camino y he visto al Tigre que...

–¡Oh, qué lío! –dijo el Chacal echándose las manos a la cabeza–. No podré comprender nunca si te empeñas en contarme una historia larguísima sin empezar por el principio. Es preciso hablar con claridad para que yo me entere. ¿Qué clase de jaula era esa?

–Una gran jaula corriente... una jaula de bambú.

–Una jaula corriente... Eso no quiere decir nada. Sería

M. LAVÉ

mejor que me la enseñaras y entonces comprendería en seguida.

Los tres volvieron atrás y llegaron caminando hasta la entrada del pueblo, donde estaba la jaula.

–Ésta es la jaula corriente y de bambú, como puedes ver –dijo el Brahmán.

–Bueno... ya empiezo a comprender –dijo el Chacal–. Ahora necesito saber dónde estabas tú, y qué hacías, hermano Brahmán.

–Yo pasaba por aquí, por el camino.

–Y tú, Tigre, ¿dónde estabas?

–¿Dónde iba a estar? ¡Estaba en la jaula! –gruñó el Tigre que comenzaba a impacientarse, y tenía deseos de comerse a los dos.

–¡Oh, perdóname, ilustre señor! –dijo el Chacal haciendo reverencias–. Yo soy verdaderamente muy poco inteligente, y no puedo darme cuenta de nada si no lo veo... Si eres tan amable, señor Tigre... ¿Cómo estabas dentro de la jaula? ¿En qué postura estabas?

–¡Idiota! –gruñó el Tigre–. Estaba así –y el Tigre entró dentro de la jaula–, echado en este rincón –y el Tigre se echó en el rincón– y con la cabeza vuelta hacia allá –y el Tigre volvió la cabeza.

–¡Oh, gracias, gracias! –dijo el Chacal–. Ya comienzo a ver claro... Pero aún hay algo que no comprendo. ¿Por qué estabas dentro, ilustre señor Tigre?

–¿Es que no puedes entender que la puerta estaba cerrada, estúpido? –siguió furioso el Tigre.

–¡Ah! ¿Conque estaba la puerta cerrada? ¡Ya, ya! ¡Qué extraño es todo esto! Yo no lo comprendo bien... La puerta estaba cerrada... Pero, ¿cómo estaba cerrada la puerta?

–Así –dijo el Brahmán cerrándola.

–¡Ah! Así... Muy bien. Pero yo no veo por qué el señor Tigre no podía salir solo. Todas las puertas pueden abrirse y para eso están hechas.

–Pero es que estaba echado el cerrojo.

–¿Cómo? ¿Qué queréis decir con eso de estar echado el cerrojo? ¿Qué cosa es echar el cerrojo?

–Esto –dijo el Brahmán corriendo el cerrojo de la jaula–. Esto se llama echar el cerrojo y el que está dentro de la jaula ya no puede salir por más esfuerzos que haga...

–¡Ah! Ahora lo comprendo todo..., eso es echar el cerrojo y el que está dentro ya no puede salir por más esfuerzos que haga... Verdaderamente el hombre es de una raza inteligente y está obligado a serlo siempre... Pues bien, amigo mío –dijo al Brahmán–, ahora que el cerrojo está echado, yo te aconsejo dejarlo así y no abrirlo más... En cuanto al Ilustrísimo Señor –continuó dirigiéndose al Tigre–, le aconsejo que se tranquilice y espere con paciencia, pues es posible que no tarde mucho en hallar a otro hombre que le abra la puerta.

Luego, volviéndose hacia el Brahmán, le hizo un saludo profundo.

–Adiós, hermano. Tu camino va por aquí, y el mío por allí. Buenos días.

Y se fue.

El descubrimiento de Martín

Estados Unidos

por Elizabeth Coatsworth
Ilustraciones de Bárbara Cooney

Martín vivía en la casa de sus abuelos, en medio de un huerto de manzanos. Recordaba haber visto desde siempre manzanos a su alrededor, cubiertos de flores en primavera, con brillantes frutos, o de color gris negruzco en contraste con la nieve en invierno. Los orioles eran tan comunes como los petirrojos en aquella granja, y en otoño, al despuntar el alba el venado se acercaba para comerse las manzanas que habían caído al suelo. Martín tenía sus amigos predilectos entre los árboles: aquellos que parecían tener las ramas especialmente colocadas para que pudiera trepar y descansar en ellas, cómodamente sentado durante horas y horas.

El niño no tenía más amigos que los árboles. No había otros niños en la granja, y tanto su abuelo como su abuela estaban siempre muy ocupados. Un día, jugando en el desván, encontró unos libros viejos que habían pertenecido a su padre cuando era niño. Desde entonces, Martín pasó todo el tiempo que pudo leyendo. A su abuelo no le gustaba todo aquello.

–Deja ya este libro –dijo con enfado un día en que Martín llegó con retraso a la mesa–. Si andas por ahí todo el día con la cabeza llena de cuentos tontos, Martín, nunca serás un buen manzanero. Uno debe trabajar duro y pensar

en las manzanas. Anda, date prisa. Esta tarde me ayudarás a podar el huerto del este.

Martín quería a su abuelo más que nada en el mundo. Cuando creciera, le gustaría ser como él, dueño del gran huerto, pero las ideas del cuento inacabado continuaron calentando su cabeza durante toda aquella tarde de principios de primavera.

–¡Martín! ¡Martín! –repitió su abuelo–. ¿Estás sordo, muchacho? Te dije que me dieras el cuchillo de podar.

Pero Martín no podía olvidar el cuento. Trataba de una princesa y una bruja, y encantamientos y muchas cosas emocionantes. Intentando adivinar el final del cuento, Martín olvidó sostener el pie de la escalera. No amontonó las ramas podadas para quemarlas. Se equivocó al colocar las cosas, no escuchó lo que se le decía y estuvo realmente terrible.

Finalmente, sin querer, hizo algo catastrófico. Su abuelo estaba en una rama bastante alta de un árbol, con el último peldaño de la escalera bajo sus pies. Gritó pidiendo algo. Martín, que estaba soñando, no oyó exactamente lo que decía, pero saltó, cogió la escalera y la colocó en otro árbol. Esto era una perfecta estupidez, y nunca lo hubiera hecho si hubiera pensado un poco.

Pero su mente estaba absorta con el cuento de la bruja.

Un momento más tarde oyó una exclamación, seguida de un ruido brusco y el estruendo de una caída tras él.

Se volvió horrorizado.

–¡Oh, abuelo! –gritó corriendo hacia la figura que se movía en el suelo.

–¿Dónde estaba la escalera? –preguntaba su abuelo–. Creí que la estabas aguantando como te dije que hicieras. La pusiste allá, junto a otro árbol. ¡Esto ya es demasiado!

El anciano se levantó y se quedó mirando a Martín.

–Creo que estás loco –dijo lentamente, y volviéndose sin decir nada más, se alejó cojeando hacia la granja.

–No lo hice a propósito, abuelo –dijo Martín, que lo seguía con cara de pena.

–Los locos nunca hacen nada a propósito –replicó el abuelo sin detenerse, hasta que desapareció entre los toncos grises.

Hacía frío fuera, pero a Martín le daba vergüenza ir a casa. Paseó sin rumbo entre el huerto de manzanas McIntosh, las Baldwin y de allí a las manzanas verdes, del otro lado de la colina. Su abuelo tenía muchas clases de manzanas para vender: manzanas tempranas para comer en verano, manzanas tardías para el invierno, algunas para cocinar, y otras para hacer mermelada.

"La manzana perfecta no se ha conseguido todavía", decía el viejo. "Ni se encontrará probablemente en nuestros tiempos", añadía. "Yo pruebo todas las nuevas clases de que oigo hablar, pero siempre hay algo deficiente en ellas."

Martín, tiritando de frío y triste, se detuvo un momento en la colina mirando los huertos ondulados a sus pies.

–Me gustaría encontrar la manzana perfecta –pensó–. El abuelo ya no creería que estoy loco. Recibiría la manzana perfecta mejor que una corona.

Por un momento, pensando en la "corona", volvió a acordarse del cuento no acabado, pero apartó la idea de su cabeza. Ya le había causado demasiadas molestias.

Nunca había estado tan lejos de la casa, excepto para ir al pueblo. Miró a su alrededor. No lejos de allí se levantaba una granja pequeña, de color rojo, en un campo en que comenzaban a crecer los juníperos. De la chimenea salía humo, pero no consiguió ver a nadie.

–Aquí debe ser donde vive la señora Tildy Thomas. He oído al abuelo hablar de ella –pensó.

Estaba ya decidido a volver a casa cuando oyó maullar un gato en el cercano muro de piedra.

A Martín le gustaban los gatos y se giró en dirección al sonido. Se quedó mirando fijamente a los ojos de una

anciana, cuya cabeza estaba casi a la misma altura que el nivel del muro de piedra. Estaba inclinada, casi doblada sobre un bastón que le servía de apoyo. Parecía exactamente igual que la bruja de los dibujos del cuento, salvo que ella llevaba un jersey rojo y viejo.

—¿Qué te pasa? —dijo ella de repente—. No voy a hacerte ningún daño. Supongo que debes ser Martín. Bien, Martín, yo soy Tildy Thomas y éste es Thomas Thomas, mi gato. Salía para arrancar algunos de estos juníperos que están estropeando mi campo de heno, pero tengo un reuma terrible estos días. Estoy mucho mejor dentro de la casa.

Martín no respondió. Tildy Thomas le dirigió otra mirada con sus ojos penetrantes.

—Tú también tienes frío —dijo ella de repente—. Ven conmigo y te daré té y pastas.

Martín no podía rechazar una invitación tan cortés, pero su corazón latió más deprisa mientras acompañaba a la anciana y a su gato a la casita roja. Dentro, todo estaba maravillosamente limpio. De la repisa de la chimenea colgaban, como racimos, bolsas hechas de ganchillo llenas de huevos. Había paños almidonados, de color blanco, en los respaldos y brazos de los sillones. Sobre los cuadros de la pared pendían cortinas de encaje, sujetas con brillantes cordones. Uno parecía estar mirando por una ventana directamente al mar, donde un barco se hundía bajo la tempestad, o a las grandes fotografías de los parientes de la señora Thomas, que parecían estar mirándole a uno atentamente desde la pared.

Martín no sabía nada de casas de brujas. Pero se sintió muy raro en aquella habitación.

—Si trato de salir huyendo —pensó—, todas estas caras de los cuadros comenzarán a gritar para decirle a la señora Tildy que me voy.

Decidió pues quedarse donde estaba.

Al cabo de un rato, la vieja volvió con una bandeja que

puso sobre la mesa. Tenía que sentarse muy poquito a poco, por causa del reuma.

–Algo caliente te sentará bien –dijo la anciana mientras le servía una taza de té con leche y una gran cucharada de miel. Ahora, sentada, parecía una persona normal. Bebió el té. En la mesa había también una bandeja llena de toda clase de pastas.

–Espero que no estén embrujados –se dijo Martín mientras comía. Levantó la mirada y se sorprendió al ver que la anciana Tildy Thomas tenía en realidad una cara hermosa.

Cuando hubo comido las pastas, ella comenzó a preguntarle por qué estaba tan triste y él le contó lo ocurrido.

–¡Humm! –dijo ella moviendo la cabeza.

–No quiero que el abuelo crea que soy un tonto –exclamó Martín.

Durante un rato, la señora Tildy guardó silencio.

–No te preocupes –dijo finalmente–. Las cosas cambian. Hoy no son lo que serán mañana o lo que fueron ayer. Tú debes seguir pensando que quieres ser un buen hortelano como tu abuelo, y algún día todo se arreglará.

–¿Está usted segura? –preguntó Martín con ansiedad.

–Segurísima –dijo la vieja Tildy, con tanto convencimiento que él se sintió confortado.

–Yo también tengo muchos problemas –continuó–. Estoy muy sola.

–¿Usted? –preguntó Martín vivamente–. Yo también estoy solo. ¿Quiere que le traiga algunos libros? Ayudan mucho en la soledad. Después podríamos comentarlos.

–Me gustaría mucho –dijo la anciana.

Martín y la señora Tildy Thomas se hicieron grandes amigos. El chico iba con frecuencia a verla y la ayudaba a hacer lo que ella no podía, como limpiar las telas de araña de las esquinas del techo y sacudir las alfombras. Incluso arrancó muchos juníperos de los alrededores de la casa.

–No me gusta verles entre el heno –dijo ella–. Ahora ya nadie corta el heno. Pero no es éste sitio para juníperos.

Después le daba té y pastas o pastel de chocolate, y, mientras, hablaban de los libros que él había traído.

Era distinto ayudar a la señora Tildy que hacerlo en casa. La señora Tildy necesitaba ayuda. En casa, los abuelos podían ir más deprisa si no se interponía Martín. Al cabo de unas semanas, el muchacho aprendió a hacerlo todo, ayudando a la señora Tildy.

–Te estás volviendo mañoso, Martín –solía decir el abuelo, que a pesar de todo no olvidaba que el chico había quitado la escalera casi de sus mismos pies.

Llegó el verano y después se fue. Martín hubiera sido feliz si hubiera tenido la seguridad de que su abuelo había olvidado su travesura.

–Todavía te preocupas por lo que tu abuelo piensa de ti, Martín –le dijo la anciana Tildy un día–. Tengo la impresión de que algo va a ocurrir que te agradará, aunque no sé exactamente qué. Conserva el ánimo y verás como todo se arregla. Bueno, ahora voy a descansar. ¿Has estado alguna vez en la colina Scratchy, detrás de mi casa? ¿Por qué no vais tú y Thomas a explorarla?

Era un hermoso día de septiembre, suave y dorado. Thomas y Martín subieron lentamente a la colina por un senderillo que llevaba a los antiguos gallineros. La tierra estaba cubierta de pinos y abetos, con hayas aquí y allá de hojas amarillas en contraste con el oscuro gris de la corteza. El chico y el gato llegaron a una especie de claro. Había un hueco en un lugar donde antes había un almacén y algunos tallos de lilas silvestres crecían en un jardín abandonado. Había también un montón de ladrillos, restos de una antigua chimenea. Mas allá, detrás de la destartalada pared, había un semillero de árboles, en un soto alrededor de las viejas cepas, donde estaba antes el huerto.

Mientras el gato intentaba atrapar algún pájaro cerca de la fuente, Martín se quedó mirando a su alrededor. Pensaba en la gente que debía haber habitado aquel lugar, preguntándose quiénes podían haber sido y cómo serían. Quizá fueron unos Thomas, con bellos ojos grises, como la señora Tildy.

De pronto, le pareció oír voces.

"Conserva el ánimo". Era lo que ella le había dicho aquella tarde. "¿Qué tiene que hacer un muchacho para conservar su ánimo?", se preguntó ansiosamente.

¿Había quizá un tesoro escondido en la chimenea en ruinas? ¿Debía empezar a excavar?

¿O había quizá un lobo oculto detrás de aquel gran roble y tenía que salir corriendo?

¿O quizá había algo en el sótano y no podía salir? Pero no había nada en el sótano.

Los únicos que parecían visitar el claro del bosque eran los ciervos. Vio sus huellas sobre la blanda hierba alrededor de la fuente. Quizá iban allá a beber, pero era más probable que lo hicieran para comer manzanas silvestres.

¡Manzanas! Quizá era esto lo que ella quería decir.

Pero todo el mundo sabe que las manzanas silvestres son amargas y enanas. ¿Por qué probar una manzana sil-

vestre? De todos modos sería mejor probarlas. No parecía haber otra cosa que hacer para un muchacho que quisiera "conservar su ánimo".

Martín cogió una manzana y la mordió. Toda su vida había comido manzanas, pero nunca había probado una como aquélla. Era una manzana de color rojo brillante, con un zumo que sabía como si le hubieran puesto especias. Dio otro bocado y le pareció tan bueno como el primero. A veces la naturaleza hace cosas por su cuenta y mezcla las semillas mucho mejor que el hombre. "La manzana McIntosh, por ejemplo, proviene de una rama salvaje", recordó Martín, mientras llenaba el sombrero con las mejores que pudo encontrar.

Salió corriendo sendero abajo, con Thomas Thomas que saltaba atropelladamente detrás de él.

–¡Señora Tildy! ¡Señora Tildy! –gritó mucho antes de que ella pudiera oírle.

–¡La he encontrado, la he encontrado! ¡La manzana perfecta!

Vio su figura inclinada en la puerta, con la cara cerca del pomo de la puerta.

–¡Buena suerte! –dijo ella–. No te pares. ¡Y dime después lo que ha pasado!

Subió, corrió por la colina, tropezando y sin aliento a través del huerto.

–¡Abuelo! –gritó Martín–. ¡Abuelo! Prueba esta manzana. ¡Pruébala!

El abuelo de Martín siempre probaba las nuevas manzanas. Cogió una del sombrero de Martín y la mordió. Una mirada de sorpresa se reflejó en su cara. Dio otro mordisco y lo comió con fruición.

–¿Dónde has encontrado esta manzana, Martín? –preguntó con solemnidad.

Martín supo inmediatamente que no se había equivocado. Aquella manzana era una maravilla.

–Detrás de la casa de la señora Tildy, en la ladera Scratchy –dijo–. ¿Te gusta, abuelo?

El abuelo de Martín dio otro bocado, pensativamente.

–Yo diría que esta manzana es casi casi perfecta –admitió lentamente–. Creo que esta manzana vale más que todo nuestro huerto. Hoy has comenzado la historia de una nueva manzana, Martín –dijo el abuelo.

Martín recordó algo.

–Fue la señora Tildy quien me dijo que fuera allí y que conservara mi ánimo –dijo–. Me pregunto si sabría...

–Es difícil estar seguro de lo que sabe la señora Tildy –dijo el abuelo, dando otro mordisco a la manzana.

–Vamos, Martín, vamos a dar la buena noticia a la abuela.

Fue la señora Tildy Thomas quien le puso nombre a la manzana.

–Es una buena Martín Escarlata –dijo mordiendo una–. Tuvo suerte el muchacho que la encontró. Los chicos que se hacen amigos de las brujas siempre tienen suerte.

Después se rió como si hubiera hecho un chiste, pero Martín nunca supo si fue o no fue un chiste.

Un mal negocio

España

por Apeles Mestres, adaptado por E. T.
Ilustraciones de Jaime Marzal

Pedro y Pablo se creían los dos chicos más listos del pueblo. Vivían contentos y satisfechos de sí mismos, orgullosos como pavos reales, y se consideraban inteligentísimos, pero lo cierto era que todo el pueblo les tenía por un par de zoquetes, dos tontos rematados, aunque ellos opinaran lo contrario.

Un día, al salir de la escuela, Pablo propuso a su amigo Pedro el siguiente negocio:

–Oye, Pedro: tenemos dos días de fiesta porque pasado mañana se celebra la romería a la ermita de San Hipólito, patrón del pueblo. Mañana podemos preparar un buen negocio y pasado mañana, con la cantidad de gente que acude a la romería, nos hacemos ricos. ¿Qué te parece la idea?

–¿Qué idea? ¿De qué negocio hablas? ¿Qué vamos a preparar? ¿Cómo nos haremos ricos?

–El año pasado, Matías, el sacristán, hizo una fortuna vendiendo las rosquillas que su mujer había preparado en su casa el día anterior. Y hace dos años había un vendedor ambulante que vendía gaseosas y caramelos y un matrimonio con un tenderete lleno de cajas de fruta y bolsas de cacahuetes y avellanas y almendras tostadas...

–Y yo recuerdo que un año vi un puesto de cocos y el jugo estaba buenísimo. Con el sol tan fuerte, todo el mundo suda y se muere de sed.

–Por eso se me ha ocurrido una idea fabulosa. Como la fuente más cercana está a una media hora de la ermita, podemos montar un negocio de bebidas y forrarnos. ¿Qué te parece?

–¡Estupendo!

–Subimos, entre los dos, unos cuantos vasos y una garrafa de agua con unas gotas de aguardiente para darle gusto, como se hace con los segadores cuando vuelven empapados de la siega, y nos hartamos de vender vasitos a duro cada uno, que a nosotros no nos habrán costado más que una copita de aguardiente para toda el agua, o sea unas

gotitas, unos céntimos cada vaso y el trabajo de subir cargados la cuesta de la ermita. Total: un negocio redondo. ¿Qué dices a eso?

–Perfecto. Ni yo mismo lo hubiera pensado mejor.

–Pues manos a la obra. Tú pones los vasos que sacas de tu casa, y yo pongo una garrafa grande que tengo en la mía. Y el precio de la copita de aguardiente, cuatro perras, lo partimos entre los dos, como el negocio que resulte, a partes iguales. ¿De acuerdo?

–De acuerdo. Mañana mismo lo preparamos todo. Y se me está ocurriendo un truco para mejorar tu idea y aumentar el negocio.

–Di.

–Si encontráramos dos garrafas, en vez de una, podríamos estar todo el día, desde la primera hora al anochecer, llenando vasos sin parar. Cuando una garrafa se hubiera vaciado, uno de los dos, por turnos, iría a llenarla a la fuente, en el bosque, mientras el otro se quedaría en el puesto con la garrafa llena, continuando las ventas. ¿Qué tal?

–No está mal, pero para eso necesitaremos más copas de aguardiente para mezclar con el agua nueva que vaya llegando...

–Podemos comprar media botella de aguardiente, unas diez o quince copas...

–Resultará muy caro...

–Pondremos todos nuestros ahorros, mitad y mitad. Llegaremos hasta donde lleguen nuestros ahorros.

–Muy bien.

El día de la romería, los dos amigos se levantaron muy pronto, antes de que apuntara el día, para estar en la ermita, que distaba unas cuatro horas del pueblo, desde el primer momento y aprovechar todas las oportunidades que se presentaran para el negocio. A medida que avanzaban hacia la ermita, el camino se hacía más difícil y empinado, el sol ya había asomado y comenzaba a picar fuerte, y los

dos muchachos, cargados como mulas con sendas garrafas llenas de agua preparada desde el día anterior con unas gotas de aguardiente y, además, con unos cuantos vasos en los bolsillos y con una botella vieja en la mano medio llena de unas copas de repuesto, comenzaron a sudar y a resoplar como burros de carga.

Pablo no tardó mucho en quejarse:

–Me abraso de sed. No puedo más. ¿Cómo vamos a transportar todo el rato, con el calor que hace, esa agua tan olorosa, sin poder probar ni una gota? Es un tormento. ¿Podríamos beber un vasito, por lo menos?

–Bueno –accedió Pedro–, pero sin estafar a nadie, ¿eh? Tú y yo hemos formado una sociedad para vender agua con aguardiente y no es cosa de defraudar a la sociedad. Si quieres un vaso tendrás que pagarlo al precio convenido.

–Me parece bien, si tú haces lo mismo cuando no resistas más. Un duro me ha quedado después de poner todos mis ahorros en el negocio. Aquí lo tienes. Venga el vaso.

Pedro se embolsó el duro y sirvió un vaso a su compañero.

Al poco rato fue Pedro quien comentó:

–¿Sabes que me has dado sed, viéndote beber con tanto gusto? Me parece que yo también voy a pagarme un vasito. Toma un duro.

Y entregando a su amigo la moneda que éste le había dado antes, Pedro sació su sed.

Unos minutos más tarde, Pablo volvió a quejarse:

–El sol es cada vez más fuerte. El vaso de antes sólo me ha servido para refrescarme la lengua y darme más sed. Aquí tienes el dinero. Quiero otro vaso.

Y devolvió la moneda a Pedro, el cual unos pasos más adelante, exclamó:

–Chico, me ocurre lo mismo que a ti. Es mejor no beber nada que probar un solo vaso. Por lo menos, si no bebes nada, no recuerdas el gusto y el frescor del agua en la

garganta. Ahora no puedo más. Pago el precio convenido y déjame remojar la boca.

Y el duro retornó a los bolsillos de Pablo.

A medida que avanzaba el día, crecía el calor, se empinaba la cuesta y aumentaba la sed, que con el gusto del aguardiente, en vez de calmarse, crecía lo mismo que el calor y el día. Las paradas y los vasitos se hicieron más frecuentes, y como que cada vez que uno de los dos amigos tomaba un vaso pagaba escrupulosamente el precio convenido, el otro se encontraba siempre con el capital necesario en los bolsillos, para repetir a su vez el vasito, y así, por turno, se iban llenando los vasos y vaciándose las garrafas, con una rapidez asombrosa. Y cuando se acabó el agua se bebieron las copitas de aguardiente de la botella vieja. Y el duro entraba y salía del bolsillo de Pedro al bolsillo de Pablo y del de éste al de aquél como una pelota de tenis...

Al llegar a la ermita, las garrafas y la botella estaban tan vacías como una olla agujereada. Pablo se encontró con el duro en sus bolsillos, el resto de sus ahorros invertidos en el negocio, tal como había comenzado el día, y Pedro con los bolsillos llenos de viento.

–¿Cómo es posible? –se preguntaban, aterrados, los dos aprendices de comerciante–. El negocio debía haber funcionado exactamente igual que si hubiéramos vendido el agua a los romeros aquí, en la ermita, puesto que cada uno de nosotros ha pagado religiosamente su vaso al precio establecido. ¿Cómo es posible que estemos peor que al empezar el negocio? ¿No hemos ganado nada?

Los dos amigos estaban tan cansados y tan preocupados por su mala suerte que decidieron irse al bosque y sentarse junto a la fuente, para ver si en reposo podían comprender cómo, habiendo pagado cada copa con toda puntualidad al mismo precio que las habría pagado el público de la ermita, se habían quedado con los bolsillos tan vacíos como la botella de aguardiente y las garrafas de agua.

Muchos besos de Akira y Tom

Japón

por Momoko Ishii
Ilustraciones de Koko Fukazawa

Después del fin de la segunda guerra mundial, uno de los peores problemas con que se enfrentó el Japón fue la escasez de alimentos y viviendas. Todo el mundo tenía hambre y mucha gente de la ciudad, escritores, artistas, maestros, se fueron al campo unos años para ganarse la vida como campesinos.

Una niña llamada Toshi y su madre, maestra de escuela, marcharon a vivir a un pueblo de montaña en el norte del Japón. Esta zona montañosa es muy fría y con mucha nieve en invierno. Con ellas se fue una amiga de la madre, tía Hana, y su joven sobrino, Akira. Construyeron una casa al pie de la colina y fueron muy felices al verse dueños de la nueva casa. Pero, poco después, comenzaron a preguntarse si realmente eran los dueños de la casa, porque una legión de ratas se instaló también allí, tratando de apoderarse del lugar. Entonces Tom, el gato blanquinegro, tuvo que ir a ayudarles. Se convirtió en un miembro más de la familia y corrió muchas aventuras con los otros cuatro.

Era el tercer invierno que pasaban en la montaña y el segundo para Tom. La montaña y los campos estaban cubiertos de nieve. Durante la época que no se trabajaba en el campo, mamá y tía Hana daban clase de costura a las

niñas vecinas. Era la única época del año en que los niños podían disfrutar de tiempo libre en las horas después de clase.

Todos los días Akira se ponía los esquís que pertenecían a su tía, e iba a ver los rastros en la nieve. Se los llevaba incluso al colegio, para enseñárselos a sus amigos. De esta manera, podía ir todas las mañanas a colocar trampas para los conejos.

Pero una idea fija empañaba la alegría de Akira ante el tiempo invernal. Era la idea de Navidad, que se iba acercando.

Hacía unas semanas que todos los de la familia trabajaban en secreto durante el tiempo libre. Akira era la única excepción.

El año anterior todos habían prometido no comprar nada para la Navidad siguiente. Tenían que pensar en regalos que pudieran fabricar ellos mismos, comenzar a prepararlos con tiempo suficiente y evitar así los apuros de última hora. Pero ninguno de ellos había conseguido lograr esto. Ahora, en el último minuto, mamá, Toshi y tía Hana estaban muy ocupadas, trabajando a escondidas.

Siempre que Akira se olvidaba y abría de golpe el armario, tía Hana gritaba:

—¡Akira, cierra el armario!

Y por la noche, cuando abría la puerta corredera, Toshi gritaba:

—¡No espíes!

Y Toshi tenía ya que estar durmiendo...

Akira no sabía ya qué hacer. No tenía ni idea. Un día, por la mañana, su madre le sugirió que tratara de hacer una trenza con una cuerda de embalar y unas pajas, con una inscripción que dijera:

Para todos, con muchos besos de Akira.

Akira se sintió feliz. Pensó que la idea era muy buena. Comenzó a trabajar en el cobertizo. Pero, trabajando a es-

condidas, no conseguía progresar mucho; además temblaba de frío en la oscuridad.

Cuando tenía ya hecho un metro, vio que la trenza se parecía mucho a un dibujo de intestinos de animales que había visto en un libro de ciencias. Así que, disgustado, abandonó la tarea y echó la cuerda a la basura.

Estaba ya tan apurado que escribió una carta a su tío de Tokio pidiéndole que le mandara algo que pudiera usar como regalo de Navidad.

Pero como era ya el 22 de diciembre, no cabía esperar que la respuesta de su tío llegara a tiempo.

En casa, donde todo el mundo se apresuraba en el trabajo, en una atmósfera de misterioso secreto, Akira, a quien normalmente no le importaba nada, no hacía otra cosa que estar triste y suspirar. Esto sólo empeoraba las cosas. Y la mañana del 23 llegó.

No le quedaba, pensó, más que una solución. ¡Si sólo un conejo, uno solo le ayudara, dejándose atrapar en la trampa! Si pudiera capturar un conejo, le colgaría del cuello un cartel que dijera:

Muchos besos de Akira, con la plena seguridad de que no habría mejor regalo.

Hacía varios días que no iba a ver sus trampas. ¿Cómo saberlo, pues? Podía incluso haber tres o cuatro conejos atrapados, esperándole. Si la zorra hubiera robado las trampas, como ocurrió el año anterior, la cosa sería diferente; de todas formas, aún quedaba alguna esperanza.

Pero la tarde del día 23 no pudo esperar más. Se puso la gorra de invierno, tomó los esquís y salió.

Dispuesto a dar un paseo, el gato Tom se fue con él.

En la cima de la colina, frente a la casa, Akira se puso los esquís. Tom corrió tras él siguiendo el rastro de los esquís. Cruzaron el campo de trigo y llegaron al primer canal fangoso. Andando de lado, como un cangrejo, Akira se abrió paso con un alarde de habilidad hacia el lado opuesto y lle-

gó al canal siguiente. Todas las trampas estaban vacías. En los últimos cuatro o cinco días el tiempo había sido bueno y soleado y se había fundido mucha nieve. Las trampas colgaban muy alto, sobre las ramas. Ningún conejo sensato

trataría de saltar para atrapar un arco de acero que estaba tan alto, pensó Akira; a no ser un conejo de circo...

—¡Maldición! —musitó.

Intentó pasar al otro lado del canal, cuando ocurrió algo sorprendente e inesperado. A sus pies se oyó un ruido de alas, que le impresionó de tal manera que se cayó de espaldas.

¡UUUSSHHH! Tom pasó como disparado por un cañón. Delante de él, algo extraño con plumas estaba provocando un gran revuelo, tratando de levantarse del suelo. ¡Era un faisán!

Akira se quedó boquiabierto.

Por alguna razón, probablemente a causa del intenso frío, el faisán no pudo volar muy lejos. Aterrizó al lado de un macizo lleno de cañas, a la izquierda de Akira.

Akira gritó muy fuerte. Rápidamente se quitó los esquís, bajó por la pendiente y comenzó a correr hacia el cañaveral.

Pero Tom fue más rápido todavía. Salió corriendo, delante de Akira.

–¡Tom, espera! –gritó Akira.

–Rrrr... –gruñó Tom, saltando como si tuviera muelles en las patas.

Akira le había ya alcanzado. En la espesura del cañaveral, el faisán estaba postrado, con la cabeza hundida entre las hierbas secas, y la cola, bermeja y dorada, se levantaba erguida.

–¡Atrápalo! –se dijo Akira cogiendo ánimos.

Gritando, Akira se arrojó al suelo y agarró el faisán. Éste se revolvió ferozmente entre sus manos, pero Akira no abandonó. Abalanzó todo su cuerpo contra la presa, que seguía luchando.

–Rrrr... –gruñó Tom saltando sobre él.

–No seas idiota, Tom. ¡Déjanos! –exclamó Akira.

Apartó a Tom como pudo y se levantó. Por suerte, el faisán estaba todavía en sus manos.

¿Soñaba o era todo verdad?

–¡Eh! –gritó Akira.

Una y otra vez, Tom saltaba hacia él. Y una y otra vez, Akira lo apartaba con el pie.

Agarrando fuertemente al faisán, comenzó a correr.

–¡Un faisán! ¡He atrapado un faisán! –gritaba a viva voz mientras corría.

Oyó un griterío que le respondía en la dirección de la casa.

Tropezando y vacilando, Akira seguía corriendo. A distancia, delante de él, vio una multitud que se iba agrupando, que le gritaba y agitaba las manos, como un océano de olas.

Al aproximarse a casa, vio que sus ojos no le estaban engañando. Cuando oyeron sus gritos, todas las niñas de la clase de costura y todos los de la familia salieron corriendo. Los vio en el pórtico y mirando a través de las ventanas

abiertas de la sala, levantando las manos y golpeando el suelo con los pies con gran entusiasmo. Gritaban con más fuerza que los espectadores de la carrera de relevos en la fiesta atlética del colegio.

Apartando a Tom y sacudiéndose la nieve, Akira seguía corriendo. Resoplando, atacó el último obstáculo, la cuesta frente a su casa, con el faisán levantado como un trofeo, para que todo el mundo lo viera.

–¡¡Hurrraaaaaa!! –resonaban las exclamaciones de entusiasmo.

Todos estaban agotados de tanto alboroto. Con las manos en los costados, cayéndose unos encima de los otros, se sentaron en el pórtico. Nadie había visto un espectáculo como aquél en muchos años.

–¡Magnífico, Akira! –exclamó con entusiasmo tía Hana.

–Yuuuuu... –resopló Akira. Aliviado, se arrojó sobre la nieve delante de todos.

En aquel momento se oyó un fuerte estrépito de alas que se movían.

El faisán se escapó de las manos de Akira y se levantó, con dificultad, en el aire.

–¡Mirad! ¡Se va! –resonó la voz de la madre como un trueno.

–¡No! –gritaron todos. En aquel preciso momento, un relámpago negro y silencioso saltó sobre el faisán.

Era Tom.

Tom saltó al aire. Más arriba todavía que el ave. Después se arrojó sobre el blanco de plumas. Los dos cayeron al suelo.

–¡Hurra! –exclamaron todos los presentes.

Las exclamaciones de aprobación eran diez veces más fuertes que antes. Pero esta vez, todo eran aplausos para Tom.

Arrastrando el faisán por la nieve, Tom marchó hacia la casa.

Después de la cena, al día siguiente, víspera de Navidad, todos se retiraron a sus escondites particulares y prepararon la presentación de los regalos.

Sólo tenían 15 minutos para hacerlo.

Transcurrido el tiempo, salieron todos, tratando de reprimir su júbilo y se reunieron alrededor de la mesa, cada uno con una serie de paquetes.

Primero tocó el turno a mamá.

Para tía Hana: un guante de lana para trabajar cuando hiciera frío. (El otro guante quedaría terminado dentro de uno o dos días; pensó que a tía Hana no le importaría.)

Para Akira: un chaleco acolchado. (Hecho con una cortina vieja. En la parte delantera sus iniciales, A. O., estaban bordadas en rojo, en bonitas mayúsculas.)

Para Toshi: un quimono. (Una pieza de exquisitos colores, hecha de retales de tela cosidos entre sí.)

La siguiente fue tía Hana.

Para mamá: ropa interior para esquiar. (Hecha con un antiguo jersey, garantizado contra el frío.)

Para Akira: tía Hana fue a la cocina y regresó con uno de los esquís. (Se los había prestado mucho antes, pero ahora confirmaba el regalo. Tenía que perdonar el que no le trajera los dos, pero eran demasiado largos.)

Para Toshi: ropa interior para esquiar. (Sentía mucho que los dos regalos de Toshi estuvieran hechos con retales, pero esperaba que esto no le importaría, porque hacía juego con la que había hecho para mamá.)

Le tocó el turno a Toshi.

Para la madre, tía Hana y Akira: un par de manguitos de tela, hechos a mano.

El último fue Akira. Hasta entonces había permanecido sentado, sonriendo bobamente cada vez que uno de los presentes le hacía un regalo. Pero ahora que le tocaba el turno, su expresión se volvió más sombría, porque sabía perfectamente que los demás ya conocían lo que les iba a regalar.

—Hum, yo... pues... —fue todo lo que pudo decir al principio. Pasaron apuros para conseguir sacarle algo más.

Finalmente se serenó, abrió el paquete que estaba junto a él y sacó una gran bandeja. En la bandeja había un manojo de plumas de faisán atadas con cintas.

—Hum..., bueno, la carne del faisán nos la comimos ayer para cenar, y la debemos tener todavía en el estómago, pero esto es para todos, con muchos besos de Tom y míos.

Los otros tres aplaudieron frenéticamente.

Llegó el último de todos los regalos. *"De todos, con muchos besos, para Tom"*. Era un collar nuevo, muy bonito, fabricado con un antiguo collar de muñeca. Cuando Tos-

hi lo puso alrededor del cuello de Tom, éste, que dormía en el regazo de Akira, abrió los ojos soñolientamente.

–¿Qué es todo este jaleo? –pareció preguntar. Al momento, se volvió a doblar sobre sí mismo, y se durmió.

El abad y el cocinero

España

por Juan de Timoneda, adaptado por E. T.
Ilustraciones de Juan Serrabona

Un abad muy bueno y muy honrado gobernaba un monasterio de monjes que repartían su tiempo entre la oración y el trabajo. El monasterio era muy grande. Tenía huertos y una biblioteca, una iglesia y una cocina. En la cocina trabajaba un muchacho muy despabilado que los monjes ha-

bían recogido en los alrededores del convento muchos años atrás, casi recién nacido, creyendo que era hijo perdido de algunos pobres mendigos o titiriteros, y así lo criaron y le enseñaron el oficio de cocinero.

El monasterio era muy rico y unos señores envidiosos fueron a ver al superior de la orden y le contaron chismes e historias, diciendo que el abad se había vuelto muy ignorante y bobo e incapaz de gobernar el convento, para que le quitara de su cargo y entregara el abadiado a un amigo de ellos, con más méritos, según aseguraban esos enredadores.

El superior llamó al abad y le dijo:

–Reverendo padre: ciertas personas me han informado

que no sois tan sabio como conviene, y que vuestra bondad es sólo debilidad de carácter. Para acallar a esos informadores y tranquilizar mi conciencia os quiero hacer tres preguntas. Si me dais buenas respuestas, consideraré mentirosas a las personas que han hablado mal de vos y os confirmaré para toda vuestra vida en el abadiado. Si no respondéis bien, dejaréis el puesto a un nuevo abad.

–Haré lo que pueda –respondió el abad con la cabeza baja–. ¿Cuáles son las preguntas?

–La primera es que me digáis cuánto valgo; la segunda, que dónde está el medio del mundo; y la tercera es que adivinéis en qué estoy pensando. Y para que no penséis que os quiero apremiar a que me contestéis de improviso, andad que os doy un mes de tiempo para pensar en ello.

Vuelto el abad a su monasterio, por más que miró sus libros y diversos autores, no halló para las tres preguntas respuesta que fuese suficiente.

Pasaban los días y el abad iba por el monasterio tan triste que hasta el cocinero notó su preocupación y le preguntó:

–¿Qué es lo que tiene, señor?

El abad pensó que el cocinero era muy joven y contestó que no le pasaba nada. Pero el muchacho insistió:

–No deje de decírmelo, señor, porque a veces las piedras chicas suelen mover las grandes carretas, o sea, que aunque sea chico quizá pueda ayudarle, y bien que me gustaría hacerlo.

Tanto se lo suplicó que el abad se lo hubo de decir y el cocinero, conocida la causa del mal, habló así:

–Señor, prestadme vuestras ropas, pegadme unas barbas postizas a la cara y, como le semejo algún tanto y con el estirón que he dado le llego casi a los hombros, nadie se dará cuenta del engaño, sobre todo si pensáis que vuestro superior no os ha visto más de un par de veces, y que para divertirme yo he aprendido a imitar vuestros gestos y pa-

SGRABBIA

labras. Iré de noche a ver al superior y prometo sacaros del apuro, a fe de quien soy.

Se lo concedió el abad, porque no tenía otra salida, y vistióse nuestro cocinero sus ropas, y con un monje detrás, como si fuera su criado, con toda la ceremonia que convenía vino en presencia del superior.

–¿Qué hay de nuevo, abad?

–Vengo a responder a vuestras tres preguntas –dijo el cocinero sin levantar los ojos del suelo.

–Adelante.

–Primero me preguntó que cuánto valía vuestra reverencia, y yo digo que vale veintinueve dineros porque Cristo valió treinta y nosotros valemos menos que Él. Lo segundo, que el medio del mundo está donde tiene vuestra reverencia los pies, porque el mundo es redondo como una bola y cualquier sitio que queramos es el medio de él, y esto no se puede negar. Lo tercero es que diga qué es lo que piensa vuestra reverencia, y es que cree hablar con el abad y está hablando con su cocinero.

Admirado el superior, dijo:

–¿Es eso verdad?

–Sí, señor –respondió el muchacho sacándose el disfraz–, que soy su cocinero, que para preguntas tan sencillas era yo suficiente y no mi señor el abad. Le debo a mi señor muchos favores. Su bondad es inmensa; me recogió y me crió siendo niño y ha hecho de mí un buen cocinero, y con este servicio le demostraré mi gratitud.

Viendo el superior la osadía y viveza del cocinero, no sólo confirmó al abad en su abadía para todos los días de su vida, sino que hizo infinitas mercedes al cocinero.

La huida de casa

Nigeria

por Kola Onadipe
Ilustraciones de Bruce Onobrakpeya

Siempre he tenido miedo al agua. Cuando mis amigos iban a nadar, yo permanecía alejado porque mi madre me había hecho prometer que nunca nadaría, y yo he mantenido muy bien esta promesa.

Aquel día, después de haber pasado un largo rato en la ribera tratando en vano de atrapar algún pez, mis amigos se quitaron la ropa y se zambulleron en el agua. Yo me quedé en la orilla, mirándolos. Se burlaron de mí y me llamaron "el hijito de mamá". Estuve tentado de saltar al agua para demostrarles que no era tan tonto como ellos creían.

Estaba mirando atentamente a la corriente cuando uno de los niños, que se había arrastrado sigilosamente detrás de mí, me dio un empujón. Caí pesadamente en el agua. Yo estaba vestido, y si hubiera sabido nadar, la ropa me hubiera impedido hacerlo. Pero no sabía nadar. Cuando traté de gritar, un sorbo de agua entró en mi boca.

Me hundía y todo quedó a oscuras. Algo me empujó hacia arriba y volví a ver la luz del sol. Entonces oí a los chicos que se reían de mí.

Otra vez me fui hacia abajo. Me di cuenta de que iba a ahogarme y que aquellos traviesos muchachos seguirían riéndose de mí hasta que muriera. En aquel momento me acordé de mis padres y mi hermana, y me puse triste.

Llorarían mi muerte. También sentí tristeza por mí mismo. ¡Iba a morir muy joven! ¿Qué quedaría de mis ambiciones después de convertirme en pasto de los peces? Recordé las cosas que siempre me habían gustado y las eché de menos. Probablemente mi padre pensaría que me estaba bien empleado porque siempre hacía lo que no debía. Me maldije a mí mismo por escaparme de casa y, de haber podido, hubiera llorado.

Una mano me agarró entonces por la cintura y traté de sujetarme fuerte a ella. Pero me di cuenta de que intentaba salvarme y me controlé. Cuando me sacaron, estaba terriblemente exhausto. Me quedé muy quieto y ni siquiera pude pensar en pelear con los muchachos que estaban aún en el agua, burlándose de mí. Algunos querían dejarme más rato en el agua, para que tragara más y así me curara del miedo. El chico que me empujó me dijo que debía ir a casa y decírselo a mi madre. Me esforcé por enfadarme, pero fue inútil. Estaba cansado, sin fuerzas, y además contento de haberme salvado y de estar sano y salvo otra vez.

Cuando recuperé las fuerzas y me sentí otra vez con ánimo, decidí dar una lección a aquellos chicos. Mientras aún jugaban en el agua, cogí sus ropas de la orilla y me fui con ellas hasta el final del torrente. Sabía que no se atreverían a nadar hasta allí porque incluso los hombres temen aquella parte de la corriente. Arrojé todos los vestidos al agua y los vi flotar y alejarse. Llamé después a los chicos para que vieran cómo las ropas iban alejándose llevadas por la corriente.

Corrí hacia casa. Llegué y me senté. Mi hermana llamó a mi madre para que viera mis ropas mojadas. Mamá dijo que estaba segura de que me había bañado porque tenía los ojos de color rojo. Antes de ir a casa me había frotado barro en la cara, cuello, brazos y piernas, y no parecían muy limpios. Pero no pude hacer nada por los ojos.

Los chicos, que no habían podido recoger sus ropas,

llegaron al poblado casi desnudos. Estaban furiosos y se dirigieron a mi casa. Los vi venir y corrí a ocultarme. Cuando llegaron, hicieron tanto ruido, contando lo ocurrido a mi madre, que mi padre se despertó. Yo no sabía que estaba en casa. Oyó lo que contaron los muchachos y luego me llamó. Salí de mi escondite y vi que tenía un bastón en la mano. Llegué hasta la puerta y salté, desapareciendo en el bosque.

Sabía que escapando no había hecho más que empeorar las cosas. En realidad había marchado sin reflexionar y en cuanto llegué al bosque, me arrepentí. Pero no había forma de volver. Me sentí muy solo y quería regresar a casa, pero temía lo que mi padre pudiera hacerme. Sabía que iba a llegar la noche, y me preguntaba dónde dormiría. Me adentré más en el bosque. Cogí fruta, mucha fruta, pero no la necesitaba. No tenía hambre, y cuando tuve sed, la calmé comiendo una manzana.

Cuando ya hubo casi anochecido, volví a la parte trasera de nuestra casa, en el pueblo. Estaba muy cerca de casa, tanto que podía oír a mi madre que se inquietaba por mí. Ella pensaba que yo regresaría a casa antes del anochecer, pero ahora tenía miedo. Hablaba a mi padre, a mi hermana, hablaba consigo misma, preguntándose qué debía hacer. Yo lo sentía por ella y deseé mucho poder salir de mi escondite. Pero oí que mi padre decía que iba a darme una lección que no la olvidaría en la vida, y no me atreví a salir.

Más tarde, vi a mi madre que con una lámpara de arcilla y en compañía de mi hermana salía de la casa. Adiviné que iban a casa de mis amigos para saber si estaba con ellos. Cuando regresó sin saber nada de mí, estaba muy preocupada temiendo que me hubiera ocurrido algo. Salió después por el pueblo, gritando mi nombre, pidiendo que volviera. Yo lo sentía por ella. Las lágrimas se agolpaban en mis ojos. Ya cansada de gritar, mi madre entró en la casa. Yo sabía que ella no iba a pegar ojo en toda la noche.

Ya no se oía ningún ruido en el pueblo. Reinaba un completo silencio. Yo no podía quedarme en la espesura, porque tenía miedo de los animales salvajes, serpientes y toda clase de peligros. Salí de la espesura, pensando pasar la noche en el cobertizo donde mi madre guardaba la harina, pero me encontré con que estaba encharcado. Alguien había roto la tinaja de agua.

Fui después a casa de un amigo y llamé en la ventana. La voz del padre preguntó:

—¿Quién hay ahí?

Salí corriendo y otra vez más me encontré en el bosque, temblando de miedo.

Tuve una nueva idea. Cerca de una casa, en las afueras del poblado, había una gran tinaja de arcilla. Estaba vacía

y tenía una tapadera. La quité y me senté cómodamente dentro. Volví a colocar la tapadera dejando un espacio para que entrara el aire. Pronto perdí la noción del tiempo y me quedé dormido.

De repente, noté que me estaban echando agua encima. Me levanté gritando. Alguien me estaba vertiendo un jarro de agua. Al verme, comenzó a chillar y salió corriendo. Era una mujer. Iba pidiendo auxilio. Entonces lo entendí todo.

La mujer se había levantado a primeras horas de la mañana para ir a la ribera, a buscar agua. Las mujeres del poblado suelen hacer esto los días de mercado, para poder hacer los trabajos caseros después. La mujer había echado el agua en la tinaja donde yo estaba durmiendo. No esperaba encontrar a nadie en el interior. Por esto, cuando me oyó gritar se asustó mucho y salió corriendo y gritando.

Yo me desperté completamente mojado, salté del depósito, y traté de huir. Pero una mano me agarró. Me iba a atizar unos golpes, cuando se dio cuenta de que yo era un niño. Yo le grité que me dejara; le dije mi nombre y le expliqué lo que había pasado.

Me arrastró hasta la casa de mi padre, y llamó. Cuando se abrió la puerta, me empujó adentro y se marchó. Yo estaba calado, temblando de frío y de miedo. Mi madre se llenó de júbilo al verme y creo que mi padre mostró síntomas de alivio. Incluso mi hermana se levantó corriendo, interrumpiendo su sueño. Me abrazó. Las lágrimas brotaban de sus ojos. Por una vez, éramos amigos.

Nils Karlson, el enanito

Suecia

por Astrid Lindgren

Ilustraciones de Ilon Wikland

Bertil estaba de pie, mirando por la ventana. Empezaba a hacerse de noche.

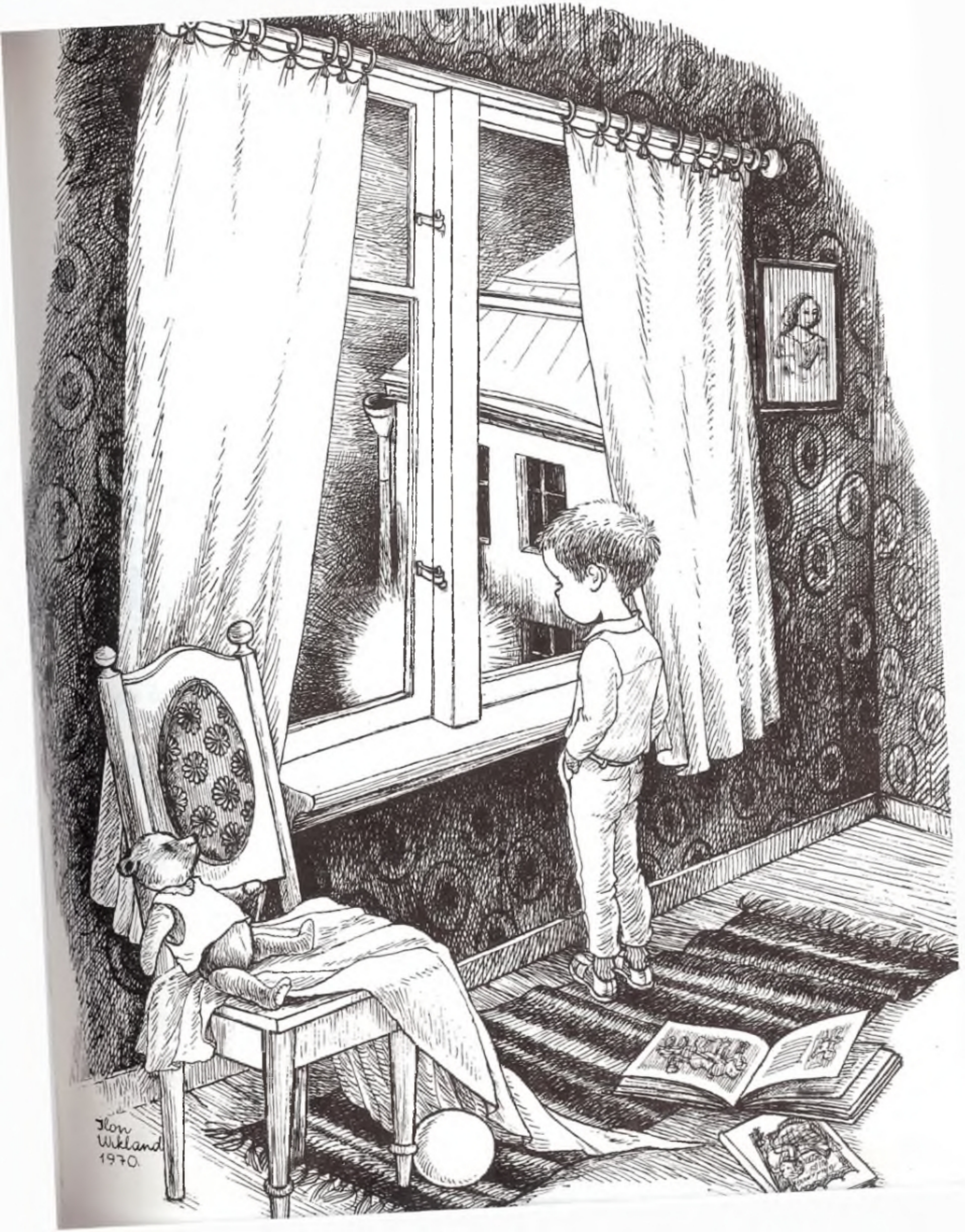
Fuera había una niebla fría y desagradable. Estaba esperando que su papá y mamá regresaran a casa. Llevaba tanto tiempo aguardando que ya se impacientaba por su ausencia. Miraba por la ventana, atento a la luz del farol, junto al cual pasaban siempre sus padres.

Todos los días, papá y mamá iban a la fábrica. Bertil quedaba solo en el piso. Mamá dejaba comida en la mesa para que Bertil comiera cuando tuviera hambre. Pero no era divertido comer solo. Sí, era muy aburrido estar todo el día solo, sin nadie con quien hablar.

¡Si por lo menos el tiempo no pasara tan despacio! No sabía qué hacer. Ya hacía tiempo que se había cansado de los juguetes nuevos. Había mirado los dibujos de todos los libros de la casa. Todavía no sabía leer. Sólo tenía seis años.

Hacía frío en la habitación. Por la mañana papá había encendido el fuego de la chimenea, pero ahora, por la tarde, todo el calor se había ya esfumado.

Bertil tenía frío. Estaba anocheciendo, pero pensó que era inútil encender la luz. No había nada que pudiera hacer. Era todo tan triste que decidió tumbarse en la cama para


Ilon
Wikland
1970.

pensar. No siempre había estado solo. Antes tenía a su hermanita Marta. Pero un día volvió enferma del colegio. Estuvo en cama una semana. Después, murió. Lloraba al pensar en ella y en lo solo que ahora estaba.

Fue entonces cuando oyó unos débiles pasitos bajo la cama.

–¿Estará este sitio encantado? –se preguntó Bertil.

Se inclinó sobre el borde de la cama. Allí, debajo de la cama, había un niño, un niño como todos, pero tan pequeño como el dedo pulgar.

–Hola –dijo el enanito.

–Hola –dijo Bertil, un poco avergonzado.

–¿Qué tal? –continuó el pequeño.

Ninguno dijo nada durante un rato.

–¿Quién eres? –preguntó Bertil–. ¿Qué haces debajo de mi cama?

–Me llamo Nils Karlsson, el enano. Vivo aquí. Bueno, no debajo de tu cama exactamente, sino un poquito más abajo. Mira, allí, en el rincón, está la entrada de mi casa –dijo señalando una ratonera.

–¿Hace mucho tiempo que vives aquí? –preguntó entonces Bertil.

–No, sólo unos días. Antes vivía en las raíces de un árbol, en el parque. Pero, cuando nieva, uno se harta de vivir al aire libre y quiere regresar a la ciudad. Tuve suerte al encontrar esta habitación. Es de un ratón que se ha trasladado a casa de su hermana, en Södertälje. Por cierto, cada vez es más difícil encontrar un buen apartamento.

Sí, Bertil también lo había oído comentar.

–Alquilé la habitación sin muebles. Es lo mejor. Sobre todo si tienes muebles propios –explicó el enanito.

–¿Los tienes? –preguntó Bertil.

–No, éste es el problema, no los tengo –dijo el enano, preocupado–. Brrrr, hace frío en mi cuarto, pero aquí arriba hace frío también –dijo estremeciéndose.

–Tienes razón –dijo Bertil–. Estoy a punto de quedarme helado.

–Tengo chimenea, pero no tengo leña –dijo el enano–. La madera está muy cara hoy en día. El pequeño enano dio unos saltitos tratando de entrar en calor.

–¿Qué haces durante el día? –dijo mirando a Bertil.

–Bueno, no gran cosa –dijo Bertil.

–Yo tampoco. Es muy aburrido estar solo, ¿verdad?

–Muy aburrido –afirmó Bertil con una expresión de tristeza en los ojos.

–¿Quieres venir a mi casa un rato? –preguntó ansiosamente el enanito.

–¿Crees que me puedo meter en este agujero? –dijo Bertil riendo.

–Es la cosa más fácil del mundo –explicó el enano–. No tienes más que tocar este clavo cerca del agujero y decir *killevipen*. Entonces, te harás tan pequeño como yo.

–¿Estás seguro? –preguntó Bertil–. ¿Y podré hacerme grande otra vez cuando vuelvan papá y mamá?

–Claro. No tienes más que tocar el clavo y decir *killevipen* otra vez –explicó el enanito.

–Qué raro... ¿Puedes tú hacerte grande como yo? –preguntó Bertil.

–No..., desgraciadamente no puedo. Pero sería divertido que vinieras a mi casita un rato –dijo el enano.

–Muy bien –dijo Bertil. Se metió debajo de la cama, puso el dedo en el clavo y dijo *killevipen*. ¡Fantástico! Allí estaba, delante de la entrada de la ratonera, tan pequeño como un enano.

–Como te dije, me llamo Nils –dijo el enano, tendiéndole la mano–. Ven, vamos a mi hogar.

Bertil sintió que estaba ocurriendo algo extraordinario. Estaba ansioso por entrar en el negro agujero.

–Cuidado con los escalones al bajar. La baranda está rota en un sitio –dijo Nils.

Bertil bajó con cautela por la escalerita de piedra. ¡Figuraos! No sabía que había una escalera allí. Llegaron delante de la puerta.

–Espera, encenderé la luz –dijo Nils. Abrió la puerta y dio la luz.

–Todo está muy destartalado.

Bertil paseó la mirada por la desnuda habitación. Había una ventana y una pequeña chimenea en un rincón.

–Sí, podría ser más confortable –admitió.

–¿Dónde duermes por la noche?

–En el suelo –dijo Nils.

–Vaya... ¿no está frío? –preguntó Bertil.

–Ya lo creo que sí. ¡Está tan frío que tengo que levantarme y correr un poco cada hora para no helarme!

Bertil sintió pena por Nils. Él por lo menos no sentía frío por la noche. De pronto tuvo una idea.

–¡Qué estúpido soy! –dijo–. Puedo darte madera.

–¿Crees de verdad que puedes dármela? –preguntó ansiosamente Nils cogiendo el brazo de Bertil.

–¡Claro que sí! Lo malo es que no me dejan encender cerillas –dijo poniéndose triste.

–Esto no importa. Si tú consigues madera, yo la enciendo.

Bertil subió corriendo las escaleras. Tocó el clavo y... se había olvidado de lo que tenía que decir.

–¿Qué tengo que decir? –dijo Nils.

–¿Cómo? *Killevipen,* clarc –dijo Nils.

–Cómo, *killevipen,* claro –repitió Bertil tocando el clavo. Nada ocurrió.

–Hombre, sólo tienes que decir *killevipen* –dijo Nils desde abajo.

–Sólo *killevipen* –repitió Bertil. Tampoco ocurrió nada esta vez.

–¡Por Dios! –gritó Nils–. No debes decir más que *killevipen.*

Finalmente, Bertil entendió. Dijo *killevipen* y creció a su estatura normal.

Fue todo tan rápido que se golpeó la cabeza con el borde de la cama. Se arrastró debajo de ésta y salió corriendo hacia la cocina. Allí encontró gran cantidad de cerillas usadas. Las rompió en pedacitos y las amontonó al lado del agujero de la ratonera. Se hizo otra vez pequeño y llamó a Nils, pidiendo ayuda. Ahora que era pequeño, no tenía fuerza para llevar los trocitos de cerillas.

Nils llegó corriendo y los dos llevaron la "leña" escaleras abajo, a la habitación, junto al fuego. Nils era tan feliz, que saltaba de júbilo.

—Buena madera —dijo—. De veras que es buena.

Llenó la chimenea y apiló el resto en un rincón.

—Ahora voy a enseñarte algo —dijo. Se sentó en cuclillas delante de la chimenea y sopló. Inmediatamente, los trocitos de cerillas comenzaron a chispear y a arder.

—¡Qué práctico! Así debes ahorrar muchos fósforos —dijo Bertil.

—Ya lo creo —dijo Nils.

—Qué fuego tan bonito. Bonito de verdad. No había entrado en calor desde el verano pasado —dijo Nils.

Se sentaron en el suelo, delante de las llamas chispeantes, y extendieron sus manos heladas hacia el agradable hogar.

—Nos sobra mucha madera —dijo Nils feliz.

—Y cuando se termine, podemos tener la que queramos —dijo Bertil sonriendo.

—Esta noche no tendré tanto frío —dijo Nils.

—¿Qué comes tú? —preguntó Bertil poco después.

Nils se ruborizó.

—Bueno, un poco de todo —dijo vacilando—. Todo lo que encuentro.

—¿Qué has comido hoy?

—Hoy..., hoy no he comido nada; por lo menos que yo recuerde.

–Debes tener un hambre espantosa –exclamó Bertil.

–Sí. Un hambre terrible –dijo Nils.

–¿Por qué no me lo has dicho, tonto? Voy a buscar algo que comer ahora mismo.

Bertil estaba ya a mitad de las escaleras. Rápidamente dijo *killevipen*. Corrió a la despensa. Cogió un poquito de queso, un pedacito de pan sobre el que puso un poco de mantequilla, una albóndiga y dos granos de uva. Apiló la comida cerca del agujero, se hizo otra vez pequeño y llamó a Nils para que le ayudara a bajar la comida.

No había por qué gritar, porque Nils estaba allí, esperándole. Lo llevaron todo abajo. Los ojos de Nils brillaban como estrellas. La albóndiga era casi tan grande como él. Comenzaron a comerla, cada uno por un lado, para ver quién llegaba antes al centro. Fue Nils quien ganó.

Nils quería guardar el queso.

–Cada mes tengo que darle un trozo de queso a la rata, como alquiler. De lo contrario, me deshaucia.

–Ya nos ocuparemos de esto –dijo Bertil–. Vamos, cómete el queso.

Cada uno mordisqueó un grano de uva. Nils dijo que iba a dejar la mitad de la uva para el día siguiente.

–Así tendré algo que comer cuando me levante –dijo–. Voy a estirarme delante del fuego –continuó.

De pronto Bertil exclamó:

–¡Claro! Se me ha ocurrido algo maravilloso.

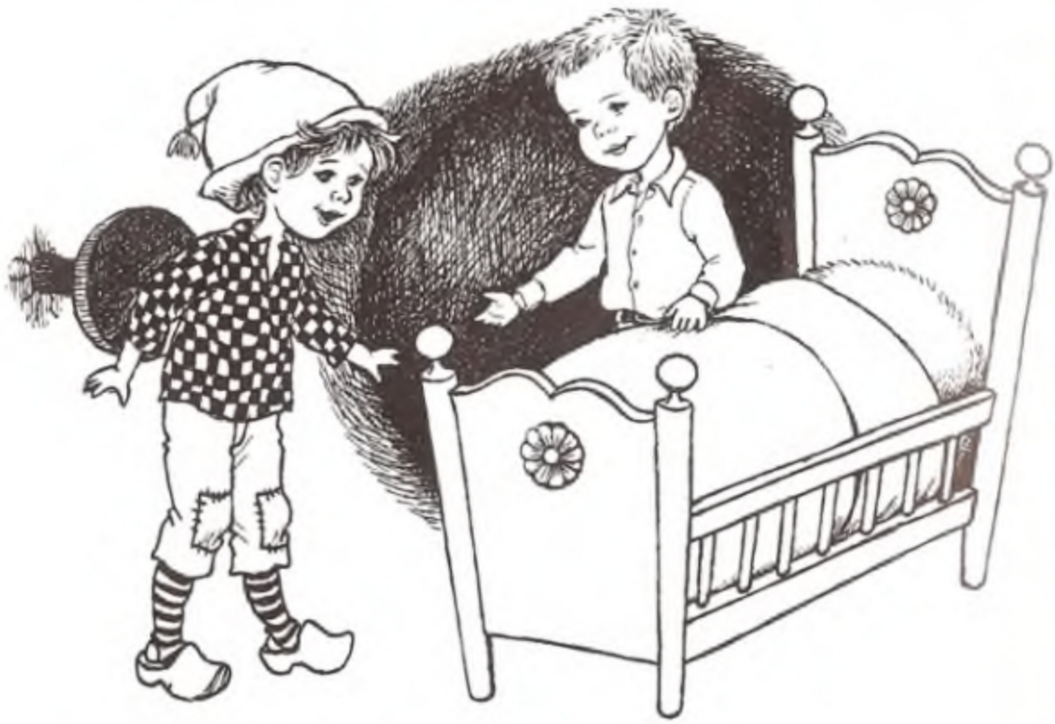
Desapareció escaleras arriba como un rayo.

Transcurrió algún tiempo. Después, Nils oyó a Bertil que le llamaba.

–¡Ven, ayúdame a llevar la cama!

Nils corrió escaleras arriba. Allí estaba Bertil, con la más bonita camita blanca imaginable. La había cogido de la vieja casa de muñecas de Marta. La muñequita dormía en la camita, pero Nils no necesitaba nada más.

–Te he traído un trozo de algodón para que duermas



sobre él y un pedazo de franela que mamá usa para remendar los pijamas. Puede servirte de manta.

–¡Oh...! –exclamó Nils, sin que pudiera decir nada más. Al cabo de un rato, dijo:

–Nunca he dormido en una cama. Me gustaría mucho irme a la cama ahora mismo.

–Claro, ¿por qué no? –dijo Bertil–. Mamá y papá llegarán de un momento a otro. Tengo que dejarte de todos modos.

Nils se desnudó rápidamente, corrió a la cama, se hundió en el algodón y se tapó con la manta de franela hasta las orejas.

–¡Oh! Estoy tan bien, y tan caliente. Y tengo tanto sueño...

–Buenas noches, mañana volveré –dijo Bertil.

Nils ni le oyó. Se durmió enseguida.

Al día siguiente, Bertil esperó impaciente que sus padres se marcharan. Normalmente Bertil se quedaba en el vestíbulo y decía adiós con cara triste. Pero no ocurrió así aquel día. Tan pronto como se cerró la puerta, se arrastró debajo de la cama y se fue abajo, con Nils. El enanito ya se había levantado y había encendido fuego en la chimenea.

–No te importa, ¿verdad? –preguntó.

–¡Claro que no! Puedes hacer tú mismo todo el fuego que quieras.

Después miró la habitación y dijo: –Nils, siéntate allí al lado de la escalera y tendrás una sorpresa. Tápate los ojos. ¡No mires!

Nils se tapó los ojos. Oyó que Bertil hacía mucho ruido en las escaleras.

–Ahora ya puedes mirar –dijo Bertil.

Cuando Nils abrió los ojos vio delante suyo una mesa, un armario rinconero, dos sillones y dos taburetes de madera.

–Pero... Yo nunca lo hubiera soñado... ¿Eres un mago?

No, claro que Bertil no era un mago. Todos aquellos objetos pertenecían a la casa de muñecas de su hermana. También había traído una alfombra. Primero extendieron la alfombra. Cubría casi todo el suelo.

–¡Qué cómodo parece todo! –exclamó Nils.

Y mejoró incluso cuando colocaron el armario en el rincón, la mesa en el centro, con los dos sillones y los dos taburetes frente al fuego.

–Imagínate, alguien que puede vivir de este modo, así, tan elegante –dijo Nils casi con reverencia.

Bertil también pensaba que aquello era elegante. Más elegante que su propia casa, allá arriba. Se sentaron en los sillones y se pusieron a hablar.

–¿Por qué no tomamos un baño? –sugirió Bertil.

Cogió un plato de mermelada y lo llenó de agua, limpia y caliente. Dos trocitos de toalla vieja servirían para secarse. Rápidamente se quitaron las ropas y saltaron ambos a la bañera.

Fue maravilloso.

–Ráscame la espalda, por favor –dijo Nils.

Bertil así lo hizo. Luego fue Nils el que rascó la espalda de Bertil.

Se echaron después agua el uno al otro. Se envolvieron en las toallas y se sentaron en los taburetes, frente al fuego, charla que te charla. Bertil fue arriba a buscar un poco de azúcar y una manzana que asaron al fuego.

Bertil se acordó de repente que mamá y papá regresarían pronto. Se apresuró a ponerse la ropa. Nils también hizo lo mismo.

–¿Por qué no subes conmigo? –dijo Bertil–. Te puedes esconder en el bolsillo de mi camisa, para que papá y mamá no te vean.

–Es una buena idea. Estaré más quieto que una rata –dijo Nils.

–Pero ¿qué es esto? Tienes el cabello mojado, Bertil –dijo mamá cuando la familia se sentó a cenar.

–Sí, he tomado un baño –respondió Bertil.

–¿Un baño? ¿Dónde te has bañado?

–Aquí –dijo Bertil señalando el plato de mermelada.

Papá y mamá pensaron que estaba bromeando.

–Qué divertido ver al niño otra vez de buen humor –dijo papá.

–Sí, pobrecito –dijo mamá–. Siento mucho que tenga que quedarse solo en casa todo el día.

Bertil notó que algo se movía dentro de la camisa. Algo cálido. Algo muy cálido.

–No te preocupes, mamá –dijo Bertil–, porque me divierto mucho cuando estoy solo.

Entonces, puso el dedo dentro del bolsillo de la camisa y acarició suavemente a Nils Karlsson, el enano.

Crucita y su alcancía

México

por Aurora R.G. de Braniff
Ilustraciones de Leticia Tarrago

Escondido entre la sierra, como queriendo por timidez ocultar su natural belleza, se encuentra San Luisito, barrio de la antigua ciudad de Guanajuato, donde desde hace años se ha venido practicando el arte de la alfarería.

Fue en este barrio donde nació Crucita, la más pequeña de la numerosa familia de Martiniano Torres, alfarero de oficio, hombre rudo de aparente mal carácter debido tal vez a su reciente viudez.

Por entonces Crucita tenía como seis años. No se podía decir que era bonita, pero sí una criatura muy graciosa, figurita netamente mexicana como sacada de un fresco de Rivera, de tez morena clara, pelo negro azabache, inmensos y risueños ojos negros ribeteados de magníficas pestañas. Su carácter era dulce y, como toda artista, Crucita era soñadora.

Vivía feliz en aquel rinconcito del mundo donde había nacido, y al recorrer sus retorcidas callejuelas se extasiaba mirando aquellos talleres familiares donde padre e hijos trabajaban el barro con sus manos.

¡Cómo admiraba la maestría de aquellas gentes! —Qué imaginación —pensaba para sí Crucita.

Toño, su hermanito, dos años mayor que ella, era el

reverso de Crucita; alegre, juguetón y de tal modo travieso que en el barrio le dieron el mote de "El Chamuco".

Pasados los nueve días de luto por la muerte de su esposa, habiendo ya rezado el novenario de rosarios, Martiniano reunió a sus ocho hijos para organizar nuevamente su vida pidiéndoles a cada uno su cooperación. Rosa, la mayor, se ofrece a ser ama de casa y cuidar a Toño y a Crucita, diciendo: –¡Tengo tantas ganas de ser su mamá!

Cada uno asume una responsabilidad. Menos Toño, que sólo piensa en jugar.

Una vez que está solo, el padre da rienda suelta a su tristeza. La escena lo ha dejado conmovido. Se siente solo en medio de sus hijos; está cansado y más que nunca tendrá que trabajar. Tiene que ser duro con sus hijos cuando quisiera derramar ternura; está feliz de tener una familia tan unida, y al mismo tiempo llora.

De pronto se sorprende al oír la voz de Crucita, que nadie había tomado en cuenta, y que ahora le pregunta:

–¿Por qué está triste, papacito?

–No estoy triste, mi hijita; lloro de alegría.

Pensativa y moviendo la cabeza, la niña contesta:

–La gente grande dice muchos disparates. ¿Cómo puede uno llorar si está contento? Y cambiando de tema le pregunta:

–¿Por qué no me deja trabajar? Yo quiero ser artista como mis hermanos y usted, quiero aprender a hacer figuras muy bonitas de barro.

Su padre cariñosamente le dice:

–Eres muy pequeña; primero tendrás que ir a la escuela; por ahora, a jugar.

Esa noche, acurrucada junto a Rosa, Crucita sueña despierta con sus grandes proyectos de llegar a ser famosa como artista de la alfarería.

La niña se duerme al fin recordando que mañana tendrá que madrugar, pues Toño quiere darle una sorpresa.

Sin hacer el menor ruido, Crucita se levanta al oír las seis campanadas del reloj y sale a encontrar a Toño en el sitio indicado.

Éste, como de costumbre sucio y mal fajado, la recibe diciendo:

–Tenías que ser mujer. Nunca estáis a tiempo.

–No te enojes, hermano. Pero dime, ¿cuál es la sorpresa que querías darme?

–Anoche fui a ver a doña Chole.

–¡Santo Cielo! ¿De verdad estuviste con la bruja?

–No seas tonta, que no hay brujas. Es cierto que está vieja y es muy fea. Cállate ahora y deja de hablar. Me contó que en la mina abandonada hace ya muchos años, su marido, que era pagador, murió en aquel accidente que nos cuenta papá, donde muchos mineros se quedaron enterrados al haber un derrumbe, y naturalmente todo el dinero

de la raya se quedó enterrado allí. Imagínate, dice doña Chole, que eran cajas y cajas de monedas de oro, pues entonces no había dinero de papel. Por las noches, cuando nadie la ve, va a la mina a cavar, y ya me dijo exactamente el lugar.

–¿Y qué vamos a hacer nosotros?

–Vamos a sacar el dinero tú y yo, a no ser que tengas miedo.

Indignada, la niña le responde:

–Soy valiente y contigo iré a donde quieras.

Empezaba a llover muy menudito, pero decididos emprenden el camino hacia la mina.

Resbalando aquí y allá, cayendo algunas veces, caminaron casi dos horas hasta llegar al oscuro túnel, entrada de la mina.

Los dos están temblando. Toño dice:

–"Manita", estás temblando; ¿quieres regresar?

–No, hermanito, no tengo miedo, tengo frío.

Una parvada de murciélagos les da la bienvenida, y Toño, al oír a su hermana gritar, ordena: –¡Pecho a tierra!

El túnel por momentos se oscurece, las telarañas se les pegan a la cara, hay chillidos de insectos, aleteos de bichos asquerosos, el techo gotea agua muy fría; de repente se topan con una pared. Toño enciende la lámpara y se da cuenta que hay muchos túneles y no saben cuál tomar, y sin darse cuenta cada vez se adentran más en aquel horrendo laberinto. De pronto un aire helado hace que se apague la lámpara, cae Toño y se da cuenta que el agua ya les llega a las rodillas. Por fin, cansados, helados hasta el hueso, se sientan en unas piedras a llorar. Están perdidos.

En casa de Martiniano, Rosa nota la ausencia de los niños. Alarmada avisa a su papá; éste los busca por todas partes.

La noticia vuela en un instante. Los vecinos se aprestan a ayudar.

Alguien los vio salir hacia la mina abandonada. Otros vieron a Toño la noche anterior con doña Chole.

Francisco, el mayor de los hermanos, va a hablar con la anciana y le aclara la verdad. Padre, vecinos y hermanos salen a buscar, armados de linternas, picos, palas y cuerdas.

Después de agotadora búsqueda, los encuentran al fin, en estado lamentable, enlodados de pies a cabeza, temblando de nervios y de frío. En brazos los sacan de allí.

Pasado el susto, el pobre Toño se resigna a aguantar como los hombres la merecida tunda que le dan sus hermanos por su brillante idea.

Al día siguiente Crucita estuvo muy callada, le dolía el cuerpo, sentía que la cabeza le estallaba.

Al no probar bocado en todo el día, Rosa le pregunta:

–¿Qué tienes, Crucita? ¿Te sientes mal? Si estás triste por Toño, no te aflijas; ya se le olvidó. Ya ves, él mismo dice que mientras papá le está regañando, él se pone a pensar en otra cosa.

–No es nada, Rosa; lo que tengo es que todavía estoy asustada.

Rosa la toma en sus brazos y al besarle la frente nota que está ardiendo la criatura.

Asustada corre a pedir auxilio a los vecinos. En un momento la casa está llena de gente, sugiriendo distintos males y ofreciendo remedios caseros. La pobre niña tiene que tomarse varios bebistrajos espantosos que no hacen efecto, por supuesto.

Por momentos la fiebre aumenta. Los dolores son cada vez más fuertes.

–Rosá –grita la niña–, no me puedo mover; las piernas las tengo como muertas. ¿Me voy a morir? No tengo miedo. Tú dices que los niños, si se mueren y son buenos, se van derecho al cielo, pero yo prefiero quedarme aquí. Yo quiero ayudar a papá; es por eso que fuimos a la mina en busca del tesoro.

Rosa no sabe qué decir y en silencio eleva una oración: "Señor, no te puedes llevar a mi hermanita. Tú tienes muchos angelitos junto a ti. ¿No nos puedes dejar este que tanta falta hace?"

Casi a media noche llega Martiniano con el doctor. La familia rodea la cama de la enferma; todos lloran e imploran a Dios a su manera. Toño, arrepentido y espantado, le promete al Señor que en adelante será bueno si alivia a su hermanita.

El médico examina a Crucita con mucho cuidado y suspirando dice:

–La niña está muy grave; hay que llevarla al hospital de Guanajuato de inmediato; es una enfermedad muy contagiosa llamada poliomielitis.

Por muchas semanas, Crucita sigue entre la vida y la muerte hasta que al fin una mañana el doctor, con cara de alegría, le dice a la familia: –Tengo buenas noticias; el peligro pasó; pronto tendrán a Crucita en casa otra vez; sus ganas de vivir la salvaron.

–¡Bendito Dios! –exclama Martiniano; y un suspiro de alivio de todos se hace oír.

Rosa, temerosa, pregunta: –¿Quedará bien?

El médico titubea y dice: –Bueno, sus piernas están paralizadas, sus manos aún están muy torpes. Pero ustedes tendrán que ayudarla; ya dije que el valor de la chica es admirable y quiere a toda costa quedar bien. Nada de caras tristes; todo en esta casa tendrá que ser normal; su actitud deberá ser como que aquí no ha pasado nada.

Pasados unos días, llega por fin el día tan esperado. La casa relumbra de limpieza.

Llega la hora indicada y el médico baja de su coche con Crucita en brazos. Todos están conmovidos, Crucita también.

Llueven los comentarios y Crucita contesta a todas sus preguntas, y viendo a Toño apenado le dice:

–Toñito, no te vayas a reír de mí, pero en el hospital de verdad tuve miedo.

Con lágrimas en los ojos el niño le responde haciéndose el valiente:

–Claro, hermana, es que yo no estaba allí.

Esto rompe la tensión y todos ríen.

Crucita le pregunta al doctor: –¿Dónde está mi sillita de ruedas? Quiero que todos vean cómo la manejo.

Toño observa cómo gira la niña en todas direcciones y no pudiendo callar más le dice: –¿Me la vas a prestar de vez en cuando?

Los días que siguen son difíciles para todos. Crucita trata de no ser una carga para nadie; con gran esfuerzo trata de vestirse sola, se hace sus trenzas aunque no muy bien hechas. No permite que Rosa le haga nada.

En San Luisito la gente se admiraba de ver a la niña recorrer sus calles en su silla de ruedas, siempre amable y sonriente, y con el mismo interés que tenía antes para todo lo que fuera alfarería.

Su padre, a ruegos de Crucita, pacientemente la enseña a trabajar el barro; día tras día ensaya hacer juguetes.

Algunos días se sentía triste; se le antojaba ser como era antes, poder correr, brincar como los demás niños; extrañaba sus aventuras con Toñito, y por las noches, cuando nadie la veía, se ponía a llorar.

Muchos meses pasaron así, sin fallar ni un solo día en su trabajo; y cada día, aunque lentamente, progresaba; sus manos se hacían cada día más hábiles.

Un día despierta decidida y dice para sí: –Hoy voy a hacer un cochinito de barro. Todo el día trabajó; no le gustaba lo que hacía, pero volvía de nuevo a comenzar. Por fin, ya casi para cerrar el taller, lo dio por terminado; le pareció tan bien que les grita a sus hermanos: –Muchachos, vengan a ver, ya terminé mi obra.

Éstos voltean y sin decir palabra, de reojo, se miran

uno a otro: –¿Qué, no les gustó? –reclama la chiquilla–. Claro que todavía no lo decoro. Cuando esté terminado me dirán la verdad.

Un hermano se atreve a preguntar: –¿Qué es, Crucita? Nunca he visto esa figura. ¿Es animal o juguete raro?

–¿No lo ves, tonto? Es un puerquito que va a ser una alcancía. Y diciendo esto, llama a su papá y le pregunta:

–¿Qué opina de su hijita? ¿No es un genio?

Martiniano tiene que pensar aprisa antes de contestar:

–Me parece muy original.

Crucita mira a sus hermanos desafiante: –¿Se lo dije? Si papá lo aprueba, señal que no está mal.

Al día siguiente, Crucita esperaba la tarde para terminar su cochinito. Por las mañanas, desde hacía tiempo, estaba ensayando a caminar. Era un secreto, ni siquiera Toño lo sabía. Había encontrado en las excursiones que hacía en su silla de ruedas un lugar ideal para aprender nuevamente a caminar. Era una vereda solitaria sembrada a ambos lados de eucaliptos; éstos hacen las veces de barrotes para apoyarse en ellos y le sirven de metas, además. Ya puede caminar un trecho largo, no a la perfección, claro, pero es un adelanto prodigioso; esto la tiene fascinada, pensando que será una sorpresa que le dará a su familia en Navidad.

La tarde llega al fin. Crucita con cariño va en busca del cochinito y con maestría empieza a decorarlo. Le pinta el fondo blanco; su trompa, lo mismo que sus orejas gachas, las pinta coloradas, y en la frente dos rayas negras que le dan una expresión de preocupado; sus ojitos, dos puntos negros y brillantes; su pancita la adorna con una flor roja y hojas doradas.

Para su gusto quedó divino su puerquito y persignándolo lo mete al horno.

Al verlo salir ya bien cocido, Crucita lo contempla y exclama complacida:

–De verdad he logrado una obra maestra.

La familia se reúne en torno del cochino; nadie comenta. Crucita está tan feliz que no se da cuenta del silencio, y sonriendo orgullosa le dice al papá: –Va usted a ver, papacito, cuando lo lleve al mercado se va a vender como pan caliente y le harán muchos pedidos.

Su padre, receloso, le sugiere: –¿No será mejor que se quede el cochinito en casa? Después de todo es tu primer trabajo; lo puedes guardar como un recuerdo.

Crucita no puede creer lo que está oyendo, e incrédula replica la chamaca: –No me diga, por favor, que no le gusta; a mí me parece tan bonito.

–Eso creo yo también –sale Toño en defensa de su

hermana–. La alcancía de Crucita es superior a todo lo que he visto. Desde hace años, en los puestos siempre hay lo mismo; ya es hora de que alguien cambie un poco.

Enfurecido, el niño les reprocha: –Ustedes se creen todos muy artistas, pero nunca he visto que hagan algo novedoso.

El labio inferior de la niña está temblando, y un puchero se dibuja en su carita. Baja la cabeza para ocultar su pena, toma su alcancía con ternura, la coloca junto a ella en su silla de ruedas y lentamente se dirige a casa.

Todos quedan apenados, se sienten criminales. ¿Cómo han podido lastimar así a Crucita?

–Mi hijita, espera –le dice cariñoso Martiniano–. Ven conmigo a platicar un rato.

La chica en silencio lo obedece.

–Creo que me entendiste mal. Tu cochinito sí me gusta; pensé por un momento que quizá debemos esperar a tener más experiencia, pero Toño tiene razón, mañana lo llevaremos al mercado a vender. Tú irás conmigo.

Sentada en su silla de ruedas, vestida con sus mejores galas, sus trenzas atadas con listones rojos, la niña espera en el mercado. Cada persona que se acerca al puesto hace que su corazón lata más fuerte y en silencio ruega: –Que se fijen en mi alcancía, Señor, que sí les guste.

Después de un largo rato, un grupo de señores bien vestidos se detienen ante el puesto. Examinan cosa por cosa. Por fin, una señora se fija en la alcancía y pregunta.

–Y éste, ¿cuánto vale?

Martiniano le pone un valor que es elevado. Nadie protesta. Otro pregunta: –¿Y por docena? Háganos un buen precio, somos comerciantes de la Capital y vamos a querer muchas docenas.

Martiniano arregla todos los detalles y con una suma por adelantado cierra el trato. Luego les dice: –Señor, ahora quiero que conozcan a la artista que hizo esta alcancía.

Todos se quedan asombrados al ver una artista tan chiquita, la felicitan, le hacen cariños y le piden se deje retratar. Ella, feliz, accede a todo.

Al día siguiente toda la familia se pone a trabajar. Crucita se siente orgullosa al ver que sus hermanos la consultan. Ella aprueba o reprueba según su parecer.

Semanas más tarde de haber enviado el pedido, el cartero trae una carta para Martiniano. Éste, visiblemente emocionado, llama a la familia: –¿Qué creen, muchachos? Nuestra Crucita ha triunfado. Su alcancía ha tenido un éxito grande; piden que les mandemos más puerquitos, y piden permiso para hacer carteles como anuncio, que los mandarán por todo el mundo. Claro está, por esto pagarán mucho dinero.

Hay gritos de alegría; todos besan y abrazan a su hermana.

Crucita está aturdida, siente demasiadas emociones a la vez. Es feliz al ver que sus sueños se han logrado, y al mismo tiempo siente que su corazón le va a estallar. En medio de esta confusión de sentimientos, no pudiendo resistir más, se levanta y con pasitos torpes, vacilantes, se acerca poco a poco a su papá. Nadie se atreve a pronunciar palabra. Inmóviles como estatuas están todos al ver aquel milagro ante sus ojos.

Al llegar junto a su padre, los dos se abrazan sollozando sin poderse contener.

El padre, tratando de controlar sus sentimientos, entre risas y lágrimas pregunta: –Hijita, ¿qué tienes, por qué lloras así?

Ella responde: –Lloro de alegría como tú me enseñaste, papá. Yo ya soy grande.

Kveta, mi hermanita

Checoslovaquia

por Vaclav Ctvrtek

Ilustraciones de Vladimir Fuka Hervert

Yo soy Martín. Milan es amigo mío y Kveta es mi hermanita. Milan vino a visitarnos un día después de comer. Llevaba un vestido nuevo y traía la caja del violín.

–Martín, vamos a pescar –dijo Milan.

–No puedo –repliqué–. Tengo clase esta tarde.

Milan puso el violín en una silla.

–Yo tampoco puedo. Tengo que tocar el violín esta tarde en el baile de la escuela.

Kveta estaba escuchando. Era muy pequeña para ir a la escuela, pero ya sabía lo que pasaba allá.

–Me alegro de que no podáis ir porque tampoco me llevaríais con vosotros –dijo ella.

Después se olvidó por completo de nosotros y salió a jugar con su osito.

–En mi escuela no comenzamos hasta las dos –le musité a Milan.

–El baile empieza a la misma hora –respondió mi amigo en voz baja.

Tomé mi cartera y Milan su violín. Y cuando Kveta no miraba, salimos corriendo de la casa y nos fuimos al río, a toda marcha.

Yo tenía un escondite entre los álamos, donde guardaba mi caña de pescar.

En cuanto llegamos, saqué la caña de pescar y dejé mi cartera. Martín dejó el violín junto a mi cartera y nos fuimos a pescar.

Yo fui el primero en pescar algo. Después Milan pescó otro pez. Al poco rato conseguí otro. Era una trucha arco iris. La mayor que había visto en mi vida. Completamente dorada y plateada, con aletas que parecían pintadas de rojo.

Milan tenía envidia. Decía que no era más que una carpa común.

–Es una trucha arco iris –insistí.

–No, es una carpa –replicó él.

Discutimos y discutimos hasta que nos cansamos. Después hicimos un pozo en la arena, la pusimos allí para guardarla, y nos fuimos a buscar una persona mayor que aclarara nuestra discusión. Corrimos río arriba y río abajo, sin encontrar a nadie. Pero ocurrió algo mucho peor. Cuando llegamos al pozo que habíamos hecho, la trucha ya no estaba en él.

–Quizá saltó otra vez al río –dijo Milan.

Pensé replicarle que ni una trucha arco iris ni una carpa pueden saltar tanto, pero me di cuenta de que mi reloj de pulsera indicaba que faltaban cinco minutos para las dos menos cuarto. Milan corrió hacia nuestro escondite, tomó la caja del violín y salió pitando hacia la escuela.

Yo cogí mi cartera y estaba dispuesto a irme también cuando me di cuenta de que había un montón de hierba recién arrancada. Fui allá, y en el fondo de la hierba encontré el violín de Milan, con escamas de pez pegadas en él por todas partes.

Después, Milan me contó lo que había ocurrido: "Cuando llegué a la escuela eran las dos menos diez. Todos me preguntaron por qué había corrido y me dijeron que afinara el violín.

"Me dieron una toalla para secarme el sudor y después me dijeron que me peinara un poco. Me dejaron un peine y así lo hice.

"Otra vez volvieron a decir que me diera prisa y que preparara mi violín. En aquel momento llegaste corriendo hasta la ventana y empezaste a gritar algo. Uno de los maestros abrió la ventana y te preguntó qué querías. Tú, con mi violín en la mano, seguiste chillando, mirándome.

"–¡Tienes un pez aquí, tienes un pez aquí! –gritaste

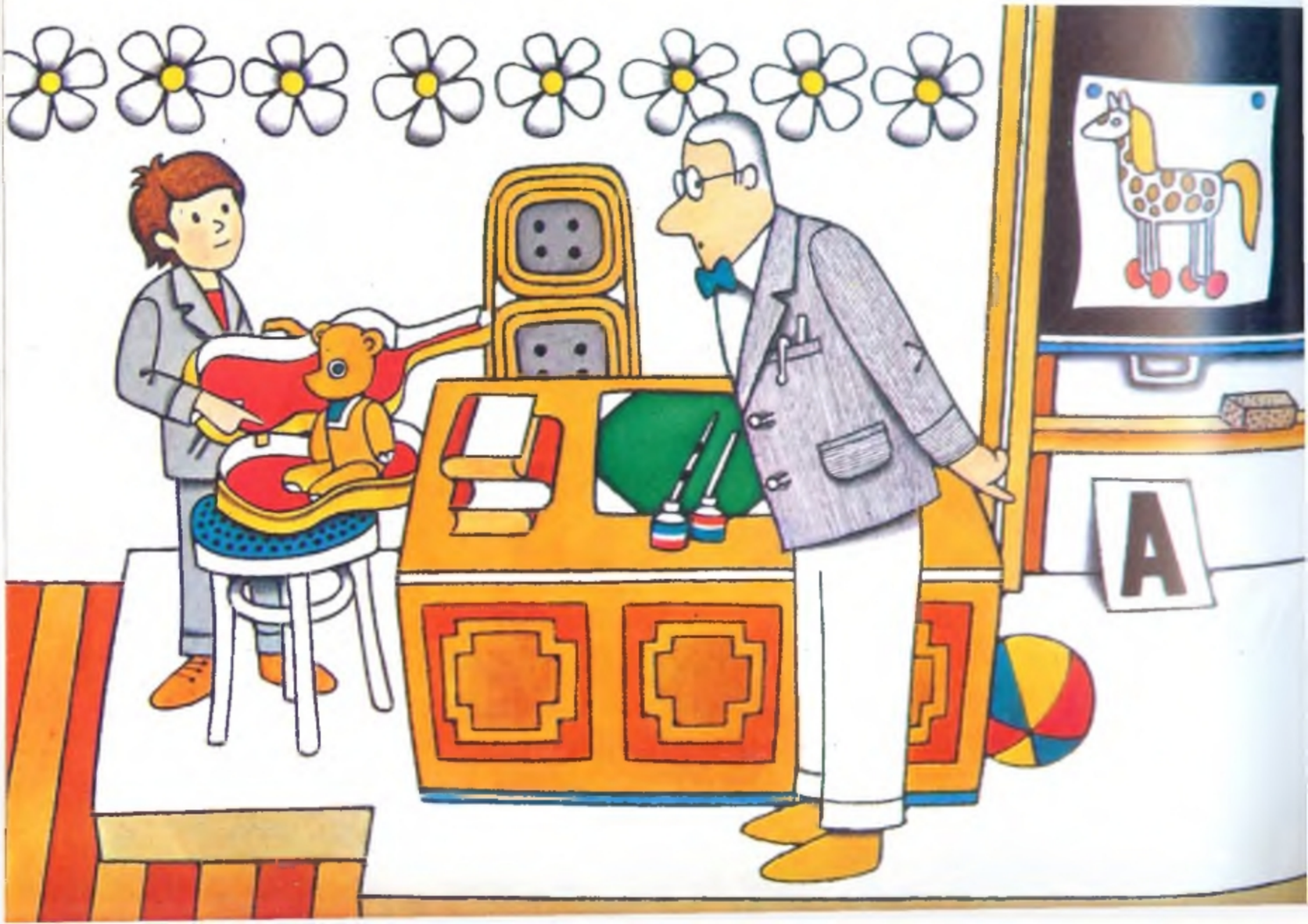
"Entonces abrí la caja del violín y saqué el osito que chilla cuando se le mueve la cabeza.

"Todo el mundo se rió. Salí a coger mi violín, pero ya habías marchado y el violín estaba en la puerta."

Más tarde, le dije a Milan: "Yo estaba seguro de que había un pez dentro de la caja, porque cuando encontré el violín en la hierba, había escamas de pez en él, y mi pez había desaparecido.

"Corrí detrás de ti todo lo que pude, para decirte lo que había ocurrido y avisarte de que no abrieras la caja del violín.

"Pero cuando llegué a tu escuela, eran ya las dos menos cinco y sólo tuve tiempo de gritarte algo del pez, dejarte el violín en la puerta y salir corriendo. Porque yo tam-



bién llegaba tarde a la escuela.

"En cuanto me senté en el pupitre, el profesor nos dijo que sacáramos los libros y empezáramos a leer. Comencé a abrir mi cartera, pero entonces, dudé en poner la mano allí.

"–Vamos, saca el libro –dijo el maestro.

"–No puedo, tengo un pez en la cartera –repliqué.

"El maestro me dijo que dejara de hacer el tonto.

"Yo le dije que, como había un oso de juguete en el estuche del violín en vez de un violín, ¿dónde podría estar el pez más que en mi cartera?

"El maestro puso la mano dentro de mi cartera y sacó un libro. Lo volvió a meter y dijo: –Alguien se llevó a Martín y dejó aquí un pedrusco en su lugar."

Después de analizar ambas historias, dije a Milan: –Lo del osito debe haber sido cosa de Kveta. No va a la escuela todavía, pero sabe cómo hacer una mala faena. Nos debe haber seguido secretamente y preparado todo lo del violín y el osito.

Milan dijo:

–Lo del pez debió también ser cosa suya. Mientras discutíamos, apostaría a que volvió a arrojar el pez al agua.

–¿Qué pez? –pregunté.

–La carpa –dijo Milan.

–Quieres decir la trucha arco iris –dije yo.

–Cuidado, Kveta está escuchando –me advirtió Milan.

No dijo nada más.

Yo tampoco.

México

Tía, voy a ver si puedo saber al fin lo que es miedo

por Antoniorrobles

Ilustraciones de Antonio Munill

Pues, señor, doña Ensalada del Bote estaba de guardesa en una lejana hacienda con bosques, en la cual todos los ruidos misteriosos sonaban a izquierdas y derechas, y como doña Ensalada del Bote se quedase viuda y tuviera miedo de vivir sola, escribió a su hermana una carta para que le enviase a uno de sus hijos.

Efectivamente, a media noche llamaron a la puerta de su cabaña: ¡Toc, toc!

—¿Quién llama? —preguntó la miedosa doña Ensalada.

—Soy su sobrino Quique Risafuerte.

—¿Y cómo vienes tan de noche?

—¿Y qué más da de día que de noche? —preguntó el muchacho, que sólo contaba once años.

Le abrió su tía, se abrazaron, y le instaló en un rincón, sobre un colchón de paja.

Con la presencia de Quique Risafuerte, doña Ensalada del Bote tenía menos miedo. Pero en una noche de invierno en que la tía y el sobrino estaban junto al fuego, un viento tempestuoso se desencadenó e hizo que los árboles aullasen como fieras doloridas y las doloridas fieras aullasen entre los árboles; por lo cual, la puerta se abrió de pronto con el huracán, armando gran estrépito.

Quique Risafuerte soltó la carcajada como si aquello hubiese sido una gracia; pero su tía le dijo:

–¡Corre a cerrarla, que tengo un miedo horrible!

–¿Miedo? –repitió el muchacho–. ¿Qué es eso? ¿A qué se parece el miedo?

–Pues hijo, yo no sé explicártelo. Hasta que no se siente, no se sabe lo que es.

–¡Ah!, pues yo tengo que ir a buscarle –exclamó el niño–. Mañana saldré de aquí muy temprano; haré que venga con usted otro de mis hermanos, y luego iré a recorrer el mundo, hasta que me encuentre al fin con el miedo.

Hizo lo prometido. Salió antes del amanecer, consiguió que su hermano mayor viniese a la cabaña de su tía, y él siguió andando, andando, hasta que, ya de noche, vio una fogata en lo alto de una lejana colina.

–Iré hacia allá –se dijo–, que quizá el miedo esté allí.

Una hora después, estaba en la cumbre, en la cual una banda de seis ladrones se calentaba junto a la hoguera.

–Buenas noches –les dijo–. Aquí sí que se está bien. Lejos de la hoguera hace mucho frío.

El capitán, que no tenía más que un diente para toda la boca, le preguntó extrañado:

–¿Cómo te atreves a venir hasta aquí, si aun los mismísimos pájaros nos tienen miedo?

–¿Ha dicho usted miedo? –preguntó Quique soltando la carcajada–. Pues eso es lo que yo ando buscando: el miedo; que no lo encuentro por ninguna parte.

–¡Pero si nosotros somos el miedo mismo! –exclamó el jefe–. Las gentes nos temen, porque somos capaces de las más terribles fechorías.

–¡Bah!, ustedes se quieren burlar de mí. Yo aquí no tengo miedo –les contestó Quique Risafuerte.

Ellos se asombraron de sus palabras, y entonces uno le dijo:

–Si quieres pasar miedo, toma esta cazuela con sopas,

baja a un cementerio que hay allá donde se ve aquella luz triste; enciende lumbre junto a la tercera sepultura, y allí calientas las sopas y te las comes.

El niño bajó, hizo todo como le dijeron, y de debajo de aquella losa salió una mano de huesos.

–¿Qué deseas? –preguntó tranquilamente Quique.

–¡Las sopas, que me gustan mucho! –le contestó una voz lúgubre, extraña y subterránea.

–¡Quia! Éstas son para mí.

–Pero, ¿no te da miedo negármelas? –le preguntó la voz misteriosa.

–¿Miedo? No sé lo que es eso. Y la verdad es que los muertos no hacen nunca daño a nadie.

–Veo, niño, que tienes muchísima razón. Bueno, pues que te aprovechen, y que te diviertas, jovencito.

Y la losa se volvió a cerrar.

Quique Risafuerte regresó a donde estaban los seis bandidos para devolverles el cacharro.

–¿Diste al fin con el miedo? –le preguntó el capitán.

–No; allí no había más que una mano de esqueleto y una voz misteriosa; pero eso no creo que sea para dar miedo a nadie.

Los bandidos se quedaron espantados al oírle y le dejaron que se fuese, que siguiera su camino.

Por la mañana encontró en el campo a tres niñas de ocho, de siete y de seis años, llamadas Isabel, Isidra e Inés, que estaban llorando al lado de una laguna.

–¿Qué sucede? –preguntó él.

–¡Que se nos ha escapado el perrito por esta tabla, y nos da miedo ir a buscarle!

–¿Pero dónde está el miedo? –les preguntó Quique.

–Si vas por esa tabla, lo sentirás.

Había una tabla muy larga y muy estrecha que cruzaba la laguna, y al otro extremo estaba el perro, muy simpático y muy chiquito, que también lloraba porque, si se animó a pasar hacia allá, ahora tenía miedo de regresar hasta donde estaban las niñas.

Quique Risafuerte sintió un poco de angustia al comprender el problema sentimental de las niñas, y silbando una animada canción pasó por la tabla de extremo a extremo, agarró al perrito en sus brazos, y cruzando otra vez, regresó haciéndole caricias. Allí no estaba el miedo tampoco. ¡Y qué contentas se pusieron las niñas, y qué contento el animalito al estar de nuevo todos juntos!

Entonces Isabel se permitió preguntar a Quique:

–¿Y adónde vas por esta senda?

–Voy caminando por el mundo, en busca del miedo. No sé lo que es eso. Si un día lo encuentro, vendré a contártelo a ti y a tus hermanas, y así haré una visita a tan cariñoso perrito.

–Pues si vuelves –le dijo ella–, te daremos una merienda en mi casa, para agradecerte lo que hoy has hecho por nosotras.

Siguió caminando, caminando, y por la tarde entró Quique Risafuerte en una gran ciudad antigua, para él desconocida. En la plaza, que era grandísima, había una enorme multitud que se estrujaba y se empujaba violentamente, dando unas voces que a otro le hubieran aterrado. Sin embargo, el niño soltó una nueva carcajada, divirtiéndole aquel espectáculo.

Observó atentamente, a ver si averiguaba a qué se debía aquel tumulto, y se dio cuenta de que todos tenían la cabeza levantada mirando hacia lo alto, siguiendo con sus ojos los vuelos y revuelos de una paloma completamente blanca.

También él siguió con su vista al ave; la cual, después de muchas vueltas y revueltas por el cielo, pareció cansada y descendió con rapidez, posándose por casualidad en la mismísima cabeza de Quique Risafuerte.

Eso le produjo al muchacho una feliz alegría, y una vez más prorrumpió en carcajadas. Pero de pronto oyó que todas las gentes gritaban:

–¡Éste es el rey! ¡Ya tenemos rey! ¡Viva el rey!...

–¡Este joven será desde ahora el rey de nuestra nación! ¡Arriba el nuevo rey!...

El niño no entendía lo que pasaba, pero le divertían aquellas cosas tan extrañas. Mas llegó el alcalde, lleno de condecoraciones doradas, y le preguntó:

–¿Cómo os llamáis?

–Quique Risafuerte, para serviros, señor.

–Pues bien, nuestro rey ha fallecido hace tres días, y

en este reino se elige monarca soltando una paloma blanca, que al caer sobre la multitud designa cuál ha de ser nuestro soberano. Vos sois, pues, el elegido. ¡Viva Quique Primero! ¡Viva el rey!

—¡¡Vivaaaa!! —gritó la multitud.

Inmediatamente vino una carroza, y montando en ella, Quique Primero fue conducido a palacio y sentado en el trono real.

Cuando se calmó el entusiasmo popular, vinieron los ministros, uno por uno, y empezaron a hablarle de los asuntos del país: del peligro de una guerra con la república vecina; de la situación angustiosa de los obreros que no tenían trabajo, que andaban dando voces por la calle; de las carreteras que había que construir para que el reino prosperase; del poco dinero que había en los bancos; de un juez que había mandado soltar a unos ladrones porque le regalaron doce monedas de oro; de un choque de trenes con cuarenta heridos que acababa de ocurrir a quince kilómetros de la ciudad... y de otros mil asuntos de que tenía que ocuparse un buen rey, si quería de veras a su pueblo.

Cuando le dejaron solo para que descansase, ya no se reía. Comprendió que como rey, habían caído sobre él demasiadas responsabilidades, y sintió un extraño escalofrío que le subía por la espalda hasta la nuca y le producía ganas de llorar.

—Ya no me cabe duda —se dijo—: esto es el miedo... ¡El miedo!...

Entonces escribió en un papel unas líneas que decían: "Suelten otra paloma para que salga en busca de nuevo rey, porque yo tengo miedo".

Y quitándose la corona, salió de la ciudad disimuladamente, empezó a correr por un senderito, y no paró hasta llegar a la casa de Isabel, Isidra e Inés, que le dieron de merendar, sentándose los cinco a la mesa. Los cinco, porque también se sentó el perrito.

El regalo de Spiridoula

por Alki Goulimis
Ilustraciones de George Varlamos

Grecia

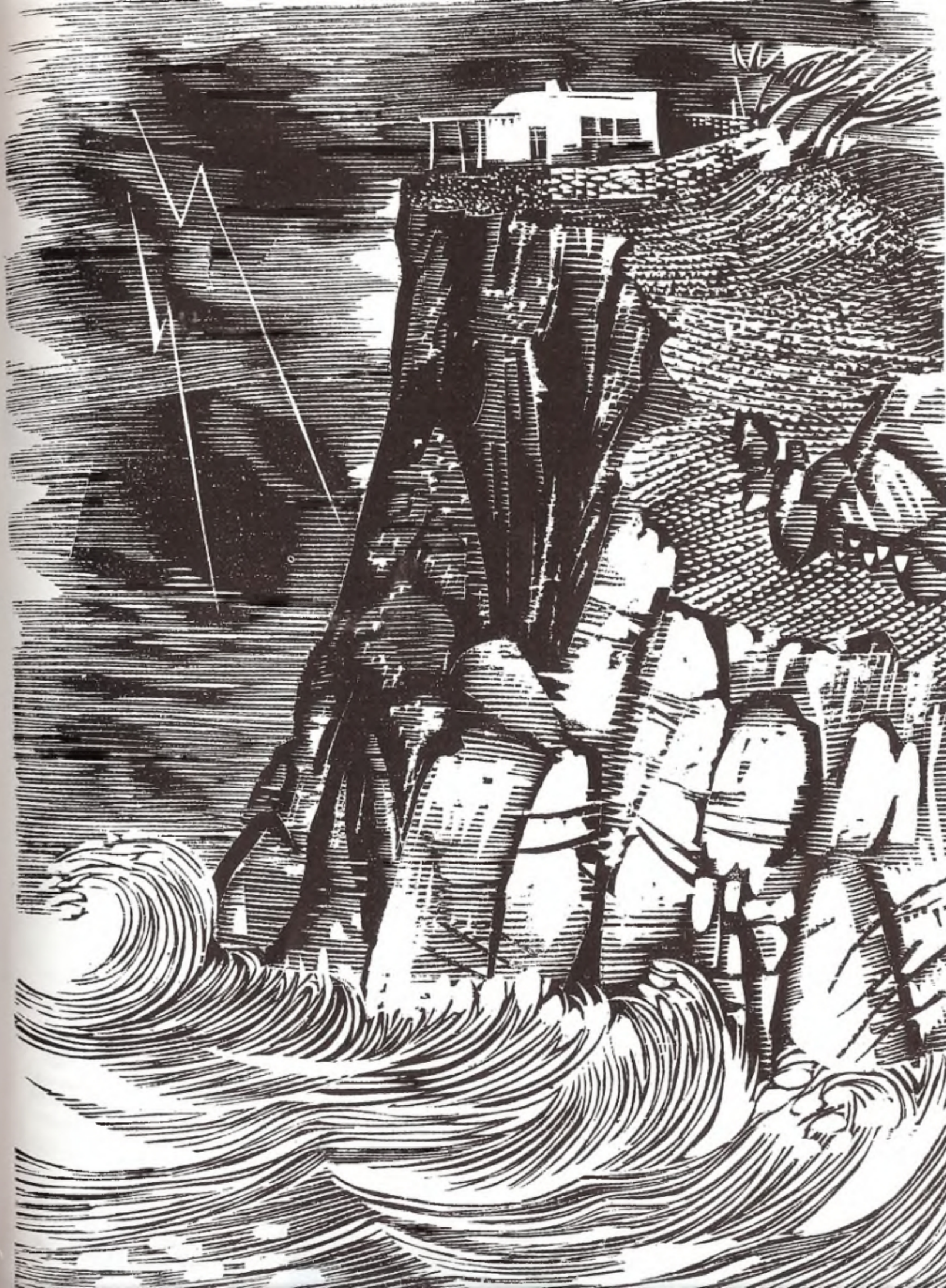
Las islas rocosas del mar Egeo forman parte de Grecia. Desde hace miles de años, los hombres que viven en estas islas se ganan la vida trabajando como pescadores o marinos.

En la isla soplaba un viento del norte tan frío que helaba el aliento. El mar tempestuoso arremetía contra los acantilados donde vivía Spiridoula, en una casita de piedra.

Dentro de la casita, unos gruesos troncos chisporroteaban juguetonamente en la chimenea, y una espléndida gallina se cocía en una olla. Cada vez que la madre de Spiridoula levantaba la tapadera para mirar la gallina que se cocía, la estancia se llenaba de un delicioso aroma.

Era la víspera de Navidad y la madre de Spiridoula preparaba la comida de Nochebuena. Había cubierto la mesa del comedor con un mantel nuevo de vistosos colores y había preparado un plato de *melomakarona*. Pero ni Spiridoula ni su madre parecían tener prisa por sentarse a la mesa.

Tras inspeccionar cada cinco minutos la gallina que se estaba cociendo, la madre iba a la ventana y miraba al exterior.



La naricilla de Spiridoula se pegaba contra la otra ventana. Una y otra vez su aliento empañaba el cristal y ella lo limpiaba con la mano.

–¿Cuándo crees que regresará papá? –preguntó Spiridoula.

–De un momento a otro –replicó la madre suspirando, mientras se inclinaba sobre la olla.

–¡No puedo esperar! ¡Tengo tantas ganas de ver la muñeca que me prometió! –continuó Spiridoula–. ¿Cómo crees que tendrá el pelo, rubio o moreno? ¿De qué color serán los ojos?

–No lo sé, querida. ¿No quedamos en que tendrías paciencia hasta que llegara tu padre?

–Sí, pero, ¿por qué se retrasa tanto?

–Porque hay una tempestad en el mar y es muy difícil llegar a nuestro pequeño puerto con el bote.

–¡Oh, mamá! ¿Quieres decir que a lo mejor papá no viene esta noche? ¡Quiero ver mi muñeca!

La madre no replicó. Spiridoula era demasiado joven para entender los peligros del mar en medio de una tormenta.

Su padre era capitán de barco y estaba mucho tiempo ausente. Pero escribía todas las semanas. Spiridoula esperaba impacientemente al cartero, bajaba corriendo la empinada cuesta para recibirle en cuanto le veía aproximarse. Su madre le esperaba ansiosamente en las escaleras. Cuando tenía la carta en sus manos, se quitaba una aguja del moño y con dedos temblorosos por la emoción abría la carta. La leía después en voz alta, lenta y cuidadosamente, línea por línea, mientras Spiridoula escuchaba muy atentamente.

Después de mencionar dónde estaba, qué hacía, que se encontraba bien y preguntar por la familia, el padre escribía sobre los países que visitaba. En cada carta repetía que no podía esperar más a llegar a casa para estar con su mujer y su hija. En su última carta añadió una página especial

para Spiridoula, en la cual le hablaba de la hermosa muñeca que había comprado para ella. La única condición era que se portara bien hasta Navidad, hasta que llevara la muñeca a casa.

Cuando la madre terminó de leer esta página, Spiridoula le pidió que la volviera a leer. Y así lo hizo la madre, una y otra vez, hasta que Spiridoula se la supo de memoria.

Nunca se cansaba de escuchar la carta. Lo hacía siempre con el mismo gusto, incluso después de oírla más de veinte veces. Y después venían las preguntas.

–Mamá, ¿cómo será la muñeca? ¿De qué color será el pelo? ¿Será corto, largo, liso, rizado? ¿Llevará un vestido de seda? ¿Llevará zapatitos blancos? No, quiero que lleve zapatos rojos y un precioso paraguas.

Preguntas y más preguntas, que recibían siempre la misma respuesta.

–Ten paciencia, espera sólo hasta Navidad y la verás por ti misma.

Finalmente llegó Navidad, pero no llegaba el barco del padre.

El mar se puso cada día más feo y tormentoso. El viento del norte se hizo más fuerte, como si fuera a arrastrar la casa hacia el mar. Después llegó la lluvia, mezclada con granizo que martilleaba las ventanas.

Los troncos se habían quemado totalmente, dejando sólo cenizas en el hogar. La gallina estaba ya preparada, pero ni Spiridoula ni su madre tenían hambre. Spiridoula estaba aún en la ventana mirando, vigilando, esperando.

Su madre se arrodilló frente al icono, iluminado con una vela, y rezó a la Virgen María para que su marido regresara a casa sano y salvo.

Más tarde unas lágrimas rodaron por sus mejillas al ver que la tormenta continuaba. Volvió a rezar con todas sus fuerzas y con toda su alma para que un milagro salvara a su marido en aquella noche santa.

En aquel momento, oyó un golpe débil en la puerta. Su corazón latió con más fuerza. Dio una vuelta a la llave y la puerta se abrió.

Allí estaba su marido, con los vestidos pegados al cuerpo, mojados y cubiertos de barro. Estaba tan cansado que a duras penas pudo arrastrarse a una silla cerca de la chimenea.

La madre pidió a Spiridoula que se apresurara a traer ropas secas para su padre. Después apiló troncos en la chimenea y volvió a encender fuego. Al cabo de un rato, cuando ya el padre se recuperó un poco, le explicó lo que había ocurrido. Su barco se encontró en medio de una gran tormenta y no pudo continuar el viaje. La tripulación tuvo que dejar el barco en la parte más alejada de la isla. Había hecho todo el camino a pie para evitar que su familia se preo-

cupara por él. En el camino, se había perdido y había caminado sin rumbo durante cuatro horas, con la lluvia y el barro.

Mientras le escuchaba, la madre de Spiridoula se santiguó muchas veces y dio gracias al cielo por haber ayudado a su marido a llegar a casa sano y salvo.

Spiridoula no dijo nada. Se limitaba a mirar a su padre, esperando ver la muñeca que había prometido llevarle a casa. Estaba tan ansiosa que no podía pensar en otra cosa. Había esperado tanto tiempo la muñeca, la hermosa muñeca con zapatos rojos.

De repente, como si hubiera leído el pensamiento de su hija, el padre la miró a los ojos y le dijo suavemente:

–Spiridoula, ven acá. Siento no haberte traído el regalo prometido. La muñeca se perdió en la tormenta. Pero la próxima vez que salga a la mar, te traeré otra muñeca mucho más bonita.

Spiridoula miró la cara de su padre. Sus ojos estaban tristes, aunque llenos de ternura y amor. Parecía tan cansado, tan envejecido. De pronto, la muñeca ya no le pareció tan importante.

Spiridoula saltó al regazo de su padre y le dijo:

–No te preocupes, papá. Soy muy feliz viendo que has vuelto sano y salvo a casa.

Sin decir palabra, el capitán besó tiernamente a su hija. Y Spiridoula pensó que acababa de recibir el mejor de los regalos en aquella noche santa.

La invitación a Jason

Estados Unidos

por E.L. Konigsbourg
Ilustraciones de Marc Simont

Cuando di la primera fiesta, yo tenía diez años. Toda una década. Y tuve que invitar a Jason.

Las mejores fiestas del barrio donde vivimos son aquellas en que uno se queda a dormir en casa del anfitrión. En la invitación, donde dice DESDE..., escribí: "Cena a las siete de la tarde, mayo 15." El 15 de mayo es mi cumpleaños. Donde dice HASTA... escribí: "Después del desayuno del 16 de mayo." Esto y el hecho que escribiera debajo que, por favor, se trajeran el saco de dormir, indicaba ya que se trataba de una fiesta en la que los invitados se quedarían a dormir. Había asistido a dos fiestas de este tipo desde que nos habíamos trasladado a vivir allí. Una de ellas fue la de Jason.

Mi madre comprobó las invitaciones. Cuando vio el DESDE y el HASTA, dijo que no sabía que una fiesta significara que una estaba condenada a cocinar y lavar platos. Mi madre suele ponerse sarcástica al menor detalle. Sabía que no me importaba que usáramos platos de papel. Se dio cuenta también que el nombre de Jason no figuraba en ninguna de las invitaciones. Además de la observación que hizo sobre la forma en que había abreviado Ohio *(Cleveland Oh,* había puesto yo), mamá dijo que si era ésta la forma en

que yo abreviaba Ohio, tenía que poner signo de exclamación en vez de punto final. Muy sarcástico, ¿verdad?

–Bueno, ¿dónde está la invitación de Jason? –preguntó.

–Tú me dijiste que sólo invitara a seis chicos, y Jason es el séptimo de la lista –le expliqué.

–Saca a otro –sugirió, de la misma forma que un árbitro *sugiere* a un futbolista salir del campo.

Suprimí a John Beecham; era el único de los que había invitado que no me gustaba del todo. Le había puesto en la lista, aunque él no me había invitado a su fiesta. A Dick le gustaba. Dick era el corredor más rápido del cuarto grado y el segundo del colegio. Si Dick no hubiera podido venir el 15 de mayo, yo hubiera cambiado la fecha de la fiesta. Ya había pensado en ello y decidí que tenía que invitar a John Beecham para dar a Dick un motivo más de que viniera.

–No creo que Jason pueda venir –dije a mamá–. Tiene dislexia.

–No es contagiosa –dijo mi madre–. Invítale –añadió.

Había olvidado que mamá sabía lo que era dislexia. Precisamente ella fue quien me explicó su significado. Mamá sabe mucho en cuestiones de educación. La dislexia tiene algo que ver con la educación, o por lo menos con la lectura. Si tienes dislexia, es como si tu cerebro fuera un aparato de TV estropeado: la imagen pasa muy bien por los cables, pero algunos tubos faltan o están donde no deben. Así que si pones un canal, sale el sonido de otro canal diferente. O faltan imágenes de la película, o están al revés, o cabeza abajo. Los niños con dislexia leen y escriben de forma muy graciosa.

Jason leía así en clase, hasta que descubrieron que tenía dislexia. Después ya no le hicieron leer en voz alta y le enviaron a la sección de Lectura Especial durante nuestra hora de lectura. También le mandaron allí durante la Educación Física. Y aquello no estaba bien; Jason llevaba el ba-

lón formidablemente. Pero su lectura era como la hora cómica. La señorita Carpenter no dejaba que nos riéramos. Cuando Jason salía a la pizarra para escribir algo, parecía como si escribiera de lado y empleaba cincuenta horas en hacerlo.

La madre de Jason, la señora Rabner, había dicho a mamá que el niño había mejorado mucho desde que iba a las clases especiales. Lo mejor de Jason era su madre. Ella hizo todo lo posible para darnos la bienvenida cuando mamá y yo nos trasladamos allí en septiembre. Pero ya habíamos cambiado muchas veces de barrio para saber que los primeros amigos no siempre son los mejores.

Rompí el sobre de John Beecham y envié el último a Jason Rabner. Las invitaciones venían en paquetes de ocho, pero yo había estropeado un sobre al escribir mal la palabra *boulevard*. Creí que deletreando todo en voz alta y escribiéndolo con tinta parecería más importante. Después de dos faltas, de las que sólo pude corregir una, escribí el resto con lápiz en vez de tinta y abrevié todo lo que pude, incluso *Ohio*.

Invitar a Jason fue un error. Incluso antes de comenzar la fiesta, porque llegó con quince minutos de adelanto. No me gustaba la idea de que todos llegaran y que Jason pareciera compañero mío, algo así como si fuera de la familia.

Mamá nos sirvió pollo frito. El único que tenía verdadera hambre era Jason. Repitió tres veces. Todos deseábamos comenzar la fiesta y sólo comimos dos platos, para terminar antes. Jason rebañó el plato y lo llevó donde estaba mamá. Ella dijo: —Gracias, Jason, eres un caballero—. Nadie quiso entender la indirecta. Yo miré a Dick, levanté todo lo que pude los ojos para que me viera sin que mamá entendiera el mensaje.

Cuando llegó el momento de soplar las velas, Jason cantó el *Cumpleaños feliz* con tal concentración que cuando llegó a *Cumpleaños feliz, querido Stanley* —Stanley soy yo—,

su *St...* mojó el helado y sólo comimos un pequeño bocado. Menos Jason, claro está, que comió toda su ración. Volví a cruzar mis ojos con los de Dick.

Cuando terminamos de comer comenzó la fiesta. Yo había ya abierto todos los regalos cuando llegaron, por lo que nadie se dio cuenta. No creo que esto sea de mala educación. Pero las chicas (sus madres) sí lo creen.

El primer juego fue un concurso de pintura para ver quién pintaba mejor. Dibujamos niñas. Niñas mayores. Hicimos circular los dibujos. Como yo era el que daba la fiesta, tuve que hacer de juez. Dick retuvo el dibujo de Jason un buen rato antes de pasármelo, para que yo juzgara. Había algo horripilante en él. Concedí el primer premio a Dick: su dibujo era limpio y decidí que la limpieza debía tenerse en cuenta. Rompimos los dibujos y los arrojamos al cubo de la basura.

Después nos sentamos en corro en el suelo y jugamos a cartas. Jason comenzó a hacer el idiota. Quería perder. Tiraba sus cartas diciendo cosas como "Por fin, creo que lo tengo." Sólo tenía una miserable pareja de cuatros. Después quiso tirar sus M y M. Esto era lo que nos estábamos jugando. Los pasteles en forma de M y M que mamá había puesto en las copas de la fiesta. Jason tenía sólo diez marrones y eran las que menos valían. Dick había comprado una roja por cinco marrones y una amarilla cuando mamá interrumpió el juego. Le dije que no jugábamos dinero. Sí, pero era *juego*. Tenía razón. También era desordenado. Alguien pisó mis ganancias.

–Es hora de ir a la cama –dijo ella.

Pusimos todos los muebles en el desván y extendimos los sacos de dormir. Era el momento de contar cuentos de fantasmas, pero la verdad es que nadie supo contar un cuento de miedo, es decir, contarlo bien al menos. Todos decían *uuu... iii...*, pero nada realmente terrorífico. Explicamos chistes llenos de palabras fuertes; conté uno que había oído

a mi padre. Todos se rieron. Me quedé descansado, porque si alguien me hubiera preguntado qué significaba, hubiera tenido que inventar. Pero, o no lo entendieron o nadie quiso hacerse el preguntón.

Mamá y papá venían por turnos a mandarnos callar y dormir. Jason fue el primero en hacerlo. Por lo menos no roncaba. Por la mañana, antes de que saliera el sol, todos estábamos ya dispuestos a desayunar.

Todo el mundo estaba mucho más dispuesto que mamá. Se puso un hermoso vestido y se maquilló muy bien, pero yo sabía lo que había debajo de esto.

Mamá nos preparó huevos con jamón, dos clases distintas de cereales y jugo de naranja. Dijo que cada uno tomara un plato y se sirviera. Casi nos quedamos sin jamón después de que Jason llenara su plato. Casi. Mamá dijo que

podíamos jugar en el jardín hasta que las madres vinieran a buscar a los niños.

Uno a uno se fueron marchando. Dos llamaron a su madre, recordándole que estaban allí. Jason, naturalmente, no llamó a su madre. La madre de Dick había telefoneado diciendo que llegaría tarde porque tenía hora en la peluquería, como todos los sábados. Dijo que lo recogería cuando volviera a casa, si esto no era molestia para nosotros. Yo recibí la llamada y le dije que estaba bien.

Pero ya iba siendo la hora de que la madre de Jason viniera, y así poder jugar un rato a solas con Dick. Imagino que ella no tendría demasiadas ganas de que él regresara. Tuve que ayudar a mamá a poner los muebles otra vez en su sitio; mientras, Dick y Jason miraban números atrasados de revistas.

Cuando terminé le pregunté a Jason si quería llamar a su madre. —Marcaré yo los números de teléfono —le sugerí. Jason no pareció entusiasmarse.

Cuando terminé de llamar, Jason y Dick estaban aún sentados. Jason tenía uno de los cartones en los que habíamos dibujado niñas la noche anterior. Estaba escribiendo algo cuando llegó su madre. Saqué su saco de dormir, y encontré a la señora Rabner a medio camino. Pensé que era mejor evitar que entrara, porque si lo hacía, tomaría café con mi madre y Jason se quedaría más rato.

Dick se despidió de Jason y le dijo que le había gustado hablar con él. Jason también se despidió y nos dio las gracias a mi madre y a mí. Por fin, se marchó. Le dije a Dick:

—Qué pesado es este Jason.

Así daba paso a que Dick continuara la crítica.

Dick dijo:

—Sabes, la dislexia hace que las cosas salgan de manera distinta. Yo le leí el cuento del astronauta y mira cómo lo escribió él.

Miré lo que Jason había escrito:

Migagon hacia abajo y desembargarong.
Todo pagecía muy bieng. Así que
todogs los hombregs...

–No sabe deletrear –dije yo.

Dick miró otra vez el párrafo.

–Su forma de escribir parece mejor que lo que escriben en las revistas sobre astronautas –comentó.

–Es una forma de ver las cosas –repliqué.

–Sí... –añadió Dick–. Y éste es el dibujo que le pedí que hiciera. ¿No te parece que es así cómo deberían ser los dibujos de la Luna?

–Quizá –dije–, pero te aseguro que no lo colgarán en ningún museo.

–No en un museo *terrestre* –explicó Dick.

Cuando la madre de Dick fue a buscarle, yo estaba harto de fiesta. Mamá me hizo cargar los envases vacíos en un carrito.

–¿No estás contento, después de todo, de haber invitado a Jason? –me preguntó.

Yo le contesté:

–¡NO!

Era lo mismo que hubiera dicho antes de la fiesta. Sólo que las razones hubieran sido distintas.

La habitación de cristal

Australia

por Ivan Southall
Ilustraciones de Edward Greenwood

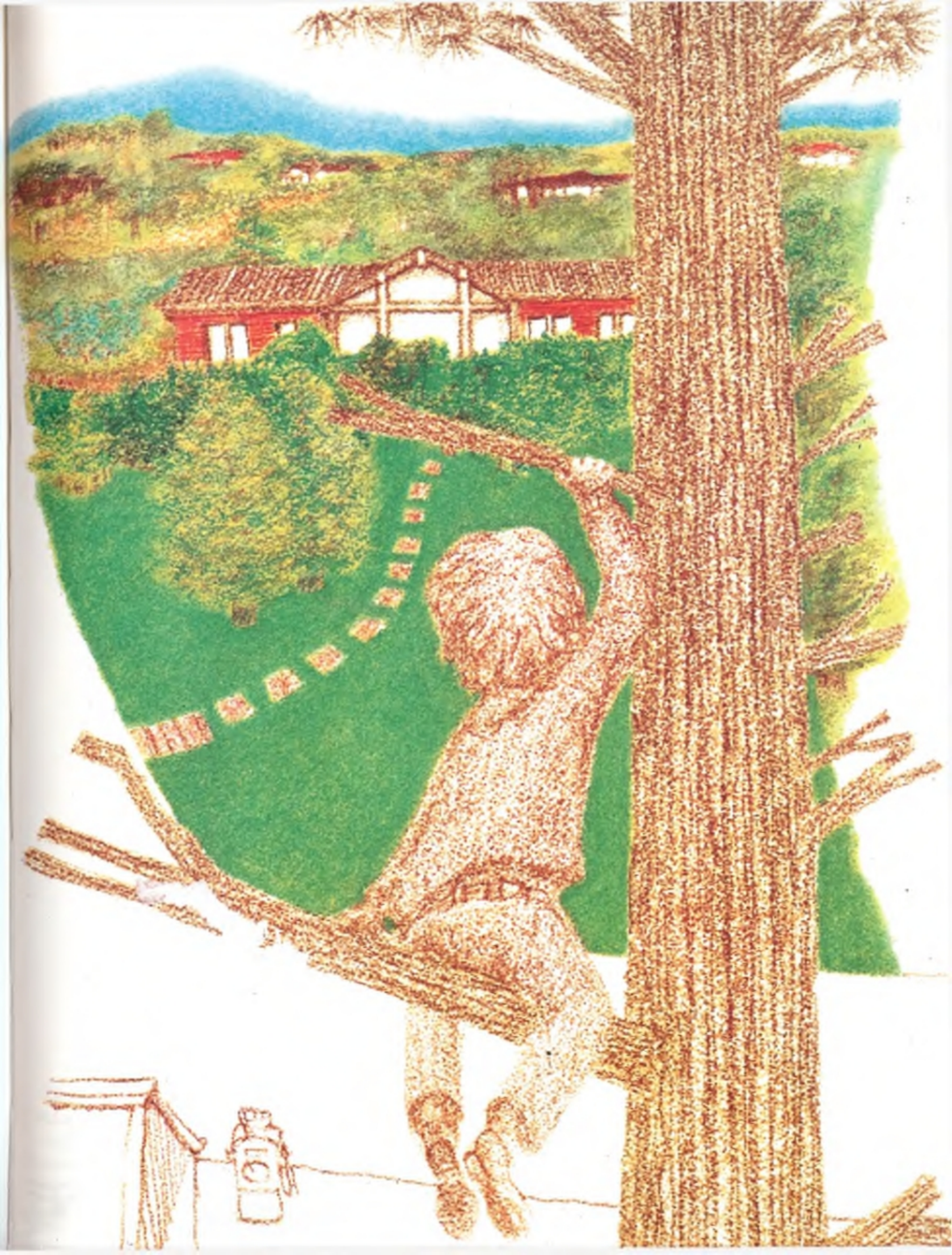
Si los hermanos de Rodney hubieran comprendido cuán desorientado y solo se sentía, quizás se hubieran comportado de un modo diferente. O quizás no. Él siempre había sido un poco extraño. Al salir del colegio los otros chavales no se daban cuenta de que les seguía, algo retrasado, esperando ser invitado a jugar.

Para Rodney todo era difícil desde que Andrew no estaba allí. La casa de Andrew siempre había estado allí, siempre al lado. Y ahora, de repente, no estaba. Sólo había un solar desocupado con zarzas enredadas, altos eucaliptos y helechos.

–Ten cuidado con las serpientes –le decía su mamá–, no deberías jugar ahí.

Algunas veces, casi olvidando que las cosas habían cambiado, se sentaba fuera, murmurando: "Andrew tiene que estar aquí. Por favor." Pero Andrew no estaba, no podía estar, porque Andrew todavía vivía donde siempre había vivido, en la ciudad, a treinta millas de allí. Era Rodney quien se había mudado de casa.

Ahora no había ninguna casa al lado, solamente una al otro lado de la carretera. Una gran casa con una impresionante habitación con grandes ventanales de cristal que per-



mitían atisbar, aunque Rodney nunca se había asomado; y un gran prado inclinado ideal para revolcarse, aunque Rodney nunca se hubiera revolcado en él; y una larga calzada curva para descender vertiginosamente con las bicis, aunque Rodney todavía no se había deslizado por ella. Patricia vivía allí.

Patricia tenía diez años, lo que la hacía un poco vieja para un tipo como Rodney que tenía ocho. Pero a Rodney esto no le importaba. Ella vestía de rojo para ir al colegio y por eso se notaba cuando volvía.

En el autobús, desde luego, nunca se sentaba cerca de ella –esto no habría ido bien–, sino que se colocaba detrás, con los chicos. Sentarse delante y girarse para hablar tampoco habría resultado. Se hubieran reído de él. Los niños de ocho años no hablan a las chicas.

En la escuela, chicos y chicas se sientan en diferentes pupitres; los chicos tienen un campo de juego, las chicas otro, e incluso diferentes cobertizos para protegerse de la lluvia. Después, cuando el autobús les llevaba a casa, ella subía la colina y desaparecía.

Uno de estos días Rodney iba a decir: "Hola, Patricia. Tú me conoces, ¿no?" Uno de estos días se lo diría, y quien se riera de él recibiría un puñetazo en la nariz.

Subiría la colina, llamaría a la puerta y diría: "¿Sales a jugar? Si me dejas rodar en tu césped, tú puedes montar mi bicicleta. ¿Qué te parece?" Esto es lo que le diría si pudiera empezar a hablar.

Bueno, en cierto modo ya lo había intentado una o dos veces. En realidad casi una vez por día. Con paso decidido iba desde la casa, en el valle, hacia la tienda que estaba en la carretera, pero luego vacilaba como siempre apoyándose en algún sitio, quedándose de pie, haciendo dar círculos a la bici o contando los coches que pasaban hasta que su madre asomaba la cabeza por la puerta de la tienda.

–Rodney, ¿no tienes otra cosa que hacer? ¿Es que tus

hermanos se han ido y te han dejado otra vez? Corre a casa a buscar un libro para leer. ¿No te va bien? Entonces, ¿por qué no pides a Patricia que juegue contigo?

—¡Oh no! Siempre estás con lo mismo. Yo no soy afeminado. ¡Jugar con una chica! ¿Qué te has creído?

Así, que volvía a su casa a dar patadas a una pelota o a comer una manzana o a arrojar cerezas a las urracas; o bien levantaba la cortina y apoyándose en el antepecho de la ventana se dedicaba a mirar. Desde allí podía ir mirando la habitación de cristal. A veces el trozo puntiagudo del techo donde los cristales se unían al alero la hacía parecer imponente como una iglesia. Quizás lo fuera; nunca se sabe. Quizás pedían a Dios que les perdonara por ser tan pecadores, lo cual para Rodney era una cosa muy extraña por parte de los adultos puesto que él nunca había visto a ninguno de ellos sacando la lengua o tirando de las coletas o jugando en el barro con la ropa del domingo.

Otras veces, muy temprano por la mañana, la luz del sol resplandecía en los cristales y la habitación parecía más extraña todavía, como si fuera una estrella que hubiera caído en tierra mientras él dormía. Por la noche, cuando se encendían las luces, antes de que bajaran las cortinas, era hermoso, muy hermoso. Era como un palacio en el cielo, como si en su interior los suelos fueran de mármol y los tiradores de las puertas fueran de oro, como si Patricia no tomara su cena como cualquier persona normal, sino que cenara fuera del alcance de la vista en una mesa muy larga mientras tigres, leopardos y perros con manchas merodeaban a su alrededor, ronroneando.

Era terrible no poder ver todo lo que ocurría allí dentro.

Incluso cuando subía al tejado de su casa no podía ver nada. Y si trepaba a un pino, no podía ver mucho más porque las urracas estaban allá arriba y no le dejaban subir muy alto. Esas viejas urracas tenían un nido allá arriba y

sus picos eran como cuchillos. *Snap, snap* –graznaban a una pulgada del cabello de Rodney.

–Marchaos, viejas urracas. Desapareced, viejas urracas. Mi padre compró este árbol –les gritaba. Pero siempre era Rodney quien tenía que bajar corriendo–. Os voy a comer, viejas urracas. Os voy a asar en el horno si no os portáis bien. Y entonces, ¿qué será de vosotras?

Había visto la habitación de cristal el mismo día que había llegado allí, hacía semanas, hacía ya bastante tiempo, mucho antes de que empezara el calor estival y las cigarras hubieran comenzado a cantar. Entonces la había visto.

–¡Eh! ¡Mirad esto! Una habitación de cristal. ¿Es que cultivan orquídeas ahí dentro? –dijo a sus amigos.

Pero él era el más pequeño y nadie lo oyó. Nunca le oía nadie. Era como hablar a gente sin orejas. Estaban descargando el coche y decían "¡Oooh!", y "¿No es maravilloso?" y "Será fantástico vivir aquí" y cosas así. Cuando venían a través de las montañas, siguiendo al camión de mudanzas, su padre había dicho riendo: –Echad un vistazo. ¡Esto es un lugar para vivir! ¿Qué os había dicho?

Y mamá respondía a cada momento: –Sí, querido; sí, querido. Pero ¡por favor! mira la carretera.

Todos hablaban como si estuvieran locos.

–¿De verdad vamos a vivir aquí? –decía uno.

–Esto es lo que dijo vuestro padre. Ahora somos tenderos. Ahí está. Allá abajo. Nuestra tienda –respondía mamá.

–¡Atiza!

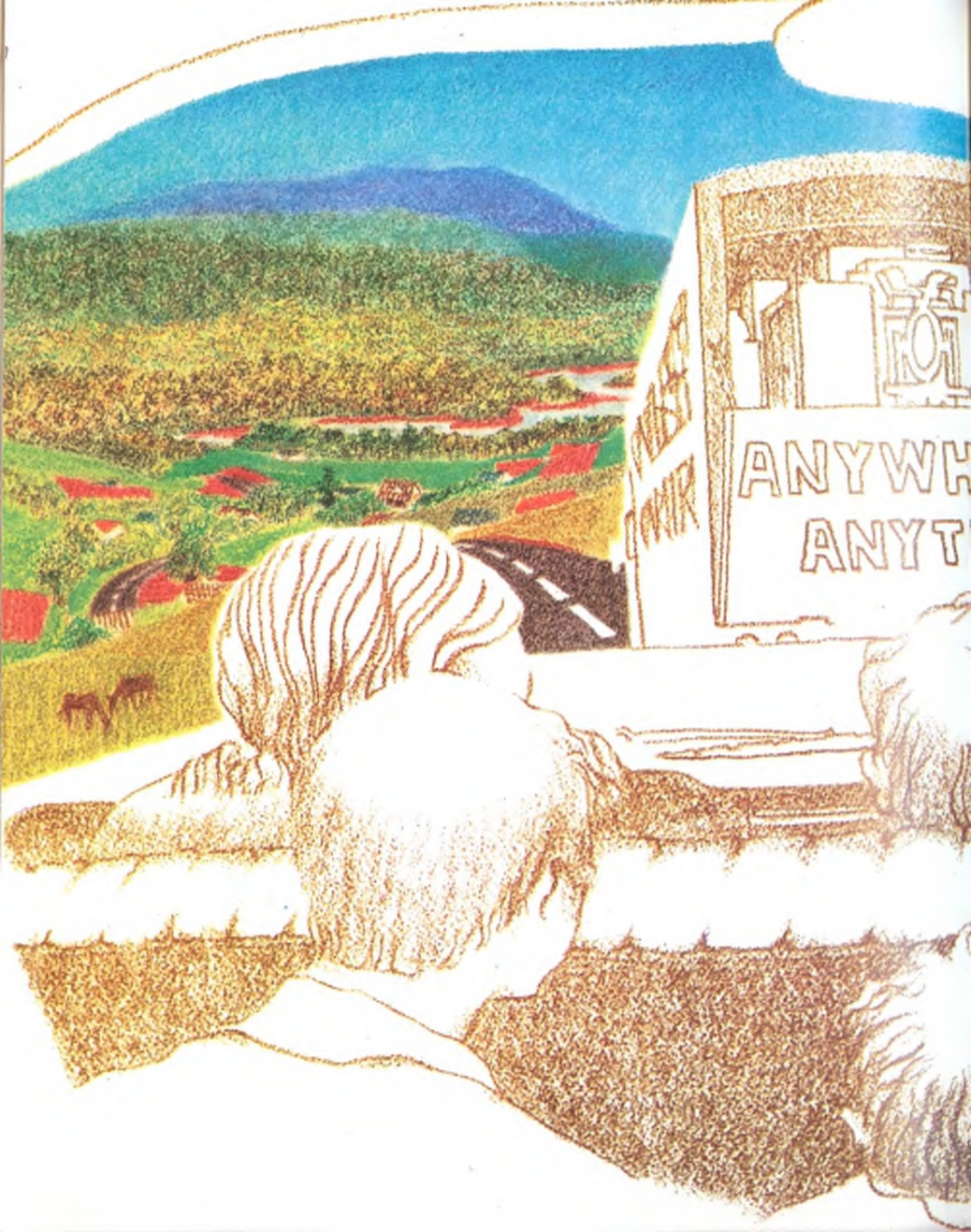
–Oye, mamá, ¿vamos a vender caramelos, helados, manzanas y todo eso?

–Mamá, ¿qué es ese humo? ¿Es eso un fuego de arbustos?

–Mira, mamá. ¿Es un auténtico lago o un embalse?

–¡Arrea! Mira los caballos, mamá. Un parque con carreras de caballos.

Rodney, medio ahogado entre sus hermanos, compri-


ANYWH
ANYT

ERE
ME

mido en medio de todos, era demasiado pequeño para poder ver nada. Sólo veía cabezas y espaldas, grandes como barriles.

–¿Qué lago? ¿Qué caballos? ¿Qué fuego? ¿Qué véis?

Tampoco lo habían oído en esta ocasión. Cuando fuera mayor sería un gigante y se pondría delante de los demás para no dejarles ver nada.

–¿Hay buenos muchachos en la escuela, querido? ¿Has hecho muchos amigos? Eres un chico con suerte. Las vacaciones de navidad están muy cerca. Tendremos muchas cosas que hacer. Somos una familia con suerte, ¿no te parece? Vivir aquí es una suerte –repetía su madre como una cantinela.

Pero mamá estaba demasiado ocupada ahora, siendo una tendera, sonriendo todo el tiempo y sin estar casi nunca en la casa para dar la merienda a la salida de la escuela.

No había ningún cartero que viniera con el silbato.

Papá ahora era el jefe de correos, detrás de una verja, en la tienda, como una cara en una jaula. Ningún chaval vendedor de periódicos venía por la calle voceando mientras él pedaleaba su bici. Mamá tenía los periódicos alineados en el mostrador. Tampoco venía ningún panadero que pudiera llevarle en la camioneta hasta el final de la carretera. Mamá también vendía el pan. Allí no llegaba el bullicio. Solamente había quietud. De tal modo que algunas veces podía oír a Patricia, al otro lado de la calle, hablando con alguien que él no podía ver. Una vez incluso oyó la voz del papá de Patricia, que decía: –Deja esos grifos. Estoy duchándome. ¿Es que quieres hervirme en carne viva?

Imagínenselo. Dentro de la casa, bajo la ducha y todavía se les podía oír. ¿Era posible que ellos pudieran oírle a él? Le hubiera desagradado que Patricia supiera que él a veces lloraba y se enfurecía, y que dos veces le habían enviado a la cama por gritar.

–Hola, Patricia –le diría–; cuando me haya revolcado

en tu césped, ¿podré echar un vistazo a la habitación de cristal? Oye Patricia, ¿qué tenéis ahí? ¿Tenéis peces? ¿O gatos? ¿Cenáis ahí? ¿Es que os arrodilláis ahí dentro y rezáis? ¿Es una piscina eso?

En la escuela dominical ocurría lo mismo. El se sentaba en su clase y ella en la suya, y cuando volvían a casa –casi una milla de camino– ella siempre andaba por el otro lado de la carretera acompañada de chiquillas.

–Óyeme, Jesús –decía él–, ¿estás tan ocupado con otras personas que no puedes dedicarme un minuto? ¿Qué te parece enviar un león, que ruja y salte, para que yo pueda rescatarla?

Cuando ella bajaba a la tienda a comprar cosas para su madre, él se sentaba cerca del buzón rojo esperando que ella volviera a salir. Después, la veía marcharse a través de la carretera, colina arriba, hasta que cerraba la puerta de su casa.

Y cuando estaba dentro, Patricia miraba a través de los cristales, todavía llevando las compras en la mano, y suspiraba. "Es un buen chiquillo. Me gustaría ser capaz de pedirle si puedo jugar con él. En esa tienda nunca había habido nadie para jugar. Sería estupendo jugar en ese terreno llano de allí. Pero no creo que yo le guste. Cuando le miro él siempre mira a otro lado."

–¿Qué te pasa, querida?

–Nada, mamá.

–¿Estabas otra vez hablando sola?

–Sí, mamá.

Así pues, ella dejaba la cesta de compras y después de un rato se sentaba en la moqueta, en la habitación de cristal, y leía un libro o dibujaba o soñaba. A veces levantaría la vista y vería a aquel chiquillo dando vueltas con su bicicleta o dando patadas a un balón, pero él no podía verla y probablemente tampoco le importaba. Aquella era una habitación para mirar afuera, hecha especialmente para ello.

El juego de Año Nuevo

Formosa

cuento chino adaptado por Yeh U
Ilustraciones de Liao Wei-lin

Este cuento trata de unos niños que viven en la China Nacionalista, en la isla de Formosa.

Con el calor del verano los pensamientos de Chiao-yen volaban hacia los fríos meses del invierno. Estaba sentado en una mesa de piedra debajo de un árbol de mimosa, escuchando cómo reían sus seis amiguitos que jugaban en el patio. Pensaba en su día favorito: Año Nuevo, que cae a mediados de invierno.

Para Chiao-yen, Año Nuevo significaba fuegos artificiales y desfiles, exquisitas comidas y dulces, y el olor de las flores y el aroma del incienso que quemaban en casa.

Era música y canciones, y amigos que traen regalos, diciendo: ¡feliz Año Nuevo, feliz Año Nuevo!

Un pajarito voló sobre su cabeza para posarse en el árbol de mimosa. En el mismo momento, Chiao-yen tuvo una buena idea.

—¡Venid todos! —gritó—. ¡Venid todos a la mesa! ¡Venid a celebrar el Año Nuevo!

Los siete niños, tres chicos y cuatro chicas, fueron corriendo a la mesa. Año Nuevo era también la fiesta favorita de todos ellos.

—Yo seré el padre —anunció Chiao-yen con voz grave.

Todos aplaudieron aprobando.

–A-min, tú serás la madre.

Los ojos de A-min brillaron.

–Chiao-u, tú serás la hija.

Chiao-u, que era la más pequeña de las niñas, asintió con la cabeza.

–Ling-ling, tú serás la invitada.

Ling-ling cogió su bolso y se lo colocó bajo el brazo.

–¿Qué puedo ser yo? –preguntó A-mei, que lucía una preciosa cinta verde en su pelo.

–Tú serás la que enciende los cohetes –dijo Chiao-yen.

–Ping-ping, tú serás el gallo.

Ping-ping se puso en cuclillas y comenzó a andar como un gallo y a cacarear.

–Todavía no –dijo Chiao-yen, tratando de ser paciente–. El juego aún no ha comenzado. Señaló a An-an y le dijo: –Tú puedes ser el perro.

An-an se puso de cuatro patas y empezó a ladrar furiosamente.

–Espera, el juego aún no ha comenzado –dijo Chiao-yen, impaciente.

–Chiao-yen, te has olvidado de mí –dijo Wen-wen saltando sobre sus zuecos.

–No me olvidé. Tú puedes tocar la campana –dijo Chiao-yen tendiéndole una campana que estaba puesta sobre la mesa.

Wen-wen comenzó a saltar y tocar la campana.

–¡Aún no! –gritó Chiao-yen–. El juego no ha comenzado. Primero tenemos que recoger florecillas rojas y ponerlas en agua. Será el vino de Año Nuevo. Cogeremos también florecillas amarillas, y serán el pastel y las tartas de Año Nuevo.

Todos cogieron flores rojas y amarillas que crecían al sol, lejos de la sombra de la mimosa. Colocaron las flores en la mesa. Chiao-yen estaba satisfecho.

–A-min, pídele a mamá unas habas. Serán los dulces. Ling-ling, rompe una ramita de árbol. Serán chuletas.

Su entusiasmo aumentó.

–Hagamos una copa, un plato y una cazuelita con hojas de palmera. Cogeremos pastelillos y los envolveremos en papel rojo. Serán el dinero de Año Nuevo.

A-min le pidió habas y pastelillos a su madre, mientras los otros recogían ramitas y hojas de palmera. Chiao-yen envolvió los pastelillos en papel rojo.

–Ahora, preparaos todos. Vamos a comenzar –dijo Chiao-yen.

–Espera un poco. Se me ha olvidado lo que iba a ser –dijo A-min.

Chiao-u lo había olvidado también. Lo mismo les pasaba a Ling-ling, A-mei, Ping-ping, An-an y Wen-wen. Todos lo habían olvidado.

Chiao-yen consiguió lápiz y papel e hizo unos recortes. Escribió un número, de 1 a 8, en cada recorte. Dio uno a cada niño para que no olvidaran lo que iban a representar y lo que debían hacer.

Cuando todos tuvieron su recorte de papel con el número escrito, Chiao-yen dijo:

–Recordad todos. Esta es la mañana de Año Nuevo. Hagamos ver que dormimos. Contaré hasta tres. Entonces Ping-ping, el número 1, que es el gallo, dirá ¡Co-co-ro-có! Cada uno que siga su número. En cuanto cante el gallo, la madre y el padre, números 2 y 3, se levantarán de la cama y pondrán a la niña el vestido nuevo. La niña, número 4, saldrá y encenderá un cohete. El ruido del cohete, número 5, despertará al perro, número 6, que aullará. Sonará el timbre de la puerta, número 7. El invitado, número 8, entrará y todos le dirán:

–¡Feliz Año Nuevo, feliz Año Nuevo!

Bueno, ahora vamos a comenzar. ¡Que todo el mundo cierre los ojos!

Todos obedecieron menos An-an, que era el perro, y Ping-ping, que era el gallo. Chiao-yen comenzó a contar.

–Uno... dos... –pero antes de decir "tres", los oyó a todos a coro.

–¡Co-co-ro-có! ¡Co-co-ro-có! ¡Bum-bum! ¡Guau-guau! ¡Ding-dong, ding-dong!

Hacían tanto ruido que nadie pudo entenderse.

El padre y la madre estaban aún en la cama cuando el invitado entró y todos dijeron: –¡Feliz Año Nuevo, feliz Año Nuevo!

La copita, el plato y la cazuelita se rompieron. Los pastelillos y los dulces se cayeron. El vino se derramó. El pastel estaba hecho trocitos. La habitación era un revoltijo. Chiao-yen estaba muy enfadado.

–Tú eres el invitado –recordó a Ling-ling, que era el número 8–. ¿Por qué entraste antes de que nos levantáramos de la cama?

–Porque oí sonar la campana –respondió Ling-ling.

–¿Por qué tocaste la campana? –dijo Chiao-yen volviéndose hacía Wen-wen, que era el número 7.

–Porque oí ladrar al perro –respondió Wen-wen.

La cara de Chiao-yen enrojeció. Se volvió a An-an, que era el número 6.

–¿Por qué comenzaste a ladrar como un perro loco?

–Porque oí el cohete –dijo An-an–. El cohete hizo ladrar al perro.

Chiao-yen cerró los puños y se dirigió a A-mei, que era el número 5.

–¿Por qué hiciste el ruido del cohete?

–Porque oí cantar al gallo –dijo A-mei.

Chiao-yen empujó a Ping-ping, que era el número 1.

–Yo no había terminado de contar. Entonces, ¿por qué empezaste a cantar?

–No lo sé –respondió Ping-ping a punto de llorar.

–Será mejor que lo digas –gritó Chiao-yen.

Ping-ping parecía cualquier cosa menos un gallo orgulloso. Se le cayeron las plumas de la cola, que eran hojas de palmera.

–Vi que el perro comenzaba a comer los pasteles cuando cerraste los ojos. Temí que se los comiera todos, por esto canté, para prevenirte.

Chiao-yen se volvió en redondo hacia An-an.

–¿Pero no quedamos en que los pasteles envueltos en rojo eran el dinero de Año Nuevo? Si te comes los pasteles, ¿cómo podemos jugar?

An-an hizo una mueca.

–Un perro no sabe lo que es el dinero de Año Nuevo. Por esto roba los dulces y se los come.

Chiao-yen frunció el entrecejo.

–Tú no eres un buen perro, ni un buen chico siquiera.

Un buen perro no robaría un solo pastelillo, y un buen chico seguiría las normas. Mira, ¡has estropeado el juego por no seguir las reglas!

–Lo siento –dijo An-an, con la boca llena de trozos de pastelillo.

–Esto no basta –declaró Chiao-yen–. Vamos a castigarte. Ahora barrerás el suelo y limpiarás la mesa. Después volveremos a jugar. Y esta vez todo el mundo lo hará bien.

Así Chiao-yen y sus siete amigos se reunieron otra vez en la mesa, bajo el árbol de mimosa.

Esta vez el gallo cantó por la mañana. "¡Co-co-ro-có!"

El canto despertó a la madre y al padre. Se levantaron de la cama y pusieron a la niña el vestido nuevo.

La niña salió y encendió los cohetes. "¡Bum, bum!"

El perro oyó los cohetes y comenzó a ladrar. "¡Guau-guau!"

El invitado llegó y sonó la campana. "¡Ding-dong!"

–¡Feliz Año Nuevo! –dijo el invitado.

–¡Feliz Año Nuevo! –gritó todo el mundo, especialmente Chiao-yen, que quería decirlo más alto que nadie.

Raimi y la pequeña marmota

Austria

por Lilli Koenig
Ilustraciones de Susi Weigel

Las marmotas tienen el cuerpo grueso, cola corta
y orejas pequeñas. Comen plantas. Viven en la tierra
dentro de cuevas formadas por rocas,
en las laderas de las montañas.

El pequeño Raimund, a quien todo el mundo llamaba "Raimi", estaba sentado sobre la suave hierba cuidando las ovejas de la granja Holz. Cuando las ovejas pacían tranquilamente, no ofrecían ningún problema. De vez en cuando una gran piedra rodaba montaña abajo, produciendo un fuerte estrépito. *Rum, rum, rum.* Entonces las ovejas se escapaban en todas direcciones. Pero pronto regresaban. Raimi cuidaba del rebaño todo los días desde muy temprano hasta la noche.

Nunca se aburría. En aquellas montañas, dondequiera que mirara, siempre había algo que ver.

Por ejemplo, podía ver unos montones de piedras bajo los cuales las marmotas construían sus cuevas. Las marmotas salían y luchaban entre ellas, o se sentaban sobre sus patas traseras, mordisqueando la jugosa hierba. Pero en cuanto Raimi avanzaba hacia ellas para verlas mejor, huían a sus cuevas.

Una hermosa mañana de verano, Raimi descansaba so-

bre la hierba, contemplando las marmotas. Le gustaría tener unos prismáticos, como los que el guardabosque amigo suyo llevaba alrededor del cuello. Siempre que el guardabosque le dejaba mirar por ellos, Raimi se sorprendía de lo cerca que parecían estar las cosas lejanas. Si tuviera unos prismáticos, podría ver mucho mejor lo que hacían las marmotas. Pero era absurdo pensarlo. Para comprarlos tendría que ahorrar durante tres años todo el dinero que le pagaba el granjero Holz.

De pronto, las marmotas comenzaron a gruñir, produciendo unos chillidos agudos, que Raimi nunca había oído. Olvidó sus sueños fantásticos. En un abrir y cerrar de ojos, las marmotas desaparecieron dentro de sus cuevas.

Raimi vio una sombra enorme, de color gris oscuro, que cayó exactamente sobre el sitio donde las marmotas estaban hacía sólo un segundo. Se puso de pie de un salto y empezó a agitar sus manos mientras gritaba con toda la fuerza de sus pulmones. Allí estaba lo que había asustado a las marmotas. Un águila real volaba sobre él. Los gritos de Raimi y el movimiento de sus brazos la alejaron. El águila describió unos cuantos círculos y finalmente desapareció tras el pico de la montaña.

Con sus pies desnudos, cuyas plantas eran tan duras como la suela de unos zapatos debido a las caminatas que daba, Raimi corrió sobre piedras y guijarros hacia la guarida de las marmotas. Allí, entre un montón de piedras, encontró algo pequeño, lleno de sangre y heridas, que no había podido escapar.

Por primera vez Raimi veía de cerca una marmota.

Era muy pequeña, apenas del tamaño de un conejillo. La marmota miraba a Raimi con sus ojos negros, ansiosos, descubriendo sus dientes. Rápidamente Raimi la envolvió con su pañuelo y a toda prisa corrió a la granja.

Cuando el mozo del establo vio la marmota herida, dijo a Raimi:

–Será mejor que la mates.

Raimi se enfureció.

–La curaré –le respondió, y salió corriendo.

En un viejo cesto Raimi hizo un lecho de paja y puso dentro a la marmota. Después le dio leche caliente. Y, ¡maravilla de las maravillas!, al cabo de dos semanas, la marmota estaba ya completamente bien.

Por las noches la marmota dormía a los pies de la cama de paja de Raimi. Por las mañanas Raimi se llevaba a la marmota cuando iba con el rebaño. Allí, en el pasto, la marmota jugaba revolcándose sobre la hierba.

Raimi le daba toda la leche que quería, un poco de pan y granos de trigo blanco. Un domingo le dio un poquito de pastel de pasas.

Cuando llegó el otoño, la marmota había crecido ya mucho y era muy lista. Se paseaba por la casa mordisqueando las patas de las sillas y mesas. Hacía agujeros en las botas del granjero. Incluso se comió los lazos del delantal de la sirvienta.

Un día la marmota hizo un agujero en el edredón de plumas. La esposa del granjero se indignó y dijo:

–Mañana encierras la marmota en la conejera.

Raimi se entristeció. Toda la noche estuvo despierto, pensando. ¿Qué debía hacer? Porque no podía poner la marmota en una jaula de conejos. Finalmente tuvo una idea.

A la mañana siguiente, muy pronto, mucho antes de que los otros se despertaran, Raimi sacó la marmota de la casa. Trepó al prado donde pacían las ovejas. El paisaje estaba iluminado por una luz gris pálida a aquellas horas de la mañana.

Después subió más arriba. En la rocosa ladera de la montaña encontró una cueva vacía. Allí su marmota estaría a salvo de las marmotas salvajes.

Raimi dejó en libertad a su marmota. Ésta entró en la cueva y comenzó a escarbar y escarbar cada vez más hondo. Pronto desapareció de su vista. Raimi regresó a casa muy triste.

Al día siguiente Raimi fue a la cueva. Llamó a su marmota. Pero ésta ya se había vuelto vergonzosa y vigilante. No dejó que Raimi se le acercara.

No mucho más tarde, las marmotas hicieron un túnel profundo, bajo tierra, para su larga siesta invernal.

Hasta finales de abril no salieron de sus cuevas. Como no podía acercarse a ellas, Raimi no pudo saber si su marmota estaba o no entre ellas. Esto le entristeció.

Un día el guardabosque fue a visitar la granja.

–Raimi. Tengo algo para ti –dijo poniendo un estuche de cuero ya usado sobre la mesa.

Dudando, Raimi cogió el estuche. Al principio no pudo dar crédito a sus ojos.

¡Eran unos prismáticos!

Yo ya no necesito este trasto viejo –dijo el guardabosque–. Tómalos y mira con ellos a tu marmota. Eres un buen muchacho y aprecias a los animales.

Raimi sonrió ampliamente. Estaba tan contento que de momento no sabía qué hacer. Después, corrió todo lo aprisa que pudo, montaña arriba, hasta la ladera rocosa, y esperó. Al rato las marmotas salieron a jugar y a comer. Raimi las miró a través de los prismáticos. Allí, apartada de las demás, estaba su marmota. Aunque se veía muy poco, Raimi pudo distinguir las cicatrices que las garras del águila habían dejado en la espalda de la marmota.

En aquel momento, ni el hombre más rico del mundo podía ser más feliz que Raimi.

Después del invierno

Irán

por Siavoosh Kasrai
Ilustraciones de Hooshang Maleknia

El invierno estaba terminando. Pronto los niños tendrían ropas nuevas para el festival de Norooz, el primer día de primavera y el Año Nuevo en el Irán. Durante doce días se celebrarían fiestas, juegos y recreos. No era raro que los niños esperaran ansiosamente la llegada del Tío Año Nuevo, el anciano cuya visita señala el comienzo de la nueva estación.

–¡Aquí está el Tío Año Nuevo! –gritó un niño.

Pronto el anciano se vio rodeado de niños de todas las edades. Comenzaron a reír y llevaron al anciano con ellos a la plaza del pueblo.

–Un cuento, Tío Año Nuevo –dijo uno de los niños.

–Sí, cuéntanos uno, por favor –añadió otro.

–¡Ah, un cuento! –murmuró el anciano sonriendo. Todos asintieron con la cabeza.

–¿Qué clase de cuento os gustaría escuchar?

–Un cuento de primavera –gritó alguien.

Todos los niños aplaudieron aprobando y dijeron: –Sí, Tío Año Nuevo, ¡un cuento de primavera, un cuento de primavera!

El Tío Año Nuevo, que nunca les negaba nada, se sentó sobre un tronco de árbol, respiró aire fresco y comenzó a narrar un cuento.

"Recuerdo, hace muchos, muchos años, cuando vuestros padres eran niños, o incluso antes de que nacieran, que un año ocurrió algo extraño. El invierno había terminado en nuestro pueblo, pero, por mucho que esperamos, la primavera no llegaba. Mañana tras mañana, los gallos cantaban en los corrales, pero la primavera no llegaba.

"La rosa roja estaba afligida porque no podía salir del capullo para mostrar su precioso vestido a todo el mundo. Los torrentes no podían correr por los valles, susurrando

sus canciones. Las montañas querían despojarse de sus capas de nieve, pero no podían.

"Las vacas con sus terneros, las ovejas con sus corderos y las cabras con sus cabritos pequeños esperaban en los corrales llenos y oscuros a que los tréboles brotasen para poder pacer en los prados. La gente salía a las ventanas buscando en el cielo el rastro de las golondrinas que traen el anuncio de la primavera, pero no había señales de ellas.

"El más triste de todos era Omid Alí. Él, más que los otros del pueblo, estaba siempre atento a la llegada de la primavera. Lo único que deseaba era llevar su rebaño a los pastos y con las notas de su flauta de siete agujeros hacer que florecieran los rojos tulipanes que crecían entre las rocas de los valles.

"Un día Omid Alí se cansó del invierno. Se levantó y después de vestirse tomó un jarro de agua de rosas que había en la ventana y se fue con él a las montañas.

"Comenzó su largo viaje por la noche. La flauta le colgaba del cuello mientras subía al Demavend, la montaña más alta que domina todos los pueblos.

"Una sola vez se detuvo a descansar en el camino, para ver salir el mortecino sol invernal. Fue entonces cuando oyó a lo lejos la triste voz del gallo, invocando a los vientos para que devolvieran la primavera al pueblo.

"El camino se hizo más difícil y la marcha más lenta a medida que el pequeño pastor se acercaba a la cumbre de la montaña. Pero siguió adelante, sosteniendo muy fuerte el jarro para evitar que su mágico contenido se derramara. Muy tarde, en el silencioso anochecer, llegó a la cima de la montaña.

"Podía haberse detenido a descansar, pero sabía que cada minuto contaba. Con el jarro en las manos, llamó a los Cuatro Vientos que danzaban a su alrededor y le miraban suspicazmente. Entonces vertió el agua de rosas al aire y dijo a los vientos: —Id a las montañas y buscad bien. Qui-

zá encontréis la primera golondrina de la primavera. Decidle que es muy tarde.

"Los vientos, reforzados por la esencia del agua de rosas, alegres y felices, comenzaron a moverse, apartando las nubes del cielo en su marcha.

"Se fueron y durante un tiempo nada se supo de ellos.

"Todo estaba otra vez en calma. Las montañas, los árboles y la gente tenían los ojos muy abiertos esperando el menor indicio.

"Un día, con la primera luz del alba, la ventana de Omid Alí se abrió empujada por el viento. Omid Alí saltó de la cama. Vio a la brisa de la mañana, exhausta y casi sin aliento que le decía: —¿Qué haces ahí parado mientras

la primera golondrina de la primavera ha sido detenida en su marcha? Oye lo que ha ocurrido. Un niño malo ha herido al pájaro en un ala, con su tirador.

"Omid Alí se levantó, empaquetó algunas cosas y se presentó delante de los habitantes del poblado, diciéndoles: –Vayámonos porque si no la golondrina no vendrá, ni tampoco lo hará la primavera.

"Vieron una golondrina que había caído sobre una roca, exhausta, medio muerta y casi helada. Uno de los viejos del grupo puso hierbas especiales y hojas sobre la delicada ala del ave, justo en el sitio donde una profunda herida se escondía bajo las plumas.

"Durante toda la noche, Omid Alí y sus amigos per-

manecieron junto al fuego cuidando a la golondrina. A la mañana siguiente, su ala herida estaba ya curada y, sintiéndose mejor, extendió sus alas y voló. Dio dos o tres círculos sobre sus cabezas. Todos gritaron: –Golondrina, vete ahora y trae la primavera a nuestro pueblo.

"Cuando Omid Alí y sus compañeros llegaron al pueblo, ya no quedaban rastros del invierno. Todo el mundo se alegró y todo estaba tan fresco y lleno de esplendor como el cielo.

"El torrente cantaba. La rosa roja mostraba su hermoso vestido. Los árboles danzaban. Los corderillos pacían en los inmensos prados verdes.

"Los aldeanos habían cambiado sus vestidos y trabajaban en el campo. Todo el mundo estaba ocupado. ¡Era primavera, la estación del trabajo duro! Omid Alí se dijo: –La primavera ha venido y ya estoy preparado. Sacó su rebaño del establo y partió.

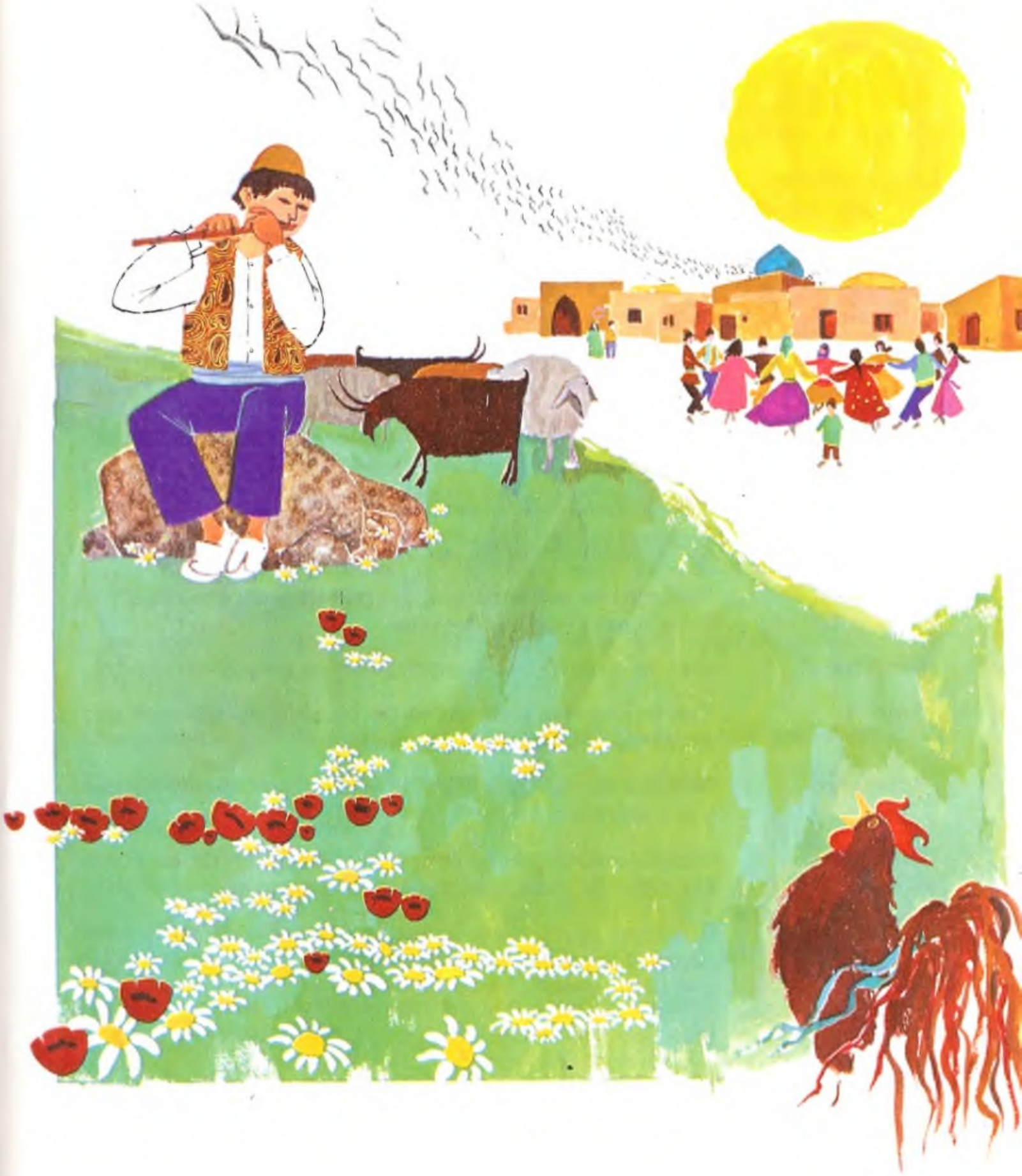
"Tomó la flauta de siete agujeros que colgaba de su cuello y empezó a tocar las melodías de primavera. Detrás de las rocas los tulipanes florecieron lenta y suavemente, como si los verdes campos se fueran encendiendo y cada tulipán fuera una lámpara.

"A la puesta del sol, cuando llegaron las demás golondrinas, fueron de dos en dos a los tejados de las casas del pueblo para construir sus nidos."

–Ahora, niños –dijo el anciano Tío Año Nuevo–, espero que no me preguntéis el nombre del niño malo que hirió el ala de la golondrina. Soy demasiado viejo para recordarlo.

Éste fue el final del cuento del Tío Año Nuevo.

Los niños, alegres y contentos, dijeron uno a uno adiós a Tío Año Nuevo y, como las golondrinas, se fueron a casa.



Palabras difíciles

Alacena Hueco hecho en la pared, con puertas y estanterías, para guardar algunas cosas.

Alcancía Vasija, comúnmente de barro, cerrada, con sólo una hendedura estrecha en la parte superior, por donde se echan monedas.

Alero Parte inferior del tejado, que sale fuera de la pared y sirve para desviar de ella las aguas de lluvia.

Alfarero El que hace vasijas de barro.

Anémona Planta silvestre con flores rojas, blancas, azules o púrpura, en forma de copa.

Anfitrión El que tiene convidados a su mesa y los regala con esplendidez.

Arnés Guarniciones de las caballerías.

Atisbar Mirar, observar con cuidado.

Balsa Conjunto de maderos que, fuertemente unidos unos con otros, forma una embarcación.

Bebistrajo Mezcla de bebidas. También, bebida muy desagradable.

Bote Barco pequeño y sin cubierta, cruzado de tablones que sirven de asiento a los que reman.

Boulevard Nombre que se da a ciertas calles, generalmente anchas y con árboles.

Brahmán Individuo dedicado al estudio y meditación de los libros sagrados del hinduismo (religión de la India).

Bratwurst Salchicha típica alemana hecha con carne de cerdo y especias. Normalmente se sirve frita.

Brezo Arbusto de unos dos metros de altura. Tiene muchas ramas. Su madera es dura y sus raíces gruesas.

Bronquitis Inflamación aguda o crónica de la membrana mucosa de los bronquios.

Carrusel véase Tiovivo.

Cobertizo Tejado que sale fuera de la pared y sirve para guarecerse

de la lluvia. También, sitio cubierto rústicamente para resguardar de la intemperie hombres, animales o efectos.

Compota Dulce de fruta cocida con agua y azúcar. También suele llevar vino y canela o vainilla.

Crepúsculo Claridad que hay desde que raya el día hasta que sale el sol, y desde que éste se pone hasta que es de noche.

Crisantemo Flor redondeada, con muchos pétalos. Su nombre significa *flor de oro,* pero puede ser blanca, rojiza o amarilla.

Cuaima Serpiente de dorso negro y vientre blanquecino. Es muy ágil y peligrosa. Abunda en la región oriental de Venezuela.

Cuatrimestre Espacio de cuatro meses.

Chacal Es un animal carnívoro parecido al lobo en la forma y color. Vive en las regiones de Asia y África donde hay una temperatura templada. Acostumbra a cazar en grupo y se alimenta de carne muerta.

Chal Paño de seda o lana, mucho más largo que ancho, y que, puesto en los hombros, sirve a las mujeres como abrigo o adorno.

Chamaca En México y América Central, niña, muchacha.

Chanchos Cerdos.

Chapucero Dícese de la persona que trabaja tosca y groseramente.

Château Palabra francesa que significa "castillo".

Chicharra Cigarra.

Chigüire Carpincho. Roedor sudamericano de un metro de largo —el mayor que existe—. Se domestica con facilidad.

Chinchorro Hamaca ligera tejida de cordeles o plantas trepadoras. Es el lecho habitual de los indios venezolanos.

Chiquero Pocilga, establo.

Desván Parte más alta de la casa, inmediata al tejado.

Dislexia Dificultad para la comprensión del lenguaje escrito.

Edredón Almohadón, relleno ordinariamente de plumas de ave, que se emplea como cobertor.

Estancia En Argentina y Chile, hacienda de campo destinada al cultivo y más especialmente a la ganadería.

Eucalipto Árbol grande, con hojas largas y coriáceas y flores acampanadas.

Gachas Comida compuesta de harina cocida con agua y sal.

Galpón En América Meridional, cobertizo grande con paredes o sin ellas.

Gnomo Espíritu o genio fantástico de la tierra, imaginado en figura de enano.

Guardesa Mujer encargada de guardar o custodiar una cosa.

Guilder Moneda de Holanda.

Jet Avión de pasajeros a reacción. Normalmente prestan servicio transoceánico.

Junípero Enebro. Arbusto de hoja perenne con pequeñas piñas que parecen bayas.

Kerosene Petróleo refinado y destilado. En castellano se escribe: queroseno.

Kibbutz Nombre que se ha dado, en el Estado de Israel, a las explotaciones colectivistas agrícolas.

Légamo Barro pegajoso.

Lencería Tienda de lienzos. El lienzo es una tela que se fabrica de lino, cáñamo o algodón. En general se aplica la palabra lencería a las tiendas donde se vende ropa blanca.

Linóleo Tela fuerte e impermeable, formada por un tejido de yute cubierto con una capa muy comprimida de corcho en polvo amasado con aceite de linaza bien oxidado.

Malvavisco Planta perenne de la familia de las malváceas de tallo de un metro de altura. Abunda en los terrenos húmedos. Su raíz se usa en medicina.

Mango Árbol originario de la India y muy propagado en América y todos los países intertropicales. Alcanza una altura de quince metros.

Mangosta Animal de cuatro patas de color ceniciento oscuro. Su cuerpo mide 40 cm de largo y otro tanto su cola. Habita en África y es carnívoro.

Meandro Curva de un río.

Melomakarona Nombre de una comida griega, típica de Navidad, rociada con miel y nueces.

Mimosa Árbol o arbusto que se desarrolla en climas cálidos. Tiene hojas parecidas a los helechos y pequeñas flores.

Oriol Oropéndola. Pájaro que se alimenta de insectos, gusanos y frutas. Cuelga el nido en las ramas horizontales de los árboles para que se mueva con el viento. Su plumaje es amarillo, menos en las alas.

Oso melero Martucha. Carnívoro nocturno sudamericano. Tiene por costumbre robar colmenas para comerse la miel.

Palenque Valla de madera que sirve para cercar un terreno.

Pampa Cualquiera de las llanuras extensas de la América Meridional que no tienen vegetación arbórea.

Parva Mies extendida en la era para trillarla, o después de trillada, antes de separar el grano.

Parvada Conjunto de aves.

Paují Ave sudamericana del tamaño de un pavo. Su plumaje es negro con manchas blancas. Se domestica con facilidad.

Pedante Se llama así al que por ridículo engreimiento se complace en hacer inoportuno y vano alarde de erudición, téngala o no en realidad.

Penique Moneda inglesa de muy escaso valor que equivale a la centésima parte de una libra.

Petirrojo Pájaro de pequeño tamaño, con las partes superiores aceitunadas, cuello, frente, garganta y pecho de color rojo vivo uniforme,

Picure Roedor de pelaje amarillo oscuro. Sus patas son largas y finas, adaptadas a la carrera. Habita en Venezuela.

Pijigüao Palmera de frutos comestibles, muy apreciada por los indios venezolanos. Produce entre 50 y 60 kg de frutos al año y es productiva durante 50 años.

Quimono Túnica japonesa que usan las mujeres.

Rebenque En América Meridional, látigo recio de jinete.

Reuma — Reumatismo: enfermedad que se manifiesta generalmente por inflamaciones dolorosas en las partes musculares y fibrosas del cuerpo.

Ronronear — Producir el gato una especie de ronquido, en demostración de contento.

Sarcástico — Que denota burla sangrienta, ironía mordaz y cruel con que se ofende o maltrata a personas o cosas.

Schaschlik — Comida alemana hecha de trozos de carne de cordero atravesados con una larga aguja de metal y asados así.

Soto — Sitio que en las riberas o vegas está poblado de árboles y arbustos.

Souvenir — Palabra francesa que significa "recuerdo", especialmente referida a los objetos que se compran en los viajes turísticos y que sirven de recordatorio.

Tiovivo — Recreo de feria que consiste en varios asientos colocados en un círculo giratorio. Generalmente estos asientos representan animales o vehículos.

Titiritero — Persona que gobierna los títeres. También, persona que anda y voltea por el aire sobre una cuerda o alambre y hace otros ejercicios semejantes.

Tórrido — Muy ardiente o caluroso.

Tranquera — Empalizada de estacas.

Trébol — Planta herbácea anual. Tiene unos 20 cm de altura. Sus hojas son casi redondas y están dispuestas de tres en tres.

Turba — Es el carbón de más baja calidad. Combustible fósil formado de residuos vegetales acumulados en sitios pantanosos, de color pardo oscuro, aspecto terroso y poco peso, y que al arder produce humo denso.

Ubre — Cada una de las tetas, en los mamíferos.

Velocímetro — Aparato para medir la velocidad.

Venado — Ciervo.

Zoología — Ciencia que estudia la vida de los animales.

Zuecos — Zapato de madera de una pieza, que usan en varios países los campesinos.